

786(2)
UNA VILLA DEL CANTÁBRICO

GIJON

(NOTAS DE VIAJE)

POR

RAFAEL M. DE LABRA



MADRID
IMP. DE AURELIO J. ALARIA
Estrella, 13, bajo
1878

GIJON.

NOTAS DE VIAJE.

UNA VILLA
DEL
CANTÁBRICO.



GIJON.

NOTAS DE VIAJE

POR

RAFAEL M. DE LABRA.



OVIEDO:
IMPRESA DE EDUARDO URIA.

—
1877.

AL LECTOR.

Las páginas que van á continuacion están arrancadas de un libro que se titula *Asturias—Notas de viaje*. Lo comencé hace cerca de dos años: reuní para escribirlo numerosísimos datos... y las atenciones de mi bufete y los aprietos de mi vida política y las distracciones de la cátedra me han privado del gusto de concluir aquel trabajo. Porque yo declaro que lo principié con verdadero *amor*, y hubiera celebrado mucho poner el punto final.

Dudo que esto último suceda y me resuelvo hoy á publicar lo relativo á Gijón. Si el público acogiera favorablemente este librito, veré de disponer la publicacion de lo referente á Oviedo y á Covadonga: porque entiendo yo que la noble tierra asturiana es uno de los países mas desconocidos de España, mas dignos de ser apreciados, y en cuyo obsequio de-

bemos hacer,—los que á él nos unen
acendrados afectos, intereses positivos y
deberes de correspondencia y gratitud—
algo mas que repetir enfáticamente el
nombre de Pelayo. En fin, allá vá y sál-
veme mi buen deseo.

Madrid y Noviembre de 1877.

UNA VILLA DEL CANTÁBRICO.

GIJÓN.

I.

Así como no se comprende á Asturias sin Oviedo, así es imposible decir que se conoce al Principado sin haber subido las carcomidas gradas de Covadonga y hollado el ámplio y blanquísimo arenal de Gijón.

Oviedo no es solo el pueblo mas chispeante, mas expansivo, mas culto, mas simpático de todo el pintoresco cuanto desconocido pais que ciñen y festonean el Cantábrico con sus espumas y la derivacion occidental pirenáica con sus nieves: es sobre todo esto y más que esto, y quizá por esto, la representacion mas cabal del carácter de toda la comarca y como la condensacion del espíritu asturiano. Pero Gijón... Covadonga... repre-

sentan, á su vez, algo imprescindible en la vida de este país: son como dos términos irreductibles de su historia, de su existencia... En una palabra, representan la *tradicion*—el *porvenir*

Por esto se esplica la pregunta obligada de todo buen astur al que con entusiasmo ó con indiferencia habla de haber recorrido estos valles y estas montañas en demanda de perspectivas ó recuerda haber buscado la salud en estas azotadas playas: «Ha estado V. en Gijón?»

Ah! Gijón es la *villa*—la villa por excelencia, la villa por antonomasia. «Dechado de limpieza, prototipo de elegancia, milagro de coquetería, desafía las brumas septentrionales y logra que los ventisqueros de Pajares y las parduzcas nubes de Naranco se deshagan sobre su frente para que un cielo casi tan puro y tan azul como el de Madrid sirva de riente bóveda al matizado paisaje que entre el cabo de Torres y el de San Lorenzo se desenvuelve, y recoja los embalsamados efluvios de los limoneros y naranjos que pueblan las cien alegres *Quintas* que á modo de guirnalda de verdor eterno y exuberante lozanía abrazan por el lado de tierra y ponen límites á la

gentil villa de D. Enrique de Trastámara. Sus blancas y pequeñas casas, acribilladas de ventanas, con sus cierros verdes y grises, sus alegres solanas, y sus anchos y rojizos tejados, tendidas con aparente desorden ora formando grupos, ora salpicando la reverberante planicie, ya confundándose con la faja de corpulentos árboles que hácia el Sur reboza los términos del concejo, ya creciendo al contacto mismo del revuelto Cantábrico, en las dos vastas playas que al pié del verde y atrevido promontorio de Santa Catalina se desarrollan con tanta suavidad como elegancia, semejan á enjambre de pintadas mariposas que zumban y revolotean en torno de la colosal esmeralda que el mar inquieto, exaltado, rugiente, con sus trémulas manos acaricia y festeja y codicioso abarca como para arrastrarlo á las inmensas profundidades, aumentando las magnificencias y los prodigios del mundo de los tritones y las náyades.»

«Atrás las nieblas! Atrás los días tristes! Atrás el cielo de pesadumbres! Atrás el blanco sudario que todos los años el sombrío Invierno tiende sobre riscos y valles desde los Picos de Europa! Este es

el reino de las brisas refrigerantes—del aire templado—de la atmósfera trasparente—de las poéticas noches en que la luna amorosa y palpitante busca refugio entre los nervudos brazos del Océano. Todo aquí es movimiento, acción, vida: todo habla el lenguaje animado, viril, enérgico del siglo XIX: todo dice con voz llena, que aquí se *aspira*, que aquí desborda la vida moderna y se abren las centelleantes perspectivas del porvenir.»

«Allá, donde la playa se recoge para dejar fácil salida á un manso arroyuelo, silba la locomotora que del corazón de España trae con el grano y los vinos de las grandes mesetas centrales de la Península el espíritu reposado y práctico de Castilla. Aquí, sobre el mismo muelle, hacen sentir su atropellado y poderoso paso los negros wagones que del interior del Principado,—do Sama, del valle de Langreo—vienen agobiados de carbon y de hierro á vomitarlos sobre los cien barcos que impacientes abren las anchas bocas de sus oscuras bodegas. Óyese el acompasado golpear del remo cuando el marinero suspende el canto, no sé si monótono ó triste, con que acompaña sus rudos esfuerzos en la carga y la descarga.

Arrástrase perezosamente el buey, que ha dejado pocos momentos antes cien sacos de avellana en el barco que ahora movido por poderoso hélice surca gallardo las nunca sorprendidas ni durmientes olas, mientras en los estremos de la villa el cielo se cubre de negrísimo humo que á borbotones lanzan, con retumbante quejido, las altas chimeneas de un número considerable de fábricas en cuyo seno hierve el espíritu contemporáneo.»

«Aquello que se alza en los confines oriental y meridional de la villa, sombra ondulante y azulosa que como un inmenso arco de círculo comienza hácia la izquierda, á espaldas de la aldea de Jove, y dejando atrás á Candás y Luanco, y el hermoso cabo de Peñas en lontananza, corre hasta precipitarse de repente y formando una áspera, negruzca y desnuda roca en las alturas de San Lorenzo... aquello es una série de montañas, á cuyo pié se estienden Somió y Deva, cuajados de deliciosas casas de campo que llegan al mismo arenal; sobre las que destacan las lejanas cumbres del cordal de Peon, las montañas de la Bovia, y las sierras del Zorrin y del Pan-

gran, términos superiores del amplio anfiteatro en que se alzan, agolpadas hacia la playa, las casas de Gijón.»

«Esto que aquí hierve y ronca y salta y rebota es el abismo: el mar Cantábrico! el camino universal, tachonado de pequeños barcos de henchida vela, á cuya popa van atadas las redes destinadas á la pesca del atun y de la sardina; mar agitado, terrible, tempestuoso, cuyas olas si no besan las mágicas playas de Nápoles bajo un cielo incomparable y á la luz del apocalíptico Vesubio, ofreciendo todas las maravillas del contraste, ni reflejan perezosas y murmurantes los esplendores de las santas iluminaciones del fantástico Ramadan, ni suspiran al pié de Lesbos y Mitilene, entre bosques de mirto y verbena, ni han escuchado las fantasías de San Juan ó la voz misteriosa que á lo ancho del Tirreno repetía *¡El dios Pan ha muerto!*, ó los lamentos del pio Encas, ni asistieron á las homéricas empresas de Roger de Lauria, ni soportaron el peso de las repletas naves de los Cruzados, ni recogieron el nupcial anillo de los dux de Venecia, ni contemplaron la tragedia de Lepanto..... en cambio, vivas, ansiosas, impacien-

tes, despues de confundirse en inmenso y estruendoso abrazo con el Atlántico,—el gran teatro de la navegacion moderna y la via principal del comercio contemporáneo;—y de azotar á Finisterre, desmentido por el inverosímil esfuerzo con que los inmortales navegantes del siglo décimo sexto inauguran la Edad en cuyo dintel se alzan la invencion de la imprenta y el descubrimiento de América; y de provocar en su misma tierra al astur estrechado sobre la costa por las altas y violentas prolongaciones del Pirineo, y al vizcaino hecho á las tempestades tropicales; y de cubrir el profundo surco que dejan los grandes vapores que desde los puertos septentrionales de Alemania y de Francia se lanzan al nuevo mundo para llevarle con nuevos pobladores la experiencia de la historia y recoger de aquellas soberbias amplitudes, en que el porvenir amanece, el puro aliento de las nacientes sociedades..... emprenden un viaje de agitacion y de empeño y saludan y oprimen y bordan las costas de Inglaterra, la patria del trabajo, del libre cambio, de los bancos de crédito y de las grandes asociaciones: la metrópoli

de los tiempos modernos, el mercado del mundo, el sólido imperio de las aristocracias legítimas y de la opinion pública:—de Holanda, la pátria de la libertad de pensamiento y de la emancipacion de la conciencia;—de Bélgica, el templo de las cuatro grandes libertades;—de Dinamarca, regenerada por la revolucion del 48;—de Suecia, la pátria adoptiva de la libertad constitucional, la tierra trasformada por los destellos de la paz de Westfalia, los fulgores de la revolucion del 89 y la trascendencia del movimiento reformista de 1830: en una palabra, de este mundo de centelleante vida, de vibracion eterna, de expansiones espléndidas, de maravillosos é incesantes inventos, de sed infinita, de audacias imposibles, de dialéctica y de *positivismo*, forjado por la critica del siglo décimo octavo al calor de tempestades sociales,—las mas grandes y pavorosas quizá que registra la historia,—y que en alas del vapor ó encadenado el rayo, parece precipitarse en la plenitud de los tiempos, y bajo la providencia de Dios, marcha al cosmopolitismo por la abolicion de las aduanas y las trabas internacionales y la codificacion del derecho de

gentes,—al imperio del orden y la paz por la exaltacion de la soberanía de los pueblos—y al pleno dominio de la tierra, por la razon independiente y la experiencia libre é incontrastable.

* *
*

Pero ved, ved mas. Fijaos en el mosaico humano.

«Este que por aquí cruza, la tez morena y curtida, el ojo grande, la mirada fija, la frente rugosa, el andar vago, el aire apuesto, cubierto el cuerpo con ancha blusa y la cabeza con gorro de paño verduzco, á rayas, dominado por una pequeña borla de pana ó de algodón, este es un bravo marinero que acaba de salvar las iras del Atlántico, que ha visto á Cuba retorcerse y gemir, que ha contemplado las inmensas montañas de agua, los inmensos abismos y las praderas marinas de las Bermudas. Aquel que por allá pasa, de andar suelto, mirada franca, frente abierta, sombrero grande, el cigarro entre los labios, la chaqueta abandonada y el pantalon largo ajustado á la cintura por una ligera correa ó una retorcida faja, es un obrero inteligente, que ora resiste el inmenso calor de los hornos donde se funde y corre el vidrio,

al modo que en las grandes fábricas de Bohemia, ora golpea el yunque en las fundiciones de Kesker, de Hulton y de Lapedagne, ora trabaja en los talleres del camino de hierro ó en los almacenes del muelle. Aquí se detiene el *paisano* que de la marina viene, alterado un poco el característico traje por la supresion de la clásica montera, con sus grandes bueyes y su carro de madera, cuyo chirrido evitan sendos golpes de aceite y sebo. Al otro lado corre la *cigarrera* con su pañuelo cruzado sobre el pecho y sus grandes y negras trenzas recogidas sobre sí mismas en lo alto de la cabeza; mujer de ojos vivos, aire resuelto y por lo comun de tez apagada, cuando no morena. Habla desde el otro lado el *artesano*, empuñando su herramienta, carpintero ó mampostero de ordinario; y le corta el paso con su veloz carrera la vendedora de sardinas, que, la falda corta, la pierna y el pié desnudos, las trenzas sueltas y la enorme canasta sobre la cabeza, cruza calles y plazas, cuando la noche se avecina y apenas han llegado al muelle entre la silba ó el aplauso de los concurrentes, las lanchas de pesca, gritando con chillona voz *Sardines! Sar-*

ñines! A lo lejos atraviesa el paseo un elegante *faeton* ó un coquetísimo *cesto* que indudablemente lleva á Somió á los aristocráticos habitantes de alguna *quinta*, y cuando la vista busca nuevo espectáculo se lo dan los ómnibus que de las estaciones de ferro-carriles suben por las anchas y rectas calles, atronando á los transeuntes con el repiqueteo de sus campanillas y las voces de los áurigas y dejando en *La Iberia*, *El Comercio*, *El Cubano* ó la casa de Ramona Vega á los maltrechos y atolondrados viajeros.»

«Todo esto aquí se ve: todo esto se mueve, bulle, alborota y revuelve en la villa: todo esto es Gijón... barco de vapor, depósito de hulla, blanquísima lancha, resonante locomotora, bella plaza, animado muelle, teatro elegante, *quintas de luna de miel*, fábricas crecientes, trabajo abundante, paz octaviana, temperatura suave, cielo risueño, perspectivas ya dulcísimas y encantadoras, ya impotentes y solemnes..... Ahí teneis..... *la Villa!*...»

Por de contado, pio lector, que ya habrás ido sospechando que al decir estas lindezas soy, mas que intérprete de mis propias impresiones y de mis particula-

res juicios, eco fidelísimo del entusiasmo de tal cual apasionado astur, quizá de algun pintoresco y espumoso gijonés: que en esto de amor á la tierra pocos pueden poner punto ni coma á los hijos de Pelayo, y en lo que hace á estar satisfechos de la *casa* y dispuestos á hacer todo género de sacrificios, prescindiendo de interiores y particulares diferencias (que no son flojas) para el brillo y esplendor de la *villa*, tengo por muy difícil que nadie aventaje á los gijoneses, que de ello gozan grande y cumplida fama.

Pero nosotros... nosotros ya somos otra cosa. Nosotros sabemos que en el mundo existe ese nido de palomas que se llama Cádiz y ese kiosko de filigrana que se apellida San Sebastian. Nosotros somos hombres de mundo; despreocupados, casi tolerantes. No nos irritamos de que el pobre provinciano no abra tamaña boca en el Teatro Real ni en los salones del Museo del Prado. Hasta le consentimos que reniegue, apenas llegado á la restaurada corte, de la vida de Madrid, de esa deliciosa vida que tan de menos se echa así en el boulevard de los Italianos como en la acera del *Cuadrante*

de Londres. Tenemos, pues, derecho á aquilatar y á decir. Y en último extremo... ¿no es esto *provincia*? ¿Y nosotros no gastamos lentes ni sabemos enarcar los ojos y mirar por cima de los cristales con cierta elegante indiferencia, cierto aristocrático desden y una impertinencia apenas imaginable, los esfuerzos, las tentativas y las obras de los *pobres provincianos*? Ejerzamos, pues, la soberanía de la crítica con toda franqueza y toda crueldad. Y caiga el que cayere, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

¿Qué es Gijón? Qué vale la *villa*?

Por partes. La vista de Gijón, como la de todos los pueblos marítimos, es desde el mar; como su entrada natural es el muelle, punto de referencia y núcleo de toda la población. Por esto el viajero que desembarca y penetra en la villa por cualquiera de las dos estaciones de ferrocarril, no debe aventurar juicio alguno, que fundado en el primer golpe de vista, habría de ser poco benévolo.

Una calle estrecha, de casas feas y súcías, y de pavimento rojizo, formado por el polvo del mineral de hierro que con-

ducen innumerables carrós desde las estaciones al muelle y vice-versa, es hoy la entrada principal por tierra de la preciosa villa, en tanto no se construya un vasto paredon, ya comenzado, sobre la playa de Pando y se destruya la actual vía férrea que atraviesa y luego constituye uno de los lados de la calle citada, sirviendo para que los wagones de Langreo lleguen á una de las estremidades del muelle y mediante el auxilio de dos poderosos droeks bajen á la cubierta misma del barco que aguarda el carbon y puede hacer su carga con escáso esfuerzo, poco gasto y breves horas. Desde aquí, imposible toda perspectiva: y por la primera impresion difícilmente podría decirse que se entraba en una villa risueña y gentil.

Desde el mar—aun desde el muelle—es otra cosa. Figúrate—lector benévolo—un tres colosal al revés. El espectador se coloca frente á la llave de la inmensa cifra, á bordo de uno de los bellos vapores de Cifuentes ó de Mac-Andrew que sostienen frecuente comunicacion con Santander ó Lóndres, mecido tal vez por las mansas olas que á la caída de la tarde juguetean con las cien lanchas pescado-

ras que esmaltan la líquida planicie. El extremo de la derecha es el cabo Torres: el de la izquierda el de San Lorenzo, y desde ambos arrancan dos anchas y despejadas playas, en forma de concha, conocidas con los nombres de San Lorenzo y Pando, cuyo punto de union es el pié de la llave, en cuya raiz se agrupan las casas de la villa y á cuya cabeza figuran el muelle y, mas aun, el monte de Santa Catalina. Ya me guardaré yo de decir que el panorama escede al de la bahia de Cádiz con su cielo de incomparables chispazos de oro y nácar y los reflejos de las lindas casas del Trocadero y de los Puertos, que como bandada de blancas palomas parecen asomarse al limpio espejo de las perezosas y resonantes olas. Pero negar la dulzura, la belleza del cuadro á que me refiero ahora, fuera afrentar la evidencia por pretender de *sprit fort*.

Los cabos, que del lado del Cantábrico se presentan ásperos, ceñudos, abruptos, desnudos de toda vegetacion, como apercebidos para afrontar las iras del soberbio elemento, cúbrense de verdor al mirar á la villa, é iniciando las dos conchas ya citadas, córrense hácia el fondo y for-

man la azulada y ondulante cinta que cierra el cuadro, en cuyo primer término se desarrolla con extraña regularidad, el ámplio arenal, inmediatamente ceñido por la ancha faja de esmeralda con reflejos de oro y matices de plata sobre que destacan las flechas de las casas y las torres de las iglesias de Jove, Tremañes, Ceares, Deva y Somió.

Siguiendo mi afición á representar materialmente las cosas que aquí veo, antójase me el monte de Santa Catalina (de una gran elevacion sobre el mar, en el que cae sin gradacion ni suavidad alguna), muy parecido á la campanilla de la boca de un hombre. La parte mas ancha y redonda, es la que penetra audazmente en el mar, que rabioso la hiere y en el frenesí de la impotencia pretende cubrirla con sus espumantes olas. En la cúspide álzase la farola que habla al marino en estas costas de angustia y de sombras, y en lo mas prominente, á derecha é izquierda, como dos formidables colmillos, se presentan dos fortines, que por su atraso y sencillez presumo fuera de todo juego bélico. En la parte angosta é inferior de la campanilla agólpense las casas de la antigua poblacion y comien-

za la nueva, que se estiende luego por entrambas playas; mientras que sobre el costado derecho de Santa Catalina (visto desde el mar) surge el muelle y sobre el izquierdo la Iglesia, la Aduana, el Ayuntamiento, y en fin, el melancólico paseo de Valdés.

El muelle, que no pasa de regular ni peca de espacioso, ni es verdaderamente ejemplo de limpieza, está formado por dos brazos de diferente estension, de los cuales el menor (destinado principalmente á la carga del carbon y sobre el que corren los wagones de Langreo) domina y cierra la playa de Pando, y el mayor avanza trazando un gran arco de círculo, poblado en su mayor parte de casas, lamiendo la falda de Santa Catalina para venir, al término de este monte, á contener las grandes olas del puerto y buscar la estremidad del brazo inferior con el que constituye la boca del muelle. Este se halla dividido en dos partes. La antigua formada por el paredon de Pando y la mitad del actual brazo de Santa Catalina, que hacía martillo mucho antes de llegar al término del monte. Aquí, hasta hace cosa de seis ú ocho años, se agolpaban y ofendian los barcos, todos

de escaso porte, que á menudo quedaban en seco, sobre un fondo sucio y repugnante. La otra parte es la nueva, comenzada en 1859 y terminada en 1864, en cuya construccion se invirtieron unos seis millones de reales; y es la que arranca del antiguo martillo (al que hoy aparece unido otro de madera, suplementario, concesion hecha á un particular) y termina en la llamada Punta de Liquerique (del nombre del constructor). Allí entran hoy barcos de considerable porte y los numerosísimos vapores que frecuentan el puerto... Pero todavia no es esto bastante para el prodigioso desenvolvimiento que Gijón ha alcanzado; no hace muchos meses que á una empresa se ha concedido la ampliacion del muelle de Pando—lo cual equivaldrá á doblar su estension—y un emprendedor gijonés para quien, sin duda, *el descanso es pelear*, solicita en este momento el permiso para construir otro paredon y muelle por fuera del Liquerique.

Por lo demás, gruas, droks, escalinatas, rampas... y todo lo que es de rigor en muelles de alguna importancia, todo lo tiene el de Gijón.

No he de negar al malévolo espíritu

que se complace en descubrir las sombras y achaques de las cosas de la tierra, que ya dentro del muelle, el aspecto que presenta la larga hilera de casas de la izquierda deja bastante que desear. Obra de mucho tiempo atrás (como que aquello era la ciudad antigua), la casi totalidad de las casas son pequeñas, irregulares, de feo aspecto y algo abandonadas... Mas sobre que la línea no es larga (pues luego la perspectiva cambia y entran con los señoriales torreones del palacio de Revillagigedo, los bellos edificios en que se hallan, las fondas de la *Iberia* y el *Comercio* y el Café suizo), hay que advertir que ya amenaza la piqueta á esas construcciones y que en brevísimo plazo aquel espacio habrá de poblarse con casas tan majestuosas como la que, tal vez como modelo, allí mismo concluye otro de los mas activos y afortunados comerciantes de Gijón: el señor Olavarría. Pero reconozco que buena falta hace.

Y hémos aquí ya en la villa. La lancha ha'atracado, el marinero la asegura con las manos junto á la escalera de piedra; el patron grita y el viajero, apenas repuesto del agitado vaiven del mar del

puerto, salta á tierra asediado por un enjambre de *rapaces* que se disputan, con no menor atrevimiento que el de los pilletes de Cádiz ó los cocheros de Madrid, la conduccion de la maleta. El carabine-ro de guardia mira receloso al recién venido y las gentes que discurren sobre el muelle vuelven la cabeza para olfa-tear la procedencia del viajero, que mas sereno desarruga la frente, espacia la mirada, inquiere las direcciones y prin-cipia á darse cuenta de que *está en tierra*.

A los cien pasos... una fonda. A la sa-lida posterior de la fonda... la *Plaza* del Marqués... los Cuatro Cantones... la ca-lle de la Trinidad... la calle Corrida; en una palabra, *la Villa!*

Pero el capítulo es largo y la cosa lo merece aparte. Descansemos dos minu-tos; fumemos un cigarro... y adelante.

II.

Constituyen la villa de Gijon tres partes perfectamente caracterizadas y definidas bajo el doble punto de vista histórico y geográfico.

Es la primera la que puede llamarse la villa antigua. Las calles estrechas y torcidas; las casas pequeñas, súcias y oscuras; la atmósfera falta de transparencia, cargada, quizá infecta: la superficie desigual, sinuosa, generalmente áspera y difícil: tales son los rasgos distintivos de esta porcion de la villa gijonesa que se desarrolla confusamente al pié mismo de la montaña de Santa Catalina, entre el muelle, la calle de la Trinidad donde antes habia una puerta, y la alameda contigua á la iglesia de San Pedro y á la playa de San Lorenzo ó *mar frontera de Somió*. A la vetustez de esta parte de la poblacion (en la que, sin embargo, destaca el palacio de los antiguos marqueses de San Estéban, despues condes de Revillagigedo, bajo cuyas torres celebrábase en otro tiempo la asamblea de los alcaldes y regidores, dichos *Justicias* y *Re-*

gimientos), únese la circunstancia de que su proximidad al muelle la haya hecho preferida por pescadores y marinos para establecer allí su domicilio, lo cual da á todo aquel espacio un cierto aire de estrechez, y aun de miseria, que á las veces recuerda, en términos reducidos, el célebre San Giles de Londres, y que choca abiertamente con cuanto es y cuanto pretende la graciosa villa cantábrica.

Difícil sería á quien solo por las apariencias y de oídas juzgase, sospechar los años que Gijón lleva acuestas, como nadie que solo por el presente quisiera examinar las cosas, podría imaginar que la representacion histórica de la actual democrática villa es una representacion esencialmente *señorial*, aristocrática, en último caso oligárquica. Todo lo que en ella palpita, todo lo que aspira, todo lo que promete—todo parece esencialmente moderno, novísimo, contemporáneo; y puede bien asegurarse que el tipo del arqueólogo y el especimen del anticuario, empolvado hasta los ojos, soñando con los druidas, descifrando rótulos y epitafios y repitiendo diez veces al día citas de Pomponio Mela, Estrabon ó el obispo Pelagio, se encuentra con difícil-

tad en Gijon, muy al contrario de lo que sucede en el resto del Principado. Aquí, pocos, poquísimos se ocupan de lo que *ayer fueron*: aquí no existe la antigua aristocracia: aquí todo el mundo—el mundo que vale y por tanto el que realmente *es*—data de esta mañana. Y sin embargo los eruditos registrando papeletes y librajos (cuyo extracto cualquiera puede ver en los *Avisos histórico-políticos* y la *Gija antigua y moderna* de D. Gregorio Menéndez Valdés, del siglo XVIII, y la *Historia de la villa de Gijon* de D. Estanislao Rendueles, publicada en 1867), los eruditos, digo, han llegado á averiguar que los cimientos de esta villa tan lozana y *gentillete* fueron echados nada menos que p r un famoso Gijan, biznieto del mismísimo Tubal. Otros, con el Padre Mariana en la mano, afirman que Amilcar y Gisjon, nietos de Magon (!!), se hicieron á la mar de orden del Senado cartaginés, á descubrir nuevos rumbos y costas; que Amilcar se engolfó hácia América y Gisjon vino á las costas cantábricas, donde construyó un castillo y un almacén, comienzos de la actual villa gijonesa. Y en fin, algunos mas juiciosos, haciendo pié en las considerables

ruinas de tres aras dichas sextianas, sitas en la inmediata parroquia de Jove, (que, segun el P. Morales, venian á ser «tres grandes pirámides parecidas á las de Egipto, huecas y con escaleras de caracol que llegaban hasta la cumbre,») levantadas por el almirante romano Sexto Apuleyo, en honor de Augusto, despues de vencidos los astures «guerreros hasta el delirio,» y tomando nota de las lápidas é inscripciones de los baños romanos de Pumarín, de los vestigios de Ceares y Fano (parroquias contiguas cuyos nombres se hacen venir de Ceres y Júpiter), y por último, de las medallas y monedas de Augusto, Tiberio, Cómodo y Constantino, halladas en Santa Catalina y entre los restos de los antiquísimos muros de Gijón, hacen arrancar la historia de este pueblo de los tiempos romanos, dejando á un lado la ridícula pretension de que la Gijia de que hablaba Melaton, sobre doscientos años antes de Jesucristo, como de ciudad ya importante, fuese la misma villa de Jovellanos.

De esta historia, sin embargo, no quedan en Gijón mas que ligerísimas sombras, tal cual piedra, dos ó tres líneas incompletas de una inscripcion, y el va-

go recuerdo de la decidida, aunque á la postre ineficaz ayuda prestada por los valerosos soldados de Gijia á la célebre y fortísima ciudad de Lancia (capital quizá de los astures augustanos) en la guerra de seis años que, veinticuatro antes de Jesucristo, sostuvieron por última vez las huestes romanas con los indómitos y al fin destrozados cántabros.

Todavía de una época bastante menos remota,—de la época de la invasion árabe y del levantamiento de los contemporáneos de Pelayo—se carece de datos auténticos suficientes para teger aquella trama de memorias y hechos que constituyen la verdadera historia. La poesía se ha encargado de bordar el recuerdo de aquel período de confusiones y relámpagos, con la leyenda de los amores de la hermana de Pelayo y Muzza, el gobernador moro de Gijon; amores imposibles y afrentosos, que darian á la obra del caudillo asturiano el triple carácter de un empeño religioso, una empresa patriótica y un desagravio de honra. Pero de aquellos tiempos solo quedan en Gijon los nombres de dos ó tres calles (por cierto fuera de lo que debió ser la Gijon del siglo VIII) y la tra-

dicion, harto infundada, que refiere á aquella época la parte de los ruinosos muros de la actual cárcel pública de la villa (casi encima del muelle) que se suponen fueron los mismos del palacio de Muza y despues los de las casas consistoriales.

* *

Pero donde la Historia comienza de un modo claro y reviste forma precisa es en el siglo xiv. Aquella fué la época en que apareció, sin que hasta hoy se sepa el origen, el Condado de Gijon, de que fueron titulares los famosos Alvarez de las Asturias; el primero—D. Ordoño—en tiempo del rey San Fernando, y despues D. Rodrigo, ayo del célebre don Enrique de Trastamara, bastardo del Rey D. Alfonso I y de Doña Leonor de Guzman, el cual por muerte del D. Rodrigo hereda el señorío de la villa cantábrica. Desde este momento, Gijon adquiere una gran importancia en la historia de Castilla. Las intrigas y las rebeliones de los Trastamara encuentran en Gijon su centro y refugio. Primero, es el hermano de D. Pedro el Cruel el que desafía desde los muros de su resuelta villa las iras de su rey y señor, hasta

que al fin logra en Montiel apoderarse del cetro castellano. Despues, tócale provocar la guerra civil, á su hijo natural D. Alfonso Enriquez, heredero del Condado de Gijon, y nacido en esta villa; el cual, atropellando las franquicias de los pueblos realengos y los privilegios del señorío de Oviedo, concluye por alzarse contra sus sobrinos D. Juan I y D. Enrique el Doliente, terminando aquella tan larga cuanto injusta campaña con el sitio de Gijon y el incendio de esta plaza, que en último y desesperado extremo realizó en 1393 la rebelde Doña Isabel de Braganza, esposa de D. Alfonso.

Fué aquel un período de grande agitacion y tremendas luchas, sangriento para Asturias, dividida profundamente entre los parciales del Rey y los amigos de los Condes de Gijon, y en cuyo territorio se dieron rudas batallas como la de Coiloto y tuvieron efecto choques violentísimos como los del sitio de la plaza gijonesa, bajo cuyos muros camparon tres reyes de Castilla; pero tambien época de gran valor para Gijon, que por espacio de mas de treinta años fué objeto de la preferente atencion de todo el reino.

Pero el incendio de 1393 concluyó con todos los restos de la villa antigua, y la parte de la actual poblacion á que hoy me atrevo á dar aquel apellido data de los siglos xv y xvi, esto es, desde que suprimido el Condado de Gijón, constituido por Enrique II y Juan II el principado de Asturias, rechazadas las pretensiones señoriales de los Quiñones y D. Juan de Acuña en tiempo de Enrique IV y tranquilizado en fin el país cántabro, obtuvieron del rey castellano, los gijoneses emigrados en las vecinas playas del Musel, el permiso para reedificar su aruinada villa y comenzaron á utilizar la licencia, levantando en 1410 la iglesia de San Pedro y reedificando el barrio que hoy se llama Cimadevilla, continuándose la obra durante el siglo xvi, al que hay que referir la construccion de la primera parte del muelle (apellidado *Cay*), el puerto, la torre del Reloj (sobre los cimientos de la antigua Augusta) y la de Valdés. Entonces la poblacion de la villa no pasaba de 400 vecinos.

El siglo xvii y parte del xviii lo llenan las cuestiones interiores de la villa; las agitaciones y contiendas que provocan sus regidores, cuyas asambleas para la

eleccion de jueces fueron muchas veces suspendidas y en alguna ocasion llevadas á Oviedo para evitar turbulencias. A esto se unieron los disturbios y la resistencia provocada ora por la propension de los hidalgos á prescindir del estado llano, al punto de promover y conseguir en 1761 la supresion del juez pechero, que de antiguo existia en el regimiento, convertido por este y otros caminos en una especie de oligarquía, ora por la actitud de los gobernadores de Oviedo, atentos desde la exaltacion de los Borbones á cercenar el poder municipal en obsequio del de la Corona, empresa consagrada á la postre por un éxito que podria calificarse de felicísimo, si con él no hubiera venido á tierra el espíritu palpitante y vigoroso de la localidad, mientras el absolutismo político y la intolerancia religiosa secaban en su fuente todo principio de vida y toda apariencia de espontaneidad. En este no corto período los progresos de Gijon fueron escasos: su poblacion, casi estacionaria; su importancia reducida; su desarrollo material lento, bien que no nulo en razon á datar de esta época la ereccion del palacio de los marqueses de San Estéban, la

traida de aguas de la Guia (que es aun el único, aunque muy mediano, manantial potable de la villa), la construcción de casas fuera del antiguo recinto y la creación del Hospicio de la Merced y el Hospital de los Remedios, cuyo patronato ejerce hoy el Ayuntamiento. Por lo demás, hasta el hambre y la peste, como en 1658, 1701 y 1740, parecieron citarse para oponerse al adelanto de la población cantábrica, sofocada bajo el peso de las nuevas instituciones y amenazada muchas veces por corsarios y piratas, que á la misma vecindad de Piles llegaron, durante las desastrosas guerras con ingleses, franceses y holandeses que sostuvo España bajo la monarquía borbónica.

* * *

Lo que exactamente puede llamarse la *villa nueva*, data del último tercio del siglo pasado y la primera mitad del presente: y á su admirable desenvolvimiento es indispensable unir el nombre del ilustre autor del *Informe sobre la ley agraria*.

Basta para convencerse de ello pasear la mirada por los dos planos que de la villa de Gijón existen en las salas de las Casas Consistoriales: el uno que lleva

la fecha de 1635, y se da como remitido al Ayuntamiento por D. Fernando Valdés, sargento mayor del Principado, en tiempo de Felipe IV, y en la época del desembarco de 600 franceses en las inmediaciones de Gijón, en las riberas del Piles; y el otro de 1867, hecho concienzudamente en tamaño mural y con un desinterés poco comun, por el jefe del cuerpo de ingenieros militares, señor García Ríos, apartado desgraciadamente de la provincia cuando proyectaba el plano de todo el concejo.

La calle Corrida (la calle de Alcalá de Gijón), con el gran arco de piedra que del lado de tierra la termina, mientras que por el Norte la remata el antiguo muelle, poblado de mástiles y constantemente estremecido por el continuo rodar de los carros cargados de hierro y carbon de piedra; las anchas y rectas vias, conocidas con los nombres de San Bernardo, Jovellanos, Matriz, San Antonio, Cabrales, Moros y Merced, con sus blancas casas de dos pisos, muchas de sillería; las alamedas y plantíos que hacia la actual estacion del ferro-carril de Langreo han sustituido, merced al incansable esfuerzo de Jovellanos, al pan-

tano inmenso y pernicioso apellidado en otro tiempo el Humedal; el murallon de San Lorenzo, que ha robado al Cantábrico la vasta y hermosa playa del Nordeste, librando á la villa de las arenas que por aquel lado la invadian; las alamedas de Somió y de Valdés, éste al pié de Santa Catalina y sobre el mar de Somió é indudablemente el mas bello paseo de Gijón, á pesar del olvido en que le tienen los gijoneses que prefieren el sucio del muelle (cuya falta de policía es insuperable) ó el pedregoso y triste de Begoña ó el reducidísimo y monótono espacio de la calle Corrida que apellidan (gran Dios!) el *boulevard*; la creacion del comenterio, en una de las vertientes de Santa Catalina, junto á la iglesia; la ampliacion y mejora de esta; la construccion de la carretera real á Oviedo, para que enlazase con la de Castilla, de modo que el término superior de esta fuese Gijón; la fortificacion de la plaza, espuesta hasta entonces á las asechanzas de franceses é ingleses, tan pronto amigos, tan pronto contrarios por las torpezas del famoso *pacto de familia* que tan caro pagó nuestra España; la creacion del Instituto, soberbio aunque

incompleto edificio, cuya primera piedra puso el insigne D. Gaspar el 7 de Enero de 1794 y del cual ha salido esa pléyade de pilotos asturianos que honra nuestra bandera en todos los mares; el trazado y construccion de la carretera carbonera de Langreo, ideada por Jovellanos y acometida hácia 1840 por el marqués de las Marismas, cuya prematura y súbita muerte privó á Asturias, y en particular á Gijon, de un poderoso auxiliar de su desenvolvimiento y esplendor; el ferrocarril de Sama y el vistoso palacio donde están la estacion y las oficinas de la empresa, desde 1848; el mercado cubierto de San Lorenzo, edificio todo de piedra, hoy estrecho, pero espacioso allá cuando, como en 1850, la villa no pasaba de nueve mil almas, y sobre todo sin rival en poblaciones análogas; el Hospital, establecido desde 1836 en la gran casa de su bienhechor D. Juan Nepomuceno Cabrales, que á su muerte le legó la mitad de su cuantiosa fortuna, y por último, el teatro, bellísima cuanto afortunada reduccion del Real de Madrid, donde caben unas ochocientas personas; —vé allí las principales obras de este período, de ochenta á cien años, de resur-

reccion para la alegre villa, que al compás de sus adelantos materiales abria su seno á numerosas industrias y se preparaba para un movimiento mercantil cuya importancia hoy se comienza á tocar.

Desde este momento el vuelo principia á ser extraño para tornarse muy luego en prodigioso. Dos cuestiones se ponen sobre el tapete: la una la de la vía férrea que habia de unir á Gijon con el corazon de la Península y los grandes mercados de Castilla: la otra, la del gran puerto y muelle que habia de hacer accesible pueblo de tantas y tan legítimas pretensiones, á los barcos y la accion del resto del mundo. Pues entrambas cosas parece conseguirlas antes de 1868, fecha célebre en la historia pátria y notabilísima en la historia de Gijon.

El 10 de noviembre de 1864 fué subastada la línea del Noroeste de España, pero hasta ocho años despues la locomotora no recorrió el trayecto de Gijon á Oviedo. En 1858 la reina doña Isabel firmó en Gijon la orden en cuya virtud se acometieron las obras del muelle, abandonadas desde fines del siglo pasado y concluidas felizmente con el ante-puerto, en 1864. Por último, en 1860 se decre-

tó el estudio del puerto de refugio del Musel, en la concha de Gijón, al resguardo del cabo de Torres, y en 1872 fué hecha la concesion de estas obras, cuya terminacion es por varios fundadísimos motivos objeto de grandes dudas. Baste decir que la empresa concesionaria es la misma del ferro-carril del Noroeste, que tan escandalosamente prescinde de las condiciones de la subasta, burla las esperanzas del Principado y daña los intereses y el porvenir de todo el país.

Pero en lo que no cabe reserva ni diferencia de parecer es en lo tocante á la influencia de las obras realizadas hasta el dia en Gijón. Con ellas se inauguró una nueva época de desarrollo, sostenido y vigorosamente ampliado, á partir de 1868 con la demolicion de los antiguos y ya inútiles fortines y murallas de la parte de tierra; la desecacion y afianzamiento del arenal de San Lorenzo, concedido por la corporacion municipal en 1870 al Marqués de Casa-Valdés que en él empleó las basuras que sacaba de la dársena, cuya limpia habia contratado: la demolicion de la antigua capilla de Begoña, sustituida por otra que al efecto se construyó en 1873 y la edifica-

cion de numerosas casas, que hacen juego con las muchas levantadas en el viejo arenal, destinado en plazo no remoto, á ser el barrio mas bello y elegante de la villa: la construccion del paredon de Pando, que vá desde la Estacion del ferro-carril de Castilla al muelle y sobre el que se proyecta una línea de casas de piedra silleria y grandes arcos, al estilo de las del rue Rívoli de París, y á cuyo efecto, hay ya edificada una que ha de servir de modelo: la ereccion del elegante mercado de hierro de la calle de Jovelanos, al modo de los novísimos de Nueva-York y Madrid: la fábrica del gas en el Arenal: el establecimiento de las dos grandes fondas de la *Iberia* y el *Comercio*, frente al muelle y en dos hermosos edificios de tres á cuatro pisos: la construccion del bellísimo palacio ó Casa consistorial, cuyo frente constituye uno de los lados de la Plaza proyectada al estilo de la Real de Barcelona, y cuyos primeros arcos están ya levantados: la inauguracion del nuevo cementerio de la villa en el camino de Ceares; y en fin, la construccion del lindísimo Circo-Obdulia, establecido en los Campos Elíseos inaugurados el verano último, y que

han de contribuir lo indecible al embelecimiento y atractivo del flamante barrio del Arenal, donde se proyectan *chalets* y jardines que dándose la mano con las *villas* y quintas que en Cabueñes, Deva y Somió poseen el duque de Tarrancon, el conde de Revillagigedo, los señores Cifuentes, Valdés, Zarracina, Gonzalez y tantos otros, harán de los alrededores de Gijón un lugar verdaderamente risueño y encantador.

Tal se ofrece hoy al *turista* la palpitante villa cantábrica. Ya me guardaré yo de ponerme en línea con sus admiradores sin reserva. Antójaseme que en ella se padece la afición á hacer las cosas nuevas prescindiendo demasiado de mejorar las viejas. La abundancia de las casas de un solo piso daña bastante á la perspectiva y al efecto general. El empedrado y las aceras dejan mucho que desear, aun comparados con los del mismo Oviedo; y sobre todo, la policía municipal, por muchos motivos, dá harto que decir, teniendo en cuenta mas que las condiciones generales del país (pues sabido es que la limpieza no es todavía la virtud de nuestras provincias del Norte) las pretensiones de la nueva y próspera po-

blacion y las exigencias de estos tiempos de fáciles viajes y francas comunicaciones. Pero negar que el aspecto de la villa es riente, su corte elegante y sus contornos deliciosos; que el primer golpe de vista cautiva, y que en ella hay mucho aire, mucha luz, y mucha vida; negar que Gijon cuenta en su seno muchas cosas bellas; que sus defectos son de tan fácil remedio, cuanto que sus progresos son visibles é incesantes; que todo lo que existe promete y escita á una accion vigorosa y ya necesaria, y en fin, que con todas sus faltas hoy mismo está á inmensa distancia de las demás poblaciones sus análogas de la Península y puede bien aspirar á ser contada entre las mas atractivas y bellas de España... fuera, sin género alguno de duda, cerrar los ojos á la evidencia y tirar piedras á la Justicia.

III.

Gijon es á la par una estacion de baños y un pueblo industrial en el mas ámplio sentido de la palabra; pero su valor se me antoja muy diverso bajo uno y otro punto de vista.

En el primer concepto, Gijon es un lugar naciente: en el segundo, una villa importante. Por una parte vive los primeros dias de San Sebastian, Boulogne sur mer, Trouville, Biarritz, Etretat, Arcachon: por otra, atraviesa felizmente el período crítico que han salvado en diferentes grados Santander, Barcelona, Amberes, Marsella y Liverpool. El olvido de esta doble representacion de la villa gijonesa es á mi juicio el fundamento principal de las acerbas censuras con que en ocasiones, se la agravia: porque es preciso advertir que Gijon tiene émulos y detractores y si es cierto que de Pajares afuera todos los asturianos se ufanan de los progresos y escelencias de la centelleante villa, tambien lo es que *en familia* la opinion no se muestra

unánime en su favor ni los cargos dejan de revestir cierta actitud y entrañar relativa trascendencia. De todo conviene hablar algo, aún con el propósito decidido de no fallar el pleito.

Al decir que Gijón es un pueblo industrial en el mas ámplio sentido de la palabra he querido significar el doble empeño fabril y mercantil en que la villa cantábrica está comprometida. Su carácter comercial no es ciertamente novísimo, por mas que su flamante desarrollo haya hecho olvidar los anteceder del puerto. A mediados del siglo xvi el Ayuntamiento rechazaba la proposición de un regidor de aplicar ciertos fondos sobrantes á la construcción de una fuente, prefiriendo aquel dedicarlos á la mejora del «*Cay é astillero—dice el texto del acuerdo—donde se fabrican y componen los barcos que vienen á Gijón.*» Del tiempo de los Reyes Católicos data la real cédula que concedió recursos para las obras del puerto que se dió por terminado hácia 1582: y cuando el Principado y la villa representaron calurosamente á Felipe III contra la pretension del portugués Conde de Linares de llevar el título de conde de Gijón, ya su-

primido hacía cerca de dos siglos, consignábanse en aquella respetuosa protesta estas palabras: «La villa es digna de la gracia de V. M. y de la estimacion que de ella hicieron los señores Reyes. Es puerto de mar el mejor del Principado, vecino al cabo de Torres, surgidero limpio y pacífico tan conocido en la navegacion, donde pueden abrigarse copiosas armadas sin riesgo de los vientos, como diversas veces se ha visto; está en sitio eminente y por naturaleza inespugnable, cerca de Portugal desde donde cada segundo dia pueden venir embarcaciones...» —Su muelle difícil y torpemente construido en el siglo xvi, maltratado y casi deshecho por los embates del mar desde 1723 á 1750, es recompuesto á partir de esta fecha; bien que en varias ocasiones, y señaladamente en 1790, se suspenden las obras despuesde gastados tres millones de reales, para dedicar toda la atencion al muelle y puerto de Rivasdesella. A los años de 1704 y 1751 respectivamente se refiere la creacion de los viceconsulados de Francia é Inglaterra; prueba cierta de que por aquel entonces el tráfico de aquellas dos naciones con Gijon no era desatendible: y el cuerpo

de marcantes ya tenia importancia antes de concluir el siglo xvii, al punto de sostener recias contiendas, por razon de jurisdiccion, con la Justicia y Regimiento de la villa, de ordinario vencedores en estas colisiones. En 1728 establece la administracion de aduanas y en 1743 se emancipa la marina de la jurisdiccion de la Audiencia.

El reinado de Cárlos III abre un grande y fecundo período para la animosa villa. El decreto de libre comercio con América, que segun Canga Argüelles en su conocido Diccionario decuplicó el valor de nuestro comercio con las colonias, sacó á Gijon (luego de habilitado su puerto, á despecho de las pretensiones egoistas de Santander) de la estrechez del tráfico que sostenia con el extranjero reducido hasta entonces á la exportacion de nuez verde, avellana, castaña—y lo que sorprende un tanto—naranja y limon. El carbon de piedra, comenzado á apreciar á mediados del siglo xvii, todavía no había llegado á tener importancia, lejana como estaba la época de su aprovechamiento para la navegacion á vapor.

Tras la habilitacion del puerto para el

comercio ultramarino vino la fortificación de la plaza, acordada en principio por cédula de Felipe III, en 1618, á la vista de algunos corsarios que frecuentaban el Cantábrico y llegaron al pié del cabo de Torres; comenzada hácia 1636, bajo la presión de la noticia de prepararse en Francia una grande armada, que al fin se apoderó de Pasages; abandonada despues y vuelta á continuar durante la guerra de sucesion que dió el cetro de Castilla á Felipe V, calurosamente apoyado por los asturianos, cuya Diputacion tuvo que refugiarse tras los muros de Gijon. A poco créanse los comisarios y subdelegados de marina de Gijon y Rivadesella, dependientes del Comisario de Avilés, que habia sustituido al antiguo de Lastres, hasta que en 1798, por gestiones de Jovellanos, se trasladó á Gijon la Comisaría, dos años antes de decretarse la separacion é independencia de la subdelegacion de rentas de la villa cantábrica respecto de la de Oviedo. Las obras del muelle suspendidas en el anterior reinado, se reanudaron en 1772 merced á los informes del célebre D. Jorge Juan y por último al inteligente y laborioso cuanto poco

apreciado ministro Campillo se debe el decreto en cuya virtud se levantó el plano y estudió la obra del puerto de refugio del Musel, aspiracion la mas acariciada y sin duda la mas trascendental de Gijon.

¡Dichoso pueblo que puede referir el comienzo de su desarrollo y su riqueza á la época verdaderamente gloriosa que surge como un oasis, en la tristísima historia de la decadencia española, resultado inevitable y término forzoso de aquellas empresas de humo y de sangre, de absolutismo, de intolerancia, de violencias y de oscurantismo, en que la casa de Austria nos comprometió bajo el influjo de una satánica ambicion!

Naturalmente los beneficios dispensados por el gran Cárlos III á la villa gijonesa necesitaban tiempo y condiciones para producir la plenitud de sus efectos y no fueron ciertamente las circunstancias mas favorables las que proporcionaron las incesantes guerras que hasta bien entrado el siglo que vivimos tuvo que sostener España con el extranjero. Y como si esto no bastara, cuando el pais comenzó á reponerse de tantos quebrantos y á dominar tantas dificultades

sobrevinieron la guerra de los siete años y los alborotos y agitaciones de que está llena la historia interna española de toda la primera mitad del siglo XIX. Así y todo, las consecuencias inmediatas de las reformas del ilustrado monarca fueron tan positivas como valiosas. Sin ellas Gijón no hubiera podido aspirar á lo que legítimamente hoy aspira. Sin ellas no hubiese podido entrar en la vida moderna y marchar en línea con los pueblos mas activos y de mas porvenir de la edad contemporánea.

Eso es, para que la eficacia de aquellas medidas no quedase circunscrita á un período relativamente corto, fuera del que el pueblo que las hubiera aprovechado apareceria estacionario y á la pos-
tre retrasado, era necesario que el espíritu moderno no dejase de presidir los movimientos é influir la vida entera de la villa; y esto se realizó de un modo perfectamente satisfactorio, al punto que puede bien afirmarse que los progresos morales é industriales de Gijón, absolutamente lo mismo que los adelantamientos materiales, datan de dos épocas caracterizadas de un modo enérgico por el predominio de las ideas mas reformis-

tas, avanzadas y liberales de los tiempos, por el imperio de aquellos principios y aquellas tendencias que en ciertos círculos se denuncian como causa de toda suerte de complicaciones y desastres: la época crítica de la edad moderna que dá de sí los Reyes filósofos y la Revolución francesa: y la época afirmativa del liberalismo contemporáneo que ha producido la caída del imperio francés, la emancipación de Italia y la Constitución española del 69: en una palabra, la época de Carlos III y la época de la Revolución de Setiembre.

* * *

No se crea que hablo bajo la influencia de un puro buen deseo ni por el compromiso de un partidario que todo lo convierte en sustancia. El lector verá la prueba de mis asertos pasando la vista por los datos que á seguida reproduzco, tomándolos ora del libro del Sr. Rendueles, que he esplotado grandemente en cuanto llevo escrito, ya de las balanzas mercantiles y de los registros de marina, cuyo conocimiento debo á la amabilidad de los señores administrador de aduanas y comandante de marina del puerto de Gijón. Hablan los números.

En 1784 (seis años despues de habilitado el puerto y de reconstruidos el muelle y dársena) entraron 246 buques, de ellos 130 de arribada y 116 cargados de efectos ó en lastre, pero todos destinados á estraer directamente ó en retorno productos del país. A poco, en 1807, se habia *triplicado* la renta de aduanas y la bandera de Gijon, limitada á la carrera de las Antillas, aparecia en la Plata y la costa mejicana.

En 1865 existian matriculados 4 vapores, dos corbetas, 9 bergantines, 6 bergantines-goletas, 4 goletas, 3 pailebots, 2 pataches y un quechemarin. Total 6.000 toneladas, amen de una infinidad de embarcaciones menores, dedicadas á la pesca, trasporte de mineral, etc., etc.

En 1862 salieron del puerto de Gijon 1.621 buques con 101.817 toneladas. De aquellos 60 habian entrado de arribada y solo 42 salieron en lastre. Los extranjeros subieron á 137, con 13.318 toneladas; los vapores á 120 con 18.000 toneladas.

En 1874 aparecian los siguientes datos en la comandancia de marina:

Número de buques de todas clases matriculados de la provincia marítima de Gijon:

Vapores, 34: toneladas, 13.314: caballos, 3.480: tripulantes, 593.

Buques de vela, 74: toneladas, 5.578: tripulantes, 568.

Pesca, 360: toneladas, 1.276: tripulantes, 1.697.

Tráfico de puertos, 233: toneladas, 1050: tripulantes, 602.

Total de buques, 701: toneladas, 1.050: tripulantes, 1.460.

Del puerto de Gijon.

Vapores, 34: toneladas, 13.314: caballos, 3.480: tripulantes, 593.

Vela, 45: toneladas, 3.130: tripulantes, 333.

Pesca, 161: toneladas, 585: tripts., 830.

Tráfico de puerto, 73: toneladas, 583: tripulantes, 219.

Total de buques, 213: toneladas, 17567: tripulantes, 1.975.

Como se vé en menos de diez años (de 1865 á 1874) el tonelage registrado en los libros de la comandancia del puerto de Gijon habia casi *triplicado*.

En cuanto á entrada y salida de buques, esto es á puro movimiento del puerto, he aquí los datos que arrojan las últimas balanzas de un año completo, publicadas por la Direccion de Aduanas:

AÑO DE 1872.

Cabotaje.

A.—Barcos salidos.....	1987
Toneladas (ton. métricas)....	277090
Tripulantes.....	19383
B.—Barcos entrados.....	1810
Tonelage.....	316889
Tripulantes.....	21130

Esterior.

A.—Barcos salidos.....	66
Tonelage (arqueo).....	12820
Tripulantes.....	720
B.—Buques entrados.....	185
Tonelage.....	20107
Tripulantes.....	6749

Resulta, por tanto, que en 1872 salieron del puerto de Gijón (cabotaje y exterior) 2.053 con 20.103 tripulantes y 289.910 toneladas. De donde sale respecto de las cifras de 1862 (diez años) una superioridad de 125 por 100 en el número de barcos y de cerca del *triple* en el tonelaje.

Naturalmente éstos datos que consig-
no en los términos mas abreviados posi-
bles, no bastan para estimar el movi-
miento mercantil marítimo de la cre-
ciente y laboriosa villa. Para conocerlo

bien seria preciso entrar en detalles relativos á la esportacion é importacion, á la cantidad, especie y valor de las mercancías, á su procedencia y destino, etcétera, etc., en fin, á puntos poco en armonía con la naturaleza ligerísima de estas simples *notas de viaje*, tomadas al vuelo y reproducidas sin mas propósito que el de distraer á los reflexivos y atraer á los desocupados.

No obstante, por pura curiosidad trasladaré aquí algunas otras cifras de las *Balanzas* citadas.

A.—AÑO DE 1872.

COMERCIO EXTERIOR.

Importacion.

De Europa y África.....	1413334	} 1725789 pts.
De América.....	312455	
De Asia.....	»	

Esportacion.

A Europa y África.....	875973	} 1192789 pts.
A América.....	316816	
A Asia.....	»	
Total general de imp. y esp.....	»	2918578 pts.

Por cima de estos valores están los de las aduanas de Barcelona (233 millones),

Badajoz (90), Jerez (84), Málaga (70), Bilbao (60), Irun (55), Santander (50), Cádiz (49), Cartagena (32), Huelva (30), Sevilla (30), y otras doce mas. El movimiento total de España es de 510.379.848 pts. la exportacion, y 509.958.231 la importacion: en suma, 1020.338.079 pts. Casi al lado de la aduana de Gijon están las de Aguilar (Múrcia, por 2.404.000), de Javea (Alicante, por 2.492.000), de Palamos (Gerona por 3.453.000), de Pasages (por 3.481.000) y de Torre del Mar (Málaga, por 2.404.000). En toda la costa cantábrica esceden á Gijon, Bilbao, Santander, Coruña (13 y pico millones), San Sebastian (7 1½ millones) y Pasages. Por bajo, todas las que representan un millon, como las de Torrevieja, Santa Pola, Benicarló, Burriana, Ferrol, Motril, Behovia, Avilés y Carril.

B.—COMERCIO INTERIOR Ó CABOTAGE.

Importacion.

Del Mediterráneo.	3056612	} 10264070 pts.
Del Océano.....	7207458	

Exportacion.

Al Mediterráneo..	3297293	} 6482777 pts.
Al Océano.....	3185384	

Total general de imp. y exp. 16746847 pts.

El total de las aduanas del país sube á 913.047.366 pesetas. Por cima de la de Gijon están las aduanas de Barcelona (108 millones), Málaga (79), Cádiz (67), Sevilla (58), Palma (37), Santander (36), Bilbao (27), Alicante (27), Coruña (18), Cartagena (20), Vigo (19) y Valencia (16). En el Cantábrico ocupa el cuarto lugar. Bajo ella están las aduanas de Almería, Tarragona, San Fernando, Motril, Mahon, Villagarcía, Carril, San Sebastian, Garrucha y Adra, todas de 5 millones en adelante.

Por manera que el total movimiento mercantil de la aduana de Gijon en 1872 (esterior é interior) subió á un valor de 19.665.425 pesetas ó sean cerca de *cuatro millones de duros*, ocupando entre las 133 aduanas de España el vigésimo lugar, por cima de San Sebastian, San Felíu de Guixols, Adra, Pasages, Garrucha y Denia, é inmediatamente detrás de Almería y Vigo. Y no se puede ni por un momento olvidar que la aduana de Gijon es la de un puerto *sin puerto*; que á Gijon por esto y por falta del ferrocarril no pueden ir en busca de salida los productos de Castilla, y en fin, que el ferro-carril carbonero, el de Langreo,

es quizá el que aplica las tarifas mas caras de España (1).

La importacion del exterior mas considerable (por su valor) es la de granos, tejidos, harina, aceite, madera de pino y mineral de hierro, todo procedente del reino; de tabaco, azúcar y cacao, procedente de Ultramar, y de bacalao que viene del extranjero. La esportacion abarca como artículos principales los hierros (por 3.338.698 pesetas), los vidrios (por 816581), el carbon (por 781.925), el zinc (por 318.820), la manteca salada (por 770.670) y despues el azogue, las conservas alimenticias, las habas, la sidra y la cal.

* * *

Pero con ser tan positivo, tan acentuado, y en una palabra tan considerable el desarrollo de Gijon en este último

(1) En la Exposicion que la Liga de contribuyentes de Gijon elevó al Rey en 14 de agosto de 1877 en demanda de la terminacion de las obras del Musel, se ven estas cifras relativas á la exportacion: 1872, 97.001 toneladas.—1873, 99.979 t.—1874, 93.137 t.—1875, 93.511 t.—1876, 105.878. Y añade la Liga «Progreso apenas perceptible si se compara con el que vino adquiriendo Gijon mientras sus medios de carga y descarga se lo permitieron». En 1858, Gijon exportó 43 000 toneladas.

período de su vida contemporánea, todo ello es nada (si á los gijoneses se oye) comparado con lo que el puerto y la plaza serian y al cabo serán, de terminarse el ferro-carril de Castilla y sobre todo, de hacerse el proyectado puerto de refugio del Musel.

En otra parte de estas *notas* tendrán su lugar adecuado las observaciones que al mas indiferente y menos conocedor de la materia no puede menos de inspirar la historia del ferro-carril asturiano, uno de los primeros escándalos de España, y una de las mas positivas causas del apartamiento en que, hasta cierto punto, en Asturias se vive del resto del país. Pensar en un tráfico regular con el interior de la península, pensar en que por Asturias hallen salida los frutos de la alta Castilla, y que á estos puertos del Cantábrico vengan forasteros en los veranos, es seguramente pensar en una locura, mientras la vía férrea termine del lado acá de Pajares en Lena, del lado de allá en Busdongo, y cueste de 40 á 80 reales el paso del *puerto* en diligencia y de 10 á 12 rs. la arroba de mercancías desde Gijón á Madrid, con las cargas y descargas de Lena, Busdongo, Leon y Palencia.

Lo relativo al puerto del Musel corresponde á este sitio; advirtiéndolo que siendo yo, en absoluto, incompetente en estos asuntos, solo puedo apuntar aquellas reflexiones que á cualquiera se le ocurren á la vista de las cosas y los negocios.

Tengo dicho que el caserío de Gijón se agrupa al pié del monte de Santa Catalina, enfrente de la estrecha garganta de aquella península, de unos 600 metros de largo por 400 de ancho (en sus términos superiores) que avanza resueltamente en el mar y viene á ser como la llave de un *tres* colosal tendido en la dirección de la costa, de O. á E. y en sentido inverso ó contrario al natural de la cifra. A la derecha del monte se desarrolla (lo repito) un ancho arco de círculo, que contiene el mar que de Santander y la Mancha viene.

En la circunferencia aparecen la punta de San Pedro, la desembocadura del río Piles, el avance de Cervigón y por último el cabo de San Lorenzo que sobresale considerablemente, quizá el doble, de la línea de Santa Catalina. El arco no es perfecto ni mucho menos y su extensión podrá ser de tres á cuatro

kilómetros. Del lado opuesto (del izquierdo, dando la espalda á la villa) se desenvuelve una gran concha, una verdadera concha, como habrá muy pocas en la costa española. El término superior es el Cabo de Torres, por cima de la línea de San Lorenzo, y desde cuya estrechidad y mas al O., se ve el famoso Cabo de Peñas arrojándose en el mar desafiando y conteniendo las últimas corrientes del Padre Océano y el primer empuje de la marejada cantábrica. Desde aquí la línea de costa baja casi recta de N. á S. hasta llegar á la punta de Orrco, donde toma la vuelta de O. á E., bajando siempre, para subir desde la Coruña (al lado de la estación del ferro-carril de Castilla) hasta el pié mismo de Santa Catalina, que es lo que constituye la playa de Pando. Es un arco de círculo casi perfecto, de seis á siete kilómetros de estension. La distancia del Cabo de Torres á Santa Catalina es de cuatro y la superficie de la concha llega á 6.280.000 metros cuadrados. La línea de Santa Catalina queda muy por bajo de la de Torres, quizá mas de tres kilómetros.

De esta disposicion resulta que toda la parte de mar comprendida entre la es-

tremidad del cabo Torres y la punta del Orrco, y aún bastante mas abajo, se halla completamente resguardada de los vientos del 3.º y 4.º cuadrantes, los mas temibles y tormentosos de esta terrible costa, prestando amparo al angustiado navegante, con su mole y su audacia, detrás del cabo de Torres, el célebre de Peñas. Además, la concha, en la parte indicada (unos 2,500.000 metros superficiales), es completamente limpia, sin bajos ni escollos, ofreciendo fondos de ocho á diez y seis brazas y acceso facilísimo á los barcos bajo los dos vientos que mas ordinariamente soplan en este puerto: vendabal y nordeste.

Pues bien, en este sitio es donde se proyecta el puerto de refugio de Gijón: mejor dicho, el puerto de refugio de la costa astúrica y de una mitad de la cantábrica, desde el cabo Ortegal al Bidasoa.

La idea no es nueva, y la escelencia del sitio no ha esperado, para ser reconocida, á que se hiciesen lugar las necesidades comerciales modernas. En tiempo de los romanos, las escuadras del pueblo rey buscaron amparo, en mas de una ocasion, en el surgidero de Tor-

res. Allí fondeó la armada de Sexto Apuleyo: y en lo mas prominente y escarpado del cabo he visto yo las ruinas de las célebres Aras. Antes del desastre de la Invencible, en la concha de Torres hallaron refugio hácia 1588 los barcos que mandaba Pedro Menendez de Avilés, que una vez repuesto continuó su marcha para reunirse á la gran armada. Y en la época de Carlos II la escuadra que en enero de 1669 iba en socorro de los Países Bajos se guarceció y salvó de una terrible tempestad en el Musel, mereciendo los vecinos de Gijón, por el auxilio que le prestaran, la esencion del servicio de mar, ya otorgada otra vez por Felipe II. —Jorge Juan en la época de Carlos III le recomendaba: Tofiño le consignaba en su derrotero y el eminente Campillo mandaba á Cosme Alvarez levantar el plano de las obras. Una frase vulgar en toda la costa de Asturias enaltecía el valor del puerto de refugio. *Al Musel ó al Purgatorio*—se decia: y los extranjeros en sus correrias y amenazas de los siglos xvi y xvii, contaban siempre con aquel magnífico surgidero que aprovecharon muchas veces.

Lo que si es de nuestra edad, lo que sí

nos corresponde es la resolucion de fijar el ánimo en este punto y de proyectar lo necesario para ocurrir á una doble necesidad. La primera, la de ofrecer un sitio de refugio al barco desmantelado ó perseguido por el furor de los elementos, en este hosco é irritable mar Cantábrico, cuyas olas durante seis ú ocho meses del año jamás cesan de rugir, amenazando con sus vapores y sus espumas á esos pueblecillos cuya mera existencia en la playa es casi un milagro de corage y atrevimiento. La segunda, la de relacionar el puerto con el ferro-carril de Castilla asegurando la salida directa y económica á los productos de esta riquísima provincia asturiana, que hoy ha menester de intermediarios, en puntos estraños, para buscar fletes baratos y barcos capaces á trasportar mercancías ya encarecidas artificialmente por las dificultades de sus abandonadas costas.

En el reglamento para la ejecucion de la ley de puertos de 30 de enero de 1852, fué incluido entre los de interés general uno de refugio en la costa de Asturias: dos años despues, á instancia del ayuntamiento de Gozon, se encargaba á un

ingeniero del distrito de Oviedo el estudio comparativo de los puertos de Gijón y Luanco: comenzábase luego este estudio, y suspendido mastarde fué ampliado considerablemente en 1860, en cuya fecha se dispuso que la comparacion se extendiese á toda la costa. Y sus resultados fueron, primero, una voluminosa cuanto profunda y sábia Memoria del Sr. D. Salustio Gonzalez Regueral, ingeniero jefe del distrito (y de la cual he tomado algunos de los datos ántes consignados); despues un Proyecto de construccion del puerto de refugio del Musel, aprobado por el ministerio de Fomento en 1.º de junio de 1868, y por último el decreto de 18 de diciembre de 1872 por el cual se concede á D. José Ruiz de Quevedo (uno de los dos concesionarios del ferro-carrii del Noroeste) la construccion y esplotacion del citado puerto de refugio.

Por este decreto las obras habian de hacerse sin subvencion alguna por parte del Estado, quedando el concesionario dueño de ellas á perpetuidad y con derecho á fijar y cobrar lo que estimare oportuno, escepcion hecha de los barcos de guerra y los mercantes de arribada. Los trabajos debian comenzarse á los

cuatro meses de la concesion, seguirse sin interrupcion hasta justificar, dentro del plazo de medio año, un gasto de 200 mil pesetas y concluirse en nueve años; esto es, las obras interiores, que las exteriores lo serian en los plazos que el gobierno marcase en vista del progreso de las primeras y de las necesidades del servicio. En defecto del cumplimiento de aquellas condiciones, se daria la caducidad de la concesion, tras la que vendrian tres subastas para nueva concesion, y en último término la construccion de las obras por administracion.

Desgraciadamente no tengo á la vista el proyecto de 1868, y aun sospecho que no se ha publicado en la «Gaceta:» de suerte que es imposible decir con seguridad todo lo que será el puerto de refugio. Pero en cambio, algo puede suplir la Memoria del Sr. Regueral, (publicada en 1876, en el tomo I de los *Anales de Obras Públicas*,) teniendo en cuenta que esta Memoria sirvió de base al proyecto.

El Sr. Regueral era partidario de la construccion por contrata: es decir, por el Estado, que conservaria la propiedad, etcétera, etc. Su presupuesto general de obras era el siguiente:

Muelle del Norte.....	17.161.267'30
Muelle del Este.	13.284.687'78
Muelle trasversal.....	4.712.310'83
Muelles de revestimiento..	4.075.510'51
Muelles de las dársenas....	5.200.686'60

Suma de los muelles Rvn.	44.434.463'02
--------------------------	---------------

Obras accesorias.....	771.000'00
Gastos generales.....	225.000

Total... ..	45.430.462'02
-------------	---------------

A este presupuesto total añadia para la contrata

Gastos imprevistos (3 p ^o).	1.362.913'89
Idem de direccion y ad- ministracion (5 p ^o).....	2.271.523'15
Beneficio industrial (9 p ^o)	4.088.741'67
Total del presupuesto de contrata, Rvn.....	53.153.641'73

Es de creer que el presupuesto del señor Quevedo sea mucho menor. El decreto de concesion le exige so'lo de fianza un millon de reales que al 5 por 100 supone un gasto de obras de 20 millones de reales.

Las obras (segun la Memoria), en su parte visible ó fuera del mar, están constituidas principalmente por dos grandes

muelles. El superior ó del N. arranca casi del pié del castillote de Arnao, de la punta llamada Peñaladra, á unos 1 400 metros del extremo del cabo Torres. Avanza luego en sentido perpendicular á la costa y direccion E. N. E.; tuerce por medio de un arco de círculo al E., y despues al S. E. 1¼ E. hasta terminar en una cabeza cuyo rumbo es el del S. E. 1¼ E. Este muelle tiene una estension de 520 metros. El segundo muelle, ó del E., arranca de la de la Punta del Orreo, á unos 800 metros por bajo de Peñaladra. Tiene 820 metros de longitud, y su direccion es E. N. E., para tomar al N. 4¼ N. E., y N. O., todo en curva, buscando la cabeza del otro muelle, de la cual queda separado por un espacio ó boca de 196 metros. Todavía hay un tercer muelle interior trasversal que va de N. á S. (casi en el sentido de la costa) arrancando del muelle superior, de 305 metros de longitud y que divide todo el espacio comprendido por los dos anteriores y la costa (no ménos de 382.368 metros) en dos partes casi iguales. La mas resguardada, ó de la izquierda, es verdaderamente *el puerto*, de unos 138.306 m. c. de superficie, de los que 39.564 corres-

ponden á las dársenas. Aquí el calado es de 2 á 5 metros y el fondo, casi por igual, de roca y arena.

La parte superior es el antepuerto; 140.182 m. c. de superficie: un calado de 2 á mas de 11 metros y el fondo, en su mayor parte, arena fina. Las dársenas son tres de 64 metros de ancho y 10.240 metros superficiales cada una: y dentro del *puerto*, á mas de los dos muelles del E. y transversal, habrá el de la costa y otros dos paralelos, perpendiculares á este, de 160 metros cada uno. La anchura de los dos grandes muelles, será de 20 metros en su cabeza; la del transversal 16 y la boca mirará á S. E. y en sentido diametralmente opuesto á la marejada. El espacio robado al mar y ocupado por los muelles es de 103.880 m. c., que sumados con los de la superficie del puerto y del antepuerto arrojan el total de los 382.368 metros que abarca toda la obra, en cuyo centro aparece la tranquila ensenada del Musel.

Por lo dicho se ve que se trata de una obra en sério: de un verdadero puerto; de un gran puerto. Todo es notable, imponente, soberbio. Pero... aquí se reproduce lo del famoso caballo del poema ca-

ballerresco: gran crin, luciente pelo, anchos lomos, pecho ámplio, manos delicadas, piernas de acero... todo bello, todo magnífico... fuera de un defecto: el animal no se movía: estaba muerto!—Hace cinco años se hizo la concesion á un constructor: faltan cuatro para que las obras principales se den por terminadas y el puerto quede abierto al tráfico universal. Presumo que el contratista habrá demostrado un gasto hecho de cuarenta mil duros, pero me atreveria á jurar que terminará el plazo de los nueve años sin que se halle concluida la tercera parte de las obras proyectadas. Yo he descendido por las alturas del Cabo de Torres y por bajo de la pintoresca iglesia de Jove, hasta hacer que la herradura de mi caballo hollase la fina arena del Musel. Allí he visto los cimientos del muelle de la costa....., á la derecha una máquina enmohecida.....; á la izquierda, una caseta agujereada por el rigor de los elementos.....; á otro lado, un monton de maderas casi podridas y de herramientas abandonadas..... y allá sobre el mar á un pobre guarda, única persona que alienta en aquellos sitios que debieran estar poblados por millares de trabajadores. Qué

silencio! Qué abandono! Qué tristeza!... Al llegar á la loma de Torres encontré un grupo de mujeres, que sobre el futuro puerto y en una atrevida meseta colgaban ropa blanca para secar. «El puerto del Musel es este?» pregunté á las lavanderas. «El Musel sí,—me respondieron. El puerto, señor! ¡bah!» Aquella noche oía yo en el teatro de Gijón, á un hombre culto y de importancia social... ¡El puerto... sí... se inaugurará á la misma hora que los wagones del Noroeste atraviesen la cadena de Pajares!» Y sonreía tristemente, echando una bocanada de humo al aire.

Es decir que *esto no anda*: es decir, que sin razón, ni motivo las dos obras mas importantes y trascendentales para Asturias, yacen en un escandaloso abandono: es decir que el gobierno no vé y la opinion pública del principado duerme: es decir, que aquí la gente se resigna al estancamiento y la muerte!!

Pues sí, todo eso sucede; y aun sucede en Gijón algo peor.

Las indicaciones hechas demuestran que la idea de la construcción del puerto del Musel ha tenido hasta el año 68 terribles contradictores y enemigos obs-

tinados. Causa grima leer las cartas íntimas de Jovellanos, doliéndose de estos obstáculos: y yo recuerdo bien el empeño que se ponía hace unos cuantos años —la vez primera que yo pasé por Asturias—para impedir que el gobierno favoreciese á Gijón. Despues de 1852, Luanco sirvió de bandera para atacar á la villa de Jovellanos. Aquello era una batalla diaria. Qué intrigas! Qué violencias! Y así pasaron años y años y años, á despecho de todos los náuticos, de todos los ingenieros, de todas las competencias que á una, desde el siglo pasado, gritaban: ¡El Musel!

Pero, en fin, las resistencias fueron vencidas: el puerto de refugio decretado: las obras del Musel comenzadas—é interrumpidas. Parecia lo natural que en vista de esta interrupcion todos los gijoneses, todos los asturianos se unieran y levantaran la voz gritando: terminacion ó caducidad! Pues no ha sucedido eso: á última hora, este mismo año, con ocasion de la venida de la corte á Gijón, se ha destacado en la villa cantábrica una viva oposicion al Musel y se ha pedido el abandono de las obras hechas para estudiar, y discutir y proyectar un nuevo

puerto, por cima del actual y al pié de Santa Catalina. Nadie lo querrá creer!

Desde luego no necesito repetir mi absoluta incompetencia para discurrir á fondo sobre el problema: pero bueno será consignar que los *facultativos* persisten en ser favorables al Musel. En contra de este solo he oido una razon de peso: la distancia que le separa de la actual villa (una legua, por lo menos) cuya propiedad urbana y cuyos intereses generales quizá sufran por la importancia que la parroquia de Jove ha de adquirir. El argumento no me convence; para algo y por algo existen las vías férreas, los tramvias, los vapores, y no seria Gijon el primer ejemplo de una ciudad importante cuyo puerto se hallara á larga distancia. ¿Pues y Valencia? El *quid* no puede estar aquí. Además, me parece *visible* que el espacio que ha de abarcar el nuevo puerto del Apagador (desde Santa Catalina á la punta de Corona) está lleno de bajos y arrecifes y suciedades que harán imposible ó difícil el acceso de muchos buques.

Pero de todo esto prescindo para preguntar: ¿Es discreto, es formal, despues de vencidas las dificultades de cien años

para la construccion de un puerto de refugio en Gijon, volver á poner sobre el tapete el problema, llamando á grandes voces á todas las pretensiones de las demás localidades, á todas las rivalidades, á todas las enemigas, á todas las perezas y á todos los desalientos? Pues qué! si se prescinde del Musel, no tendrán derecho á pedir la palabra Luanco y Rivadesella, sacrificados solo á las escelencias de la concha que ahora se quiere abandonar?

Pues ello es, aunque parezca mentira. A esta hora, mientras muchos vecinos y la Liga de contribuyentes pide débilmente la caducidad de la concesion del Musel, para que el Estado tome sobre sí la terminacion de las obras, un grupo de comerciantes, activos, emprendedores, de grandes recursos, de notoria importancia, piden el abandono de lo hecho y la concesion del Apagador! Es preciso verlo para creerlo. ¡Los hombres *prácticos*, los hombres de negocios repitiendo la fábula de los galgos y los conejos!

Estraño á la localidad, sin interés por ningun bando, entusiasta del progreso de la villa, deferente al voto de los doctos, y sobre todo, atento á las lecciones de la esperiencia, que aconseja no aban-

donar lo conquistado por lo inseguro, si mi escitacion valiera de algo, la usaria para mover á los gijoneses á un esfuerzo enérgico y viril que diese por resultado la pronta terminacion del puerto del Musel, garantía de un nuevo y esplendoroso desenvolvimiento de la villa y de una vida mas ámplia y rica para el principado respecto del cual el Cantábrico es hoy ántes que todo una barrera ó una amenaza.

IV.

Hablemos ahora de la villa propiamente industrial.—La industria gijonesa tiene una tradicion bien modesta. Hace dos siglos la principal ocupacion de los vecinos de la villa que no se dedicaban al comercio era la pesca, llegando al punto de revestir gran importancia la pesca de la ballena, que casi desapareció en la primer mitad del siglo décimo octavo.

Hoy los gijoneses no pueden ser clasificados entre los pescadores. La pesca fácil de la sardina y del calamar, y algunas veces la del bonito, son las que ocupan algunos brazos. A los pescadores de Tazones y Candás está reservada la provision del mercado, harto deficiente por cierto: y los mozos de Gijon hallan ventajoso y lucrativo empleo de sus fuerzas ora en las diversas fábricas establecidas en la villa, ora en los talleres de los caminos de hierro, ora en los incessantes trabajos del muelle.

Cuéntanse, empero, entre las tradicio-

nes de Gijon las referentes á la fábrica de curtido planteada en 1772 por los señores Noble é Ibarrola, otra de loza fina á estilo de Bristol y otras de medias de hilo y estambre, tejidos y azabache, todas de fecha análoga y que en el transcurso del tiempo han desaparecido, para que la atencion se fije en las novísimas de tabacos, vidrio, conservas alimenticias, manteca, fundicion de hierro y máquinas de vapor, sidra y loza ó china opaca.

La primera en el orden del tiempo y por el número de operarios que entretiene es sin duda la Fábrica Nacional de Tabacos, fundada hácia 1822 por los oficios del Sr. Canga Argüelles y establecida en el local que hoy ocupa la Aduana el 17 de Abril de 1838, bajo la direccion del Administrador Jefe D. Juan Terrán. El 26 de Marzo de 1842, se trasladó al gran edificio que á fines del siglo XVII se construyó para convento de Agustinas, que es el que ocupa en la actualidad; y si bien en aquella época era local suficiente para el número de operarias que existian dedicadas esclusivamente á dos clases de labores de cigarros comunes y mistos, en el dia dista mucho de

llenar las necesidades que se requieren para un establecimiento de esta clase.

En primer lugar hoy son cinco los diversos talleres de que se compone la fábrica, y divididos como se hallan en diferentes salas, ninguna de ellas tiene la capacidad necesaria para el número de operarias ocupadas en cada clase de labor. Por otra parte, el edificio, en general es húmedo; y situado como se halla en el punto mas elevado de la poblacion, está espuesto á todos los vientos que le azotan con rigor siendo entrambas circunstancias muy perjudiciales para la buena elaboracion.

Asímismo tiene circunstancias poco higiénicas, pues con el objeto de que el excesivo viento que reina la mayor parte del año no rescque las capas, lo cual imposibilitaria el poder torcer los cigarros, cuidan las operarias de cerrar las ventanas de los talleres, dando lugar con esto á que falte la ventilacion y se forme una atmósfera deletérea que por ningun concepto puede ser saludable y máxime cuando á la salida tienen que recorrer pasillos escesivamente frios y luego desabrigrarse para el registro de reglamento; por manera que, se producen en el ri-

gor del invierno muchas enfermedades y algunos casos de tisis. Los almacenes son reducidos en extremo, por cuya razon no es posible hacer las operaciones que diariamente hay que efectuar en ellos con la prontitud propia de esta clase de establecimientos.

Por todas estas razones, no es posible que esta fábrica pueda pasar de la clase 3.^a en que se halla clasificada; pero á tener un edificio que reuniera buenas circunstancias seria susceptible de ponerse á la altura de las de 1.^a clase en un término no muy lejano, pues son muchas las pretensiones que hay de ingresar en ella, siendo imposible la admision de las solicitantes, por carecer absolutamente de local.

La elaboracion es en general buena, distinguiéndose sobre todas las demás fábricas nacionales, en los cigarros peninsulares, los que tienen muy buena aceptacion en Madrid y provincias.

Esta fábrica surte á las provincias de Oviedo, Leon, Palencia, Zamora, Valladolid, Avila y Búrgos de toda clase de labores y á Santander de cigarrillos de papel; amen de varias remesas que se hacen á Madrid de cigarros peninsulares.

Los operarios son mujeres. como en todas las fábricas análogas, y su número el de 1.900 divididas del modo siguiente:

Taller de cigarros peninsulares..	425
Id. de id. comunes.....	782
Id. de cigarrillos de papel.....	496
Id. de cajetillas de picado.....	92
Id. del desveno.....	105

1900

El taller de peninsulares se divide en seis partidos hallándose al frente de cada uno la correspondiente maestra. Cada partido lo componen 12 ranchos y cada rancho 6 operarias colocadas en una mesa. Cada uno de estos ranchos tiene una capataza que es la mejor operaria de las seis de que se compone, la cual se halla encargada de corregir, en primer lugar, las faltas de las demás en la elaboracion; de distribuir el tabaco en partes iguales (el tabaco se les entrega por ranchos) y de cobrar el premio que les ha correspondido distribuyéndolo entre ellas segun la labor que cada una hizo durante el mes.

El taller de comunes tiene 10 partidos, divididos en 122 ranchos de 6 operarias cada uno con su capataza y se observan las mismas formalidades que en el de peninsulares.

El taller de cigarrillos de papel se divide en 3 partidos, 19 ranchos, de 26 operarias cada uno. Cada rancho tiene una empaquetadora, que es la encargada de formar las cajetillas conforme las operarias le van entregando los cigarrillos. El taller de cajetillas de picado es un solo partido compuesto de 7 ranchos de 12 operarias cada uno, 18 de las cuales están destinadas á hacer las fundas de papel y el resto á empaquetar el tabaco en las mismas. El taller del desveno, compuesto de un solo partido, tiene 6 ranchos á 18 operarias por cada uno.

Todos los talleres tienen un cierto número de mujeres dedicadas á la limpieza, cuyos salarios satisfacen las operarias. En los talleres de cigarros peninsulares, comunes y cajetillas de picados, además de las operarias fijas, hay un cierto número de supernumerarias dedicadas exclusivamente á trabajar la parte de las enfermas y segun van ocurriendo bajas se las va colocando por antigüedad. Al servicio de los almacenes hay 14 mozos que cobran de jornal 8 reales por dia de trabajo y dos capataces cuyo sueldo, deducido el descuento que hoy tienen, perciben por nómina 6 reales ca-

da dia. Hay además un carpintero y un albañil con 10 rs. cada uno. La máquina de picar emplea tres mozos y el maquinista, con 10 rs. cada dia de trabajo aquellos y 12 diarios este. La oficina la componen: un gefe con 20.000 reales, un contador con 14.000, un inspector de labores con 10.000, un pagador con 8000, un oficial primero con 6000, uno segundo y un ayudante de labores con 5000, un escribiente y un portero con 3000 cada uno.

El total de maestras es el de 22 á 2500 reales de sueldo y dos porterías á 3000 reales.

El término medio de las labores que se hacen en el establecimiento en cada un año y los premios que se satisfacen por las mismas vienen á ser los siguientes:

TALLER.	Número de kilógramos elaborados.	Premio que les ha cor- re-pondido. — Reales.
Cigarros península- res	60000	384000
Id. comunes.....	240000	936000
Cajetillas de picado.	350000	105000
Id. de cigarrillos....	60000	239280
Desveno	546990	99564
	1256990	1763844

Cajones de pino 28.000 que im- portan.....	375669
Precintado de los mismos.....	44800
Gastos de máquina.....	24000
Jornales de los mozos.....	44000
Id. de las maestras, capatazas y porteras.....	69000
Un Notario.....	2500
Empleados de la oficina.....	71500
Gastos de oficina y gastos me- nores	18000
Por arrastres.....	72000
Presupuesto aproximado..	<u>2495313</u>

Todas las operarias de puesto fijo forman una sociedad de socorros denominada «Hermandad,» en cuya caja deposita cada una tres reales al mes y tienen el derecho de percibir un real diario cuando se hallan enfermas, facultativo, botica y 130 reales para atender á los funerales de las que fallecen. Por desgracia, la caja de la «Hermandad» cuenta con escasísimos fondos.

Tras la fábrica de tabacos (1) por su antigüedad y por el número de opera-

(1) Todos estos datos los debo á uno de los primeros empleados de la Fábrica; joven de tanto mérito como modestia, á quien se han pagado sus notorios servicios con una inesplicable cesantía.

rios que emplea, se hallan los talleres del ferro-carril de Gijón á Langreo. Estos talleres forman parte de la gran empresa acometida en 1845 por la Reina Cristina para explotar las minas de carbon que aquella señora adquirió en el rico valle de Langreo. Con posterioridad, el ferro-carril construido bajo la direccion del Sr. Elduayen, vino á ser por sí propio y resultado del desarrollo de la industria minera un negocio que proporciona muy buenos dividendos á los accionistas, entre los que figura en primer término y por la mayor parte de las acciones, el Sr. Guilhou, propietario tambien de la gran Fábrica de Mieres. Y de tal suerte el ferro-carril ha logrado una importancia independiente de la explotacion de las minas en cuya especial atencion se construyó, que hace ya muchos años aparece como una empresa distinta, á cuyo frente se halla mi respetable cuanto laborioso amigo el señor D. Manuel Gomez. De hace dos años data la prolongacion de la línea hasta la Oscura, cuatro y medio kilómetros mas allá de la Estacion de la Felguera en direccion de Laviana.

El capital social de la empresa es de

49.400.000 rs. El valor nominal de las acciones 1900 rs. y el tipo de su cotizacion hace ocho ó diez meses fué de 30 por 100. Se hallan en explotacion 44 kilómetros, para los que se usan 12 locomotoras, á mas de una fija en el plano inclinado que se halla en el primer tercio del trayecto y otra en los talleres. En los diez años últimos, por termino medio, el movimiento de carbones ha representado 156.400 toneladas y el número de viajeros 60.190. La empresa, en las oficinas de administracion, la estacion y telégrafo y los talleres, ocupa 210 personas en Gijon y hasta 500 en toda la línea.

Hablando en rigor, esta es la única explotacion de via férrea que existe en Asturias, pues que respecto de la de Castilla, tales son las irregularidades, tal su estado económico y administrativo, tales, en fin, sus angustias y sus dificultades, que hasta maravilla cómo circulan trenes y se hace algun servicio. Todo, sin embargo, es factible gracias al celo y al desinterés de los empleados de la línea.

Esto no obstante, la línea de Langreo es objeto de críticas diversas y de acerbas censuras. La construccion de la lí-

nea (de la cual hablaré mas tarde) deja ciertamente bastante que desear y la tarifa de mercancías se me asegura es la mas alta de las de España, circunstancia que la administracion del ferro-carril explica por los crecidos gastos que trae aparejada la explotacion, mucho mas cara, por vicio de origen, de lo que conveniria á mineros y empresarios. En cuanto al servicio de viajeros, no quiero hablar. La suciedad, estrechez y abandono de los coches no tienen parecido; bien es que esta línea no se construyó mas que para el arrastre de mercancías. Así y todo podria pedirse à los accionistas un sacrificio... siquiera por el *qué dirán*.

* * *

Tras los talleres del ferro-carril, en el órden histórico y seguramente bajo el punto de vista de la trascendencia industrial, pero antes que ellos así por la apariencia y la perfeccion de sus productos cuanto por los pingües beneficios que reporta á sus accionistas, se halla la «Fábrica de vidrios de Cifuentes, Pola y compañía.»

Fundada hace ya cerca de veinte años, las dificultades con que tuvo que luchar al principio hicieron desmerecer las ac-

ciones de la sociedad constituida para sostenerla, al punto de que la mayor parte de aquellas vinieran á poder de un corto número de personas de viva fé y abundantes recursos. Con estos, bajo la direccion artística de los señores Truan, padre é hijos (de procedencia suiza), y con el auxilio de operarios extranjeros (belgas, alemanes y alsacianos) —que desde la fundacion de la fábrica hasta la fecha han monopolizado (supongo que con el derecho de su superior capacidad) casi todas las labores de alguna importancia; y despues, favorecida excepcionalmente por los derechos protectores con que nuestros aranceles obsequian á la industria del vidrio,—el establecimiento que hoy lleva el nombre de los Sres. Cifuentes y Pola, ha llegado á una altura en que ninguna competencia puede ser temida. La voz pública afirma que la fábrica reparte á sus accionistas dividendos tan fabulosos (superiores aun á los de la fábrica de hierro de Duro y compañía), que quizá sea este uno de los primeros negocios industriales de España.

De los primeros operarios, se dice, que habiendo venido á España, con cierto

derecho á participar de los beneficios de la empresa, estos han sido tales que á la vuelta de cinco años les permitieron regresar á sus respectivos países, asegurado ya un porvenir mas que modesto; y alguno de ellos es señalado en Gijón como propietario de la villa. Ello es que las acciones de la fábrica hoy no se cotizan por falta de vendedores.

El objeto preferente de la fabricacion es el vidrio-plano y los fanales: vidrios los hace el establecimiento dirigido por los señores Truan, ordinarios desde 16 por 11 centímetros á 183 por 59; y de color de 65 por 54 centímetros á 76 por 49. Además hace vidrio muselina y deslustrado y llega á la fabricacion, esmeradísimas por cierto, de vidrios grabados, por procedimientos químicos, en un tono, dos y tres, así en blanco como en color. Se construyen, tambien, tejas, desde 1½ vara á vara y media de largas y los fanales cilindricos y ovalados son desde 43 á 116 centímetros.

Tiene la fábrica un bello saloncito de exposicion, llamado *depósito*, en el cual aparecen diariamente muestras de casi todos los objetos de carácter mas ó menos artísticos que en el establecimiento

se producen; y en verdad que es preciso recordar que la fábrica es solo de vidrio, por mas que en el último certámen internacional de París fuese clasificada y premiada entre las de cristal. Los *verre d'eau*, los jarrones, los juegos de mesa, y detocador, los pisa-papeles y mil otros objetos de esquisito gusto, allí se exhiben, mereciendo aplauso aun de los que conocemos las obras de Clichy y de Baccarat, casi á las puertas de casa, y esos prodigios de filigrana que se llaman «artículos de Bohemia.» El éxito de estos trabajos ha alentado á los directores de la fábrica y del año pasado datan los primeros trabajos en cristal: hecho digno de todo encomio, tratándose de un establecimiento cuyas ganancias están perfectamente aseguradas con el género vasto, con la fabricacion de botellas para vino y sidra, respecto de las cuales el pedido es incesante y el provecho verdaderamente escepcional.

Por último he aquí algunos datos referentes á la fábrica, que debo á la atencion de uno de sus accionistas.

Operarios.....	582
De ellos	
Estranjeros... ..	79

Hombres del país.....	350
Mujeres.....	85
Muchachos.....	68

Hornos..... 4

De ellos

2 de hueco con..... 14 crisoles

1 de plano con..... 10

1 de botellas con..... 8

32 crisoles

Motor fuerza de 24 caballos.

Jornales pagados al año, 1.900.000 rs.

Capital en accion, 7 millones de rea'les.

Mas antigua que la especulacion de los Sres. Cifuentes, Pola y compañía, y tambien de considerables resultados es la de los señores Gil, dedicados á la confeccion y espedicion de manteca fina en latas; á cuyo efecto tienen establecidos depósitos y fábricas en varias localidades del Principado, desde donde salen grandes partidas para hacer una competencia, sobre todo en los mercados de América, á las latas de Flandes.

La fabricacion de embutidos y conservas alimenticias tiene en Gijon escepcional importancia. Son allí numerosos los establecimientos dedicados, en propor-

ciones humildes á aquella produccion que reviste formas no exiguas en la fábrica del Sr. Alvar-Gonzalez, dedicada hoy principalmente á la sardina, en grande escala, despues de haber tenido á su cargo, por muchos años, el servicio de toda clase de conservas, de los vapores de la compañía trasatlántica de Lopez y compañía. Otra fábrica tambien en escala considerable, mayor que la antes citada y quizá la mejor en su clase de la Península, fundada y dirigida por don Anacleto Alvar-Gonzalez, hoy muy desatendida, arrastra una vida lánguida, pero sus grandes almacenes situados en las inmediaciones de Gijon, y los útiles que en ellos se hallan, demuestran que no era infundado el nombre que hace pocos años tenia. Pero la verdadera base de la produccion de las conservas gijonesas está en la pequeña industria, en el trabajo aislado y doméstico, como su mejor mercado esta en las Antillas.

La produccion de la sidra espumosa es tambien de época muy reciente. Como en otro lugar explicaré detenidamente, del zumo de la manzana se sacan dos vinos: el uno se llama sidra *hecha* y es fuerte y un tanto ágrío: el otro se apelli-

da *sidra espumosa* y es dulce y chispeante como el Champagne. En Gijón y pienso que en todo Asturias, el primer fabricante de sidra espumosa fué el comerciante D. Tomás Zarracina, propietario de consideracion, dueño de una de las primeras y mas productivas panaderías de la villa y fundador en 1856 de la fábrica que hoy lleva el nombre de *La Asturiana*. Tras él vinieron otros establecimientos, sobre todo á partir de 1871 en que el negocio de la sidra revistió proporciones colosales, pero aquel frenesí hizo pronto lugar á cierto desencanto y hoy puede decirse que al lado de la fábrica del señor Zarracina, figuran otras tres, ciertamente de mucha menor importancia que *La Asturiana*, tanto que puede bien asegurarse que esta sola produce tanto como las demás reunidas.

La del Sr. Zarracina se halla á un kilómetro escaso de Gijón, camino de Somió, donde dicho fabricante posee una linda quinta. Consta de 12 lagares que pueden producir hasta 300.000 botellas (como produjeron en 1871) pero que solo dan ordinariamente unas 100.000, dispuestas en cajas de docena, que se venden al precio de 40 reales caja y 36 por

partidas de 50 cajas en adelante. El valor de la marca Zarracina es ya reconocido; la preferencia del público notoria y por tanto las falsificaciones frecuentes, á pesar de ser las botellas y los corchos que se emplean, especiales, con el nombre del fabricante en relieve ó marcado á fuego.

El Sr. Zarracina, que á una honradez proverbial y una posición desahogadísima y un alto espíritu liberal y democrático que le ha llevado á la presidencia del ayuntamiento de Gijón durante el último período republicano, agrega una laboriosidad y una iniciativa poco comunes, no solo es uno de los primeros fabricantes de sidra del Principado y el primer extractor—el Bass ó el Stewart de Asturias (1),—si que también el dueño de otra fábrica de chocolate al vapor, recientemente montada, con notable gusto, amén de la de pan á que me referí antes. Además, en este momento, asociado al inteligente cuanto modesto arquitecto Sr. Gonzalez, monta

(1) La sidra dulce se consume de ordinario fuera de Gijón: en Madrid, Santander, Bilbao y sobre todo en Cuba.

en un edificio levantado *ad hoc*, una fábrica de labores de madera de construcción y de adorno, también al vapor, para lo cual ha hecho venir á los principales operarios de otras fábricas análogas del extranjero. La actividad del Sr. Zarracina, con cuyo cariñoso trato me honro, solo es comparable al felicísimo éxito de todas sus empresas.

El establecimiento de las dos grandes compañías de vapores de que son gerentes los Sres. D. Oscar Olavarría (14 vapores y un capital de 12 millones de reales), D. Meliton Gonzalez (5 vapores y 6 millones), D. Serapio Acebal (27 vapores y 20 millones), Velasco (2 vapores y 1 l/2 millones), y Marina Menchaca (4 vapores y 3 millones) (1), ha dado origen á una nueva fábrica hoy naciente, pero de seguro porvenir. Una antigua fundición dirigida por un entendido mecánico inglés, Mr. Hulton, se ha trasformado en este último año, bajo el apelido de Cifuentes, Diaz y C.^a, y por el empuje del Sr. Cifuentes (uno de los hombres mas

(1) Fuera de la compañía dirigida por el Sr. Acebal las demás están constituidas casi esclusivamente por capitales asturianos.

emprendedores y mas afortunados que he conocido y cuya firma mercantil es de primera importancia) en fundicion y taller de construccion de máquinas de vapor, donde se habrán de componer las máquinas de los buques que hoy se reparan en el Ferrol y Barcelona. En tanto, la nueva fábrica puede ofrecer muestras de sus productos, como una de las máquinas pequeñas de que se sirve la gran fábrica de fundicion de la Felguera.

Y tras esto vienen tres de *aglomerados* (uno de los dos modos de utilizar el carbon asturiano, por lo general menudo y súcio), otra de chocolate al vapor, otra fundicion de hierro, dirigida por el señor Kesleer, y por último, la de loza, que con grandes elementos y vastas proporciones acaba de fundar el Sr. Pola, opulento comerciante, dueño de la tercera parte de las acciones de la Fábrica de cristal y fundador asimismo, y único sostenedor del Instituto de enseñanza primaria para ambos sexos, establecido hace pocos años en Luanco.

*
* *

Pero no bastaria la ligerísima mencion que de las fábricas gijonesas acabo de hacer para formar un juicio exacto de

la vida industrial de la floreciente villa cantábrica. Al lado de los fabricantes y sus dependientes, de los marinos y de los empleados en las vías férreas, figura un número considerable de esos á quienes no sé qué ridícula vanidad ha dado la grotesca pretension de llamarse *artistas*, siendo muy dignos y respetables hombres de oficio ó como de atrás se apellidaban *artesanos*. El desarrollo excepcional de la poblacion en estos últimos diez años, el crecimiento apenas imaginable de necesidades y recursos, y muy particularmente el impulso que las obras públicas y particulares, sobre todo la construccion de edificios en el período de 1869 á 1873 inclusives, ha traído á Gijon de todas las aldeas y las villas próximas un número verdaderamente extraordinario de obreros y maestros, peones y oficiales carpinteros, albañiles, mamposteros, canteros, etc., etc., que hoy, apesar de haber cedido un tanto el entusiasmo de aquellos años, constituyen una masa de poblacion atendible por todos conceptos, y muy singularmente bajo el triple punto de vista económico, político y social.

Por estos datos naturalmente no seré

yo quien afirme la importancia capital de Gijon bajo el punto de vista industrial. De la villa cantábrica á Barcelona, por ejemplo, y aun á casi todas las ciudades y villas cata'anas conocidas por sus fábricas y artefactos va una inmensa distancia: y todavía puestos los ojos en la misma Gijon tiene que reconocerse que su valor comercial es muy superior á su caracter fabril. Pensando en ello, sin duda, algunos han llegado á afirmar que Gijon es tan solo un *depósito* y otros que allí el verdadero negocio es simplemente el de *comision*.

Pero tampoco esto empece para echar de ver los méritos que atesora la villa asturiana porque indudablemente vale como industrial y como mercantil: y vale tanto mas cuanto las circunstancias porque atraviesa no son lo que debieran ser para justificar el pasmoso desarrollo que sus intereses económicos de todo género han alcanzado en menos de un cuarto de siglo. Para Gijon ha comenzado á lucir la aurora de los dias risueños. El período de la indiferencia y del abandono queda ya muy atrás: apenas le advierte una vista delicada y perspicaz. El período de los deseos, de las tentativas y de

las primeras dificultades ha pasado tambien. La *línea* no está concluída, sin duda; pero la máquina ya está en la vía. No ha llegado la hora de la concentracion de todos los esfuerzos para las obras de primera importancia: todavía priva el esfuerzo individual, el esfuerzo aislado y de sus resultas viven los antagonismos, las rivalidades, las luchas de cierto carácter que hoy se advierten en el interior de la villa; pero el relieve que estas mismas sistemáticas oposiciones adquieren, y su incompatibilidad con el progreso de Gijón que, por otra parte, viene forzado por muchas inescusables circunstancias, dicen claro que muy luego la *asociación* tomará sobre sí la empresa de resolver todas esas dificultades morales, sustituyendo la competencia á la rivalidad, atacando en su raíz toda pretension de monopolio y todo sentido oligárquico, y ensanchando el círculo de los empeños y de las aspiraciones por el aumento extraordinario de los recursos.

Y lo que de todos modos han hecho así la aparición y desarrollo de las industrias á que me he referido en este artículo como el escepcional vuelo del comercio, denunciado en el artículo ante-

rior; lo que indudablemente una y otra cosa han producido es el imprimir carácter al pueblo de Jovellanos, á la sociedad gijonesa. En este concepto puede decirse que Gijon es un pueblo, es una sociedad esencialmente industrial, esencialmente mercantil. Mas mercantil que industrial, tomando cada uno de estos términos en su sentido restrictivo. Y de aquí consecuencias, buenas y malas de que me prometo decir algo, y que son de imposible pretericion para estimar la justicia de cuanto se dice de la villa gijonesa y el fundamento y alcance de sus no escasas pretensiones.

V.

Cada pueblo tiene su sentido y cada sociedad toma su camino para llegar á la aspiracion comun: esto es, al bienestar, á la riqueza, á la superior cultura. De esta suerte unos pueblos son cultos por ser ricos, otros son ricos por ser cultos, *et sic de cæteris*; pero unos y otros en el término de la jornada, en la plenitud de la vida que por distintas sendas, mas ó menos han logrado, unos y otros repito, conservar un aire, un olor, una *manera* que denuncian claramente y bien de lejos, el origen, los procedimientos y la marcha de cada cual.

Como he afirmado repetidas veces, Gijón es un pueblo industrial en el ámplio sentido del vocablo; es decir, un pueblo donde los intereses materiales y la vida económica han logrado un desarrollo extraordinario,—habida cuenta de proporciones, distingos y reservas.—Por esta vía la villa cantábrica ha conseguido iniciar una vida de no escasa riqueza y afirmar un porvenir verdaderamente risue-

ño. Si no bastaran á demostrar así el valor de lo que existe, como la importancia escepcional de los progresos hechos, los datos que llevo consignados sobre la produccion y el comercio de Gijon, podria traer á estas páginas otros muchos relativos á la totalidad de la vida gijonesa.

No es de escasa monta el hecho de que en la actualidad la poblacion de Gijon suba á 13.534 almas, siendo la total del concejo 28.660, es decir, el casi doble. Hace unos 25 años, en 1850, el casco de la villa no pasaba de 9.000 habitantes, en 1860 subia á 11,500 y en 1865 (último dato publicado) el Sr. Rendueles, en su *Historia*, afirmaba la cifra de 12,800. A principios del siglo era la de 8,000. Hoy quizá deje atrás bajo este punto de vista, á Oviedo y tal vez sea la primera poblacion de todo el Principado. (1) En 1874 tenia la villa 1.390 casas, (ochenta y tres mas que la capital de la provincia) una plaza, trece plazuelas, setenta y cuatro calles y veintinueve travesias. En 1876 se hallaban 23 edificios en construccion y 18 reedificándose: y en la misma fecha

(1) Este dato y todos los referentes á 1876 están sacados del Ayuntamiento de Gijon en 1876.

Gijon cubria un presupuesto de gastos municipales de 280.842 pesetas, pagando por toda clase de contribuciones al Estado central y provincial hasta 215.000 pesetas. Dos años antes, en 1874, el presupuesto municipal subia solo á 229.662'09 pesetas. (1)

Claro se está que en este progreso sensible han influido diversas causas. No en balde los años pasan, y el tiempo hace su efecto así en la riqueza como en la poblacion de las ciudades. El avance general de España ha debido tambien contribuir á aquel desenvolvimiento. Por último no es posible prescindir de la influencia de los capitales *americanos*, que así se llaman los capitales hechos en América (en nuestras Antillas, casi exclusivamente) por hijos de Asturias, los cuales ó por propio y espontáneo impulso, ó empujados por la situacion de Cuba en estos últimos años, han regresado á su provincia y estableciéndose, bien en Gijon bien en otra parte del Principado. Los gijoneses, ya sin el recurso de la famosa

(1) Este dato y todos los relativos á 1871 son del folletito titulado *De Lena á Gijon*. Oviedo imprenta de Uria. 1874.

Caja de Depósitos, sin confianza en los títulos de la deuda pública y viviendo en el seno de una poblacion urbana y mercantil, despues de interesarse de un modo considerable en las empresas de vapores matriculados en Gijon (sobre todo en aquellas de que son gerentes los Sres. Gonzalez y Olavarria) han dedicado su atencion y sus ahorros á la adquisicion ó construccion de casas en el casco de la villa, permitiéndose alguno que otro estenderse al logro de quintas ó casas de recreo en las inmediaciones de Roces, Jove, Somió, etc., etc. En este punto los *americanos* de Gijon se han separado, y felizmente por cierto, de la costumbre general de sus compañeros del resto de la provincia, sobre todo de las aldeas y villas de escasa importancia; lo que si bien ha producido el encarecimiento de la propiedad urbana en aquella poblacion y contribuido á forzar un poco el deseo de edificar, ha cooperado enérgicamente á la trasformacion de la antigua villa y á dar empleo á aquella considerable muchedumbre de artesanos de que hablé en artículos anteriores.

Pero así y todo, la ayuda que el capital *americano* ha prestado al desenvolvi-

miento de Gijon es de escasa importancia, si se le compara con lo que para ella ha valido y en la actualidad vale el capital propio, el capital hecho en el interior de Gijon por medio de sus fábricas, de sus barcos, de sus almacenes, de su industria y de su comercio. En este concepto puede decirse que la prosperidad de Gijon se debe á los méritos de esta como mercantil é industrial; y que por este camino ha llegado á ser lo que es, manteniendo en su vida, en su total existencia el sentido característico y el tono relevante de los pueblos mercantiles.

En Gijon todo el mundo desea; todo el mundo confía; todo el mundo cavila y especula: todos proyectan, todos trabajan, todos ahorran y todos *venden*. El grupo de los *plantones* de la puerta del Sol y el tipo de los *piratas callejeros* de las calles del Cármen y de Carretas son allí perfectamente desconocidos. De los merenderos de la Puerta de Tierra y las rumbas del salado Perchel, allí apenas si noticia se tiene. Aun en la misma Asturias, la vista hecha al bullicio de las fiestas ovetenses, el oído acostumbrado al clamoreo de las calles y las plazas de

la chispeante ciudad del Carbayon, difícilmente se avienen á la circunspeccion de las romerías gijonesas, los suaves desarrollos de las fiestas semanales, el rumor de los escasos cafés y los no muy numerosos chigres de la villa, y en fin, el paso apresurado y la incesante inquietud de aquellos astures *sui generis*, sobre cuyas expansiones y en medio de cuyo centelleo se alza á todas horas, vibrando con resonancia inmensa, el poderoso alerta de la máquina, el silbido de la locomotora ó el eco de la ola golpeando la playa, como para retar al marinero á las tremendas bregas del Atlántico!

Yo mas de una vez, al recorrer las calles principales de Gijon, todas cuajadas de escritorios, de casas de comercio, de almacenes, de tiendas (nunca lujosas y de ordinario poco agradables á la vista) muchas veces me he repetido la misma pregunta que me he hecho en otros pueblos esencialmente mercantiles, de mucha mayor importancia que la villa asturiana..... «Pero Señor! y aquí quién compra?»—A las nueve de la noche—y apenas terminada la estacion de baños—el eco triste devuelve al rezagado transeun-

te el ruido de sus pasos, únicos quizá que turban el absoluto silencio y la espeluznante soledad de las calles gijonesas. En el teatro,—cuando hay representaciones dramáticas ó líricas, que es en la temporada veraniega—en los pasillos, en las butacas, en los palcos, durante los entreactos, es facilísimo sorprender á cada paso una frase relativa al muelle, una indicacion, cuando no un debate en regla, referente á tal ó cual asunto comercial.

Allí cada uno es hijo de sus obras. La fortuna de los actuales gijoneses no es heredada. La mayoría, la casi totalidad de los hombres que en aquella poblacion son señalados al viajero como los directores del movimiento industrial y mercantil, como los poseedores de los mejores barcos, de las mejores fincas, de las mejores fábricas, se han levantado á los ojos de sus conciudadanos, por su propio esfuerzo, en quince ó veinte años, y su simple existencia es un ejemplar vivo de aquel libro que Samuel Smiles publicó hace poco tiempo en Inglaterra con el título del *Self Help*, del que se han hecho centenares de tiradas y cuyo fin es demostrar, con la biografía de los hom-

bres que han sido algo en la historia, que «todo el mundo es lo que quiere.» No conozco en pais alguno contraste mas terrible y mas acabado que el que ofrecen en Gijon, toda la actual villa envuelta en nubes de humo y respirando por todas partes carbon de piedra... y los altos torreones del palacio de Revillagigedo—de! *Grande*, como allí la tradicion le llama—sobre el muelle, á las puertas mismas de la poblacion, dominando materialmente una villa que por todos lados se le escapa, mejor dicho, que representa todo lo contrario que aquel monton de piedras negruzcas con sus inocentes almenas, sus escudos de relieve, su aire tradicional y sus pretensiones señoriales. ¡Gijon al pié....! Qué monstruosa ironía!

Inútil es que diga todo cuanto mana de las circunstancias y los hechos antes apuntados. No he menester mas que indicar que aquellos usos, aquellos hechos y aquellas aficiones han debido comunicar y han comunicado efectivamente al pueblo gijonés, cierta prevision, cierta sobriedad, cierta altivez y cierta disposicion, en fin, para que en su seno germinen las grandes ideas que afirman ó han

dado de sí la emancipación del hombre en la edad moderna. Pero... (terrible adversativo!) la moneda tiene su reverso. La privanza de la idea económica, la preocupación de los intereses materiales entrañan grandes peligros y producen, desde luego, así en los particulares como en los pueblos, grandes inconvenientes. Agobiados por el *debe* y el *haber* reducen, achican la vida; y adios trato social, adios movimiento político, adios puros sentimientos del arte, adios intereses y afectos que caen fuera del código de comercio!

Es evidente que estos defectos los vencen y anulan siempre los hombres de superior educación y alto pensamiento. En Gijón, como en otros muchos puntos que yo he visitado, son numerosísimas las excepciones: me complazco en declararlo. Mas aun, yo pienso, yo creo firmemente, con el ejemplo de sociedades espléndidas, que esos inconvenientes al cabo son dominados en la misma masa, en las muchedumbres, por el desenvolvimiento de otras ideas, de otras aficiones, de otros intereses cuyo advenimiento ha hecho posible ó facilitado principalmente el bienestar material, el desar-

rollo de los intereses económicos. Pero sería negar la evidencia que en una sociedad mercantil,—y la gijonesa lo es,—hay predisposición marcadísima á flaquear por aquel concepto.

Quizá esto disguste á mas de un lector: el mismo tal vez que moteje de estrechos é interesados á los catalanes (lo he oido yo en mas de una ocasion) y que nos tache á cuantos vivimos en Madrid de *cortezanos*. Pero sobre que la observacion no es una injuria, tengo de mi parte, respecto de su exactitud, numerosas pruebas.

No quiero utilizar en mi abono la opinion *universal* del Principado. Peca de exagerada, y entra en ella no poco de rivalidad. Pero yendo un poco al fondo de la sociedad gijonesa, veamos cuál es su movimiento literario, cuál su importancia política, cuáles las formas de su vida social.

* * *

Es tan fácil como vacío de razon y tan exento de seriedad el motejar de perfectamente inútil, cuando no de dañoso, así para los individuos como para los pueblos, el gusto por las ciencias y las letras, y la privanza de los que en-

fáticamente se llaman *sábios y literatos*. Pagando tributo á la corriente positivista que tan hondo cauce se ha abierto en la sociedad contemporánea, son muchos los que entienden que nada hay real en la vida fuera de lo que se palpa y se cuenta y los que, como el humorista inglés, opinan que todo el secreto de la existencia humana se reduce á averiguar cada día el modo de pasar el siguiente sin hambre, sin frío y sin disputas. En este sentido los libros, fuera de los de *caja*, y ahora ya—en fuerza del progreso de las ideas—los de mecánica y química, deben ser considerados como un puro lujo que al fin se paga muy caro, por las distracciones que provocan y la privanza que asegura á la célebre *loca de la casa*. «...Pueblo de literatos y artistas solo tiene derecho á llenar de histriones mas ó menos pretenciosos, los escenarios de aquellas ciudades verdaderamente soberbias, levantadas sobre el *interés compuesto* y entre el oleaje de las negras nubes de carbon de piedra! Pueblo de filósofos y abstrusos especuladores solo puede pretender del mundo la mirada compasiva que las gentes buenas y fuertes guardan para

los seres débiles que sufren la vida y hacen de la existencia terrena un delirio! Atrás el Renacimiento! atrás la Reforma!... Viva la realidad; viva lo positivo! Estátuas á Fulton y á Bunsen!..... Hurras á Holanda y á Inglaterra. Antes que el reinado de la fantasía..... el imperio del horterismo!! ¿No es verdad, señores *positivistas*?

Hay, sin embargo, un mal peor que el *mal de las letras*: y es el mal de los *políticos*, verdadera plaga que importa el predominio de todas las pasiones tormentosas, las bajas intrigas, las concupiscencias criminales. No son pocos los *honrados padres de familia* que lo creen y lo dicen así. Los *hombres de negocios*... casi todos.

«Amigo mio—decíame precisamente en el muelle de Gijon un antiguo compañero de la prensa madrileña,—aquí se vive! ¡Qué diferencia de aquella atmósfera caliginosa dentro de la que nos retorremos y consumimos al pié del palacio del Congreso y á las puertas del café de la Iberia! Aquí nadie se cuida del último chisme del salon de Conferencias, de la cara de los ministros, del éxito de tal ó cual intriga palaciega. Aquí no se

da la menor importancia á esas reputaciones de momento, á esos prestigios de lentejuela, á esos esplendores de un instante que constituyen casi todo el interés de la política palpitante. Aquí todo es positivo, todo duradero, todo verdaderamente trascendental. Cada cual se ocupa de lo que realmente le importa y en la medida de sus fuerzas. El crédito de cada uno descansa en bases firmísimas, que todos ven y palpan. Las ambiciones tienen su razón y su medida en el valor real y efectivo de las gentes. El tiempo no se malgasta y nadie se permite el lujo de ocuparse de lo que no le importa ó de aquello que no entiende. Aquí no hay pretendientes ni cesantes: no hay vagos de frac ni conspiradores de real orden. Se trabaja, se medra, se vive! Los cambios son lentos y todo se hace con preparación y por grados. El juicio, el cálculo es el regulador universal, y todo marcha tranquila y seguramente. ¡Qué diferencia de aquella fiebre, de aquel paroxismo, de aquel huracán que ruga y hierve en las calles de la recorona villa!...»

¡Y yo aguanté la descarga sin decir palabra!

Líbreme Dios de hacer la apologia de las sociedades de *poetas* ó de la monomania de la política. Sin acceder á la demanda del filósofo griego que buenamente proponia que los favorecidos de las musas fuesen coronados de rosas y espulsados de la República, por idénticas razones que habian de autorizar mas tarde una demanda análoga de otros hombres mas *positivos* respecto de los filósofos; sin acceder repito á esta despiadada proposicion, de muy atrás soy uno de los mas rabiosos enemigos del ideal de la Arcadia, no ya solo bajo el punto de vista histórico, si que con motivo de esos extraños proyectos que mas de una vez, en estos últimos quince años, han aparecido en los periódicos para construir no sé qué barrio de hombres de letras, de parecido modo y bajo una idea gemela de la que ha determinado la construccion de los barrios de obreros. ¡Ya me guardaria yo de entrar en la vecindad! Pero llevo á mas; y es que entiendo que de encomendar la direccion de una sociedad á un grupo de hombres determinado, ninguno, absolutamente ninguno menos capacitado para esa direccion que el de los literatos y artistas—reconociendo por

tales á los puros devotos de la forma, á los cultivadores del arte por el arte mismo.

Una dolorosa y no lejana experiencia, de la que no quiero hablar, me ha curado, creo que para siempre, de la debilidad (en mí poco arraigada, después de todo) de poner la suerte política de los pueblos en manos de esos enamorados de lo aparatoso, lo sonoro y lo brillante. Por otra parte la práctica de mi prosáico oficio (yo escribo en papel sellado y defiendiendo pleitos!!), me ha hecho conocer á fondo hasta qué punto el predominio de la fantasía y el cultivo esclusivo de ciertas facultades y el comercio de ciertos elementos producen en los hombres esa confusion de ideas y esa turbulencia de sentimientos en cuya virtud la vida parece una novela y todo reviste cierto carácter teatral que impone en los trances mas críticos la preocupacion esclusiva de buscar la bella postura del gladiador romano, para caer con gracia; si es que no ha producido todos sus efectos cierta deplorable predisposicion del ánimo á transijir y ceder á cambio del embriagador aplauso.

De los filósofos hay que temer por el la-

do opuesto. Ninguno de ellos ha escrito como el vibrante autor de *Childe Harold* «Y am á fragment:» bien por lo contrario todos se creen salidos del cerebro de Júpiter, como Minerva armada desde los piés hasta el casco, y todos parecen como los seis reyes y el San Lorenzo del Escorial hechos de una sola pieza. La vida es un sistema y el absolutismo de los principios no encuentra en ellos ese gran temperador, que es el gran secreto del órden social; la prudencia. Por esto, la debilidad de los sábios—para quienes todo es sério y todas las horas de cátedra y lucubraci6n—es la soberbia, y el peligro de las sociedades por ellos exclusivamente dominadas, la intransigencia y la extravagancia. Por de contado que hablo de los filósofos formales, de aquellos que creyéndose poseedores de la verdad y nacidos de las partes superiores de Brahma no toman por el lado de los acomodamientos con el cielo y las transacciones con el estómago, recordando á Sócrates solo en cuanto sacrificó un gallo á Esculapio. Y por supuesto que tratando de sábios no entiendo referirme á los que el vulgo da en apellidar de tal modo, con un grotesco propósito de burla y una pro-

fun da desconfianza, por la única razón de ser hombres de pensamiento. De estos disparates no vale la pena ocuparse. Voy hablando, por tanto, de los hombres que hacen objeto capital y las mas de las veces esclusivo de su vida, la pura indagación científica ó el estudio desinteresado de las realidades.

Pero esta privanza de los nebulosos y los idealistas es mucho menos temible que el influjo y la boga de los trovadores. La humanidad hasta hoy—dígase lo que se quiera—se presta mas fácilmente á hacer de la vida un domingo de piñata que un miércoles de ceniza. La alegre y decadente sociedad del Buen Retiro duró mucho mas tiempo que la monotonía del Falansterio. En último extremo, un filósofo es un maestro y un poeta una distracción...

Por todo esto se vé cuán lejos estoy de querer convertir la sociedad en un liceo ó una academia. Por principio, por experiencia y por hábito (y á las veces sospecho que peco un tanto de exagerado), soy de los prevenidos contra aquellos ideales; y nadie ha de pensar que para cerciorarme de la existencia de un pueblo haya de inquirir ante todo si en él se

conoce á Dante, si Calderon tiene en él imitadores y si Schopenhauer ó Suedenorp han formado allí escuela. Pero de esto á negar el altísimo valor de las letras y las artes: de esto á desconocer que su cultivo responde á una verdadera exigencia de la economía espiritual humana y que su negligencia arguye en la vida social un vacío y una imperfeccion de fatales resultados; de esto á pensar que los asonantes y consonantes solo se han hecho para los fines del Dr. Garrido y que no hay en el mundo mas especulacion que la del trigo y el bacalao... Vamos! existe una distancia contra cuya supresion protestan las mas nobles facultades del alma y los sentimientos mas puros y generosos del corazon humano.

Aun prescindiendo de la significacion y el valor que todo lo que no es arte útil tiene en el órden social, considerado cada uno de sus elementos y en la armonía de su complejidad, pareceríame indispensable la existencia de esos hombres dedicados á mantener el culto de lo bello y lo verdadero, por lo verdadero y lo bello, sin miras de directa aplicacion al modo práctico de engordar y de reir

en el seno de la civilizacion contemporanea.

La preocupacion de los intereses materiales que nos asalta por donde quiera: las conquistas sobre la naturaleza y los progresos de la industria que nos impelen con fuerza casi irresistible á comprometer en este camino nuestra atencion y nuestros medios, y, en fin, hasta la voz que en el santuario mismo de la ciencia ha venido á afirmar el interés individual como criterio de toda justicia, de toda economía y de toda moral..... ciertamente, que reclaman, siquiera como correctivo, unas veces, como compensacion otras, el ejercicio de las facultades humanas en otras esferas y la exaltacion, mas ó menos exagerada, del mundo de lo puro, lo generoso y lo inmaterial. Porqué la naturaleza habrá cuidado de poner en el campo al lado del árbol maderable la tierna flor? Porqué en nuestro espíritu han de anidarse esas ánsias inmortales que en vano pretenderian sofocar los 365 *menus* del doctor Brisse y las terribles sensaciones del Stock-Change?

Otro correctivo tiene tambien el individualismo exagerado de nuestra época: y es—asombrará que tan de golpe lo di-

ga—y es la política. Sí, la *política*. En este punto me declaro de todo en todo contrario á esas críticas del oscurantismo y del industrialismo de los dias corrientes; y reconozco en el alto valor que á despecho de todas las censuras y todas las protestas tiene la vida política en la edad moderna, uno de esos admirables recursos que la Providencia utiliza para evitar que la humanidad se corrompa y pierda comprometida en un estrecho camino. Sin entrar en disquisiciones impropias de este sitio, seria preciso reconocer contra los que en nombre de los intereses mercantiles de los pueblos repugnan la agitacion de la política, que esta lleva la ventaja de que los que en ella terciaban se preocupan de algo mas que de los solos y exclusivos intereses suyos; y tanto que hay pocos martirologios comparables al martirologio político. Prescindo de las instituciones que supone ó que trae y de los hábitos de tolerancia, respeto, simpatía y union que produce. Dejo á un lado el aliento que en los individuos infunde y la amplitud de ideas y sentimientos que determina en aquellos hombres reducidos antes á aspirar á la felicidad del buey en el establo. Que en

la política hay pasiones—que hay hombres indignos—que hay conflictos y desastres espantables.... Claro está. ¿Acaso no sucede esto mismo en todas las demás esferas de la vida? Acaso en la mercantil los hombres son unos santos? Acaso en ella es donde la abnegacion y la escrupulosidad brillan con mas vivos resplandores? Acaso en ella no se afirma el derecho del mas fuerte y la apariencia no deslumbra como en todos los círculos de la existencia social? Es preciso por tanto no exagerar las censuras, y sí apreciar las bondades ó maldades de tal ó cual órden de cosas, considerando á estas en sí, y no colgándoles los milagros de que otras sean responsables. Si hay políticos detestables, no será porque la política sea repugnante: dependerá esto de lo mismo de que depende que haya detestables industriales y comerciantes: dependerá de que la sociedad en cuyo seno viven todos carece de aquellas condiciones de moralidad necesaria para que por donde quiera destaque la virtud y centellee el mérito.

Por lo demás bueno sería advertir que no existe un solo pueblo digno de la consideracion del mundo por su es-

plendor material, por su movimiento económico, por su riqueza y su progreso, que no lo sea por su importancia política. ¿De donde se ha sacado que los soberbios ingleses y los codiciosos hijos de Holanda convienen ó han convenido ni por un solo momento en la vanidad de la vida política? Todo lo contrario.

Ahora bien (y hágaseme gracia de estas variaciones sobre un tema harto manoseado) ¿qué sucede en Gijón respecto de estos particulares?

VI.

La vida literaria es punto menos que nula. Me atreveria á decir que no existia á no conocer, de nombre ó personalmente, á un pequeño grupo de hombres—jóvenes en su casi totalidad—que en medio de la general indiferencia mantienen con grandes dificultades el espirante fuego sagrado.

El periodismo, forma la mas relevante y visible de la vida literaria contemporánea, tiene en Gijón, actualmente, dos representantes. El uno es el diario intitulado *El Productor Asturiano*. Lleva cerca de tres años de existencia, supónesele inspirado por un grupo de comerciantes de positiva influencia y grandes aspiraciones; y en sus columnas se tratan preferente, mejor dicho exclusivamente, cuestiones de caracter local é intereses de orden material y económico. Desde el primer dia de su aparicion, *El Productor Asturiano* afirmó su propósito de prescindir de todo sentido político, por creer que la política era dañosa á la prosperidad

de la floreciente villa. Verdad que el periódico gijonés venia al mundo despues de la crisis política de 1874 y cuando entró, en ciertos círculos, la moda de asustarse del libre movimiento y las grandes expansiones de los pueblos viriles; cuando las *gentes de orden*, aun aquellas que habian encontrado un pliegue benévolo en las situaciones revolucionarias, volvieron á dar con el diccionario de las *frases hechas* para recomendar á las muchedumbres el apartamiento de la política y la consagracion entera de las fuerzas al trabajo. Y no fueron pocos los hombres sinceros, que habiendo participado mas ó menos activamente de la agitada vida del período liberal, despues del *tres* de Enero se sintieron sobrecogidos por el desencanto, agobiados por la duda, y vencidos por la fatiga. Es necesario reconocerlo. Esa es la historia de siempre, que á los que creemos firmemente y esperamos sin impaciencia, ni nos ha sorprendido ni podrá desesperarnos. Pero haciendo la parte debida á esta influencia de los tiempos en el caracter de *El Productor*, es preciso advertir que el sentido del periódico gijonés está en perfecta relacion con el sentido dominan-

te de la próspera villa y sobre todo, con las aficiones y doctrinas de las que en aquella sociedad aparecen como clases directoras. Por lo demás, el periódico está bien redactado, y demuestra celo y competencia en el desempeño de su cometido.

El otro papel es de los momentos actuales. Apenas llevará un par de meses de vida. Es bisemanal y también aparece extraño á todo carácter político. Redactado con suma discrecion y ocupándose preferentemente, casi como *El Productor*, de asuntos locales y de carácter económico, en él tienen mayor importancia los trabajos de índole puramente literaria, y parece extraño á todo espíritu de grupo ó parcialidad. Hasta ahora *La Opinion* (que así se llama el periódico aludido) con justicia llama la atencion del público gijonés, por haber iniciado su campaña afirmando valientemente la solucion de dos cuestiones que interesan á toda la provincia de Asturias y tratando, con tanta imparcialidad como competencia, otro problema capital de Gijon. Las soluciones á que me refiero son la caducidad de la concesion del ferro-carril del N. O. y la cons-

truccion del puerto del Musel. El problema, la traída de aguas á la villa; donde, en efecto, hoy apenas se puede beber agua y donde se ha hecho de esta dificultad un tema de sérias discusiones, y lo que es peor, un motivo de grandes enemistades y pretensiones exageradas. (1) Mas por lo dicho puede inferirse que no es posible todavia formar exacto juicio respecto del nuevo cuanto ilustrado periódico, y sobre todo—y es lo que al caso interesa—respecto de la acogida que en el público gijonés logren las tendencias de *La Opinion*.

El periodismo tiene en la villa asturiana tradiciones no despreciables y no siempre ha afirmado el sentido virtualmente materialista de la época actual. En 1853 publicaron varios jóvenes, dirigidos por el Sr. Valdés Hevia (D. Fernando) una revista semanal titulada *El Gijonés*. En 1854 vió la luz pública *La Ver-*

(1) Quiero aprovechar esta ocasion para dar las mas espresivas gracias al periódico gijonés por las bondadosas frases con que se ha dignado acoger la publicacion de estos artículos en el Eco de Asturias.

Además, el ofrecimiento que de sus columnas me hace, en uno de sus últimos números, me obliga profundamente.

dad, diario político conservador inspirado por el Sr. Elduayen, entonces ingeniero jefe de la línea férrea de Langreo. *La Revista científica y Literaria*, se llamó un periódico semanal dirigido en 1857 por D. Aureliano Valdés Achucarro. De 1860 es *La Quincena*, otro periódico redactado por el celoso profesor de la Escuela superior de Industria, D. Luis Justo Villanueva y dedicado á difundir entre la clase obrera las aplicaciones de la ciencia de Lavoissier y Beudant á las artes y los oficios. *El Eco de Gijón* y *La Crónica de Gijón*, semanarios de intereses morales y materiales, fundados por don Servando Ruiz Gomez vivieron en 1861 y 1863. En 1867 salió á luz *El Norte de Asturias*, papel bisemanal de intereses materiales consagrado á la defensa del Museo. *La República Española*, *La Aurora*, *El Municipio* y el *Municipio Federal* fueron semanarios (fuera del primero) políticos todos de carácter republicano-democrático, dirigidos desde 1869 á 1873, respectivamente por los Sres. D. Eladio Carreño (uno de los primeros médicos de la villa), D. Apolinar Menendez Acebal (jóven de tan escepcional mérito como rara modestia) y D. Genaro Junquera y

Plá, á la sazón empleado facultativo de telégrafos. Por último, en los meses de Julio y Agosto de 1875 se publicó una revista, de carácter exclusivamente literario, nominada *Una nube de verano*, indicio positivo de que si se quisiera en Gijón podría hacerse mucho fuera del tragin de los *cargaderos* y de las preocupaciones de la *partida doble*.

Pero la historia de todos esos periódicos, la escasísima vida que disfrutaron, las dificultades con que sus fundadores tuvieron que luchar para al fin hundirse en el fracaso, todo demuestra que *aun* las condiciones sociales de Gijón no son las adecuadas para que en ellas arraigue y se desenvuelva, sin escepcionales cuidados y voluntad entera (que yo creo que los gijoneses cultos están obligados á tener) aquel espíritu expansivo que ha hecho de la imprenta y mas especialmente del periodismo, una de las primeras fuerzas y una de las mas poderosas exigencias de la civilizacion moderna.

Mas lamentable es aun lo que sucede en punto á reuniones y asociaciones de carácter mas ó menos literario. Aconsejábolas y hasta las iniciaba con su alto espíritu el ilustre Jovellanos, proyectan-

do ora una casa de recreo donde pudiesen reunirse los gijoneses á leer la *Gaceta* y el *Mercantil*, á jugar á los naipes y el billar, y á tomar café; ora dando los primeros pasos para establecer una especie de tertulia literaria donde pasar las largas noches del invierno, en provechoso entretenimiento, ora, en fin, inaugurando una especie de teatro, en que fué convertido un almacén de la población y donde se representaron comedias por los alumnos del Instituto, después de haber sido brutalmente combatidas y hasta prohibidas, por el oscurantista municipio de 1790, las compañías y funciones de cómicos. Pero desde la época de Jovellanos no ha vuelto á repetirse tentativa alguna para constituir Liceo ó Ateneo ó Academia alguna literaria (apesar de contarse en el número de los vecinos de Gijón personas de la notoria ilustración de los Sres. Caveda, Velasco, Farias, Valle, Costales, Tuñón, Menéndez Acebal (1)

(1) Quiero dejar aquí establecido que al D. Sr. Apolinar Menéndez Acebal, excelente amigo mío, debo una cooperación eficazísima, en mi ruda tarea de reunir datos sobre la actualidad de Gijón. Desde aquí le envío la expresión de gratitud.

y otros que á la memoria se escapan) y en cuanto al teatro, se hace precisa la venida del verano y la concurrencia de los forasteros para que el lindo coliseo de la calle de Jovellanos no permanezca con las puertas cerradas á piedra y lodo. Alguna que otra vez, (me aseguran) un grupo de aficionados pide la llave del edificio al ayuntamiento (ahora en demasía preocupado con el teatro de los Campos Elíseos, imposible para toda representacion dramática—como que fué construido para circo ecuestre—y además á una distancia exagerada del centro de la poblacion); entonces tiene efecto algun concierto vocal é instrumental y se pone en escena tal ó cual pieza cómica, todo lo que afirma la sospecha de que en Gijón hay cantera para mucho; pero luego, enseguida viene la indiferencia, cuando no es el ridículo el que mata esas nobles manifestaciones de un espíritu que convendría avivar de todas suertes, cuando menos como contrapeso de otras influencias poderosísimas que hoy dominan la sociedad gijonesa.

*
*
*

Esto por lo que hace á lo alto y lo general. Veámos lo que sucede en una es-

fera mas reducida, pero donde cuanto se haga entraña una trascendencia considerable. Veamos lo que pasa respecto de la instruccion pública.

La elemental corre idéntica suerte á la que disfruta en casi todas las poblaciones de alguna importancia de España. En Gijón hay—en la calle de Cabrales—un edificio sólidamente construido, de grandes proporciones, de bella apariencia, pero montado muy por bajo de lo que exigen los adelantamientos modernos, en el que desde 1852 se hallan establecidas las escuelas públicas de ambos sexos de enseñanza primaria, que sostiene esclusivamente el Municipio. Mas lo que estaba destinado á dar gran lustre á Gijón y lo que pedia á la poblacion grandes sacrificios era el Instituto que con grande aparato inauguró Jovellanos en 1794.

En sus comienzos fué esta institucion una escuela de matemáticas, física y náutica dotada por el gobierno de Madrid con la renta anual de cincuenta mil reales, y establecida en la casa que al efecto cedió su primer director D. Francisco de Paula Jovellanos. A poco el infatigable D. Gaspar proyectaba la cons-

truccion de un edificio destinado al Instituto y trataba de dar ensanche al establecimiento, haciendo que sus beneficios llegasen á todas las clases y todas las edades. Esto último lo consiguió merced á la piedad del presbítero D. Fernando Moran y Labandera, que donó los bienes bastantes para la creacion de una Escuela de enseñanza primaria gratuita para ochenta niños naturales de Gijon y las aldeas del concejo; cuya escuela apareció desde entonces como un anejo del Instituto, en cuyo edificio al fin fué instalada. Lo segundo lo obtuvo hasta cierto punto, el ilustre Jovellanos merced á una suscripcion popular, que unida á un corto derecho concedido por el gobierno sobre el fondo del Consulado y algun otro, dió lo bastante para que se construyese, con arreglo á planos del célebre Villanueva la planta baja del edificio que hoy se ofrece á los ojos del público, pidiendo enérgicamente á la generacion actual, mucho mas rica y mas pretenciosa que la del último siglo, que imite el ejemplo de la anterior, llevando á feliz cima una empresa tan vigorosamente comenzada, cuando nadie en España fiaba de la iniciativa individual.

Mas la desgracia de Jovellanos, primero y despues la muerte del noble gijonés redujeron á la insignificancia aquel Instituto, al cual D. Gaspar legó su Biblioteca, base de la actual compuesta de 11.394 volúmenes y 118 manuscritos con mas 722 bocetos de pintores tan célebres como Murillo, Velazquez, Claudio Coello, Alonso Cano, Céspedes, Goya, Carreño, Miguel Angel, Julio Romano, Rafael, Ticiano, Tintoretto, Veronés, Dominiquino, Rembrat, Durero, Callot y otros: riqueza que podria envidiar el mismo Museo de Madrid.

Agonizante unas veces, cerrado otras, continuó el establecimiento (cuyo local llegó á servir de cuartel durante la ocupacion francesa) hasta 1845, fecha de su reduccion al carácter de Escuela especial de náutica, privada del derecho de examinar pilotos. Once años mas tarde, en 1856, y merced al decidido apoyo de un distinguido hijo de Gijon, bien conocido en la república de las letras y en la administracion del Estado (el Sr. D. José Caveda) el Instituto volvió á adquirir importancia, logrando el doble carácter de Escuela superior de Industria y Escuela profesional de pilotos, sostenida por el

Gobierno de Madrid que las dotó de buen material y una preciosa coleccion de maderas del reino. Mas á poco, en Diciembre de 1860, fué suprimida la primera de aquellas escuelas.

En 1862 principia (dentro del siglo actual) el período verdaderamente meritorio para la villa gijonesa y para el Principado todo, en lo relativo á la creacion de Jovellanos. Hasta entonces entrambos se habian limitado á influir cerca del Gobierno central para que este sostuviese y ampliase á su exclusiva costa el Instituto. Ahora ya el Principado y el ayuntamiento de Gijón toman sobre sí el empeño de secundar el pensamiento del ilustre desterrado de Bellver, y con tanta oportunidad y tanta resolucion cuanto que si en 1860 fué suprimida la Escuela superior de Industria, en 1869 un decreto de Madrid dispuso que dejasen de ser sostenidas por el Estado todas las Escuelas de Náutica, incluyendo entre estas á la de Gijón.

Inspirados, pues, en el mejor sentido, el Ayuntamiento gijonés y la Diputacion provincial asturiana acordaron, en 1862, la ampliacion de los estudios de aplicacion al comercio y la industria, pa-

gados por mitad por aquellas corporaciones. En 1863 se crearon asimismo los dos primeros años de estudios generales de segunda enseñanza costeados por fondos municipales; en 1868 completóse la segunda enseñanza y en 1869 el Ayuntamiento tuvo que tomar sobre sí también la Escuela de Náutica. Justo es, por tanto enviar un aplauso al municipio, haciendo además la mención debida del Sr. D. Miguel Menendez Duarte, antiguo alumno y después profesor durante 45 años del Instituto, á cuya dirección llegó, y á quien se debieron casi todos los esfuerzos para lograr, desde 1862, que el establecimiento viviese sobre la conciencia y con los recursos del país.

En realidad lo que mas importancia tiene en el Instituto asturiano es la enseñanza de la náutica. La estadística del establecimiento acreditó en 1858 unos 25 matriculados: en 1861, setenta y seis (tipo máximo) y desde 1870 sobre treinta á treinta y cinco por término medio; siendo de advertir que, según el voto de personas competentes, es la de Gijón la Escuela de España que mas matriculados cuenta, dándose el caso (en los cursos de 1858 á 65) de que varios vasconga-

dos dejaran la de su provincia para cursar sus estudios en la asturiana.

Por todo lo dicho se comprenderá que el Instituto llamado de Jovellanos, no deja de atraer la atención del pueblo gijonés, pero que también ni su importancia es la que su ilustre fundador ideó ni su esplendor corresponde al desarrollo que la villa ha logrado en otro orden de intereses ni el género de estudios que allí priva reviste aquel carácter de generalidad que debe dominar en todo plan de instrucción superior. La náutica, el pilotaje, la ciencia en sus aplicaciones prácticas y en su relación más directa é íntima con cierta clase de intereses es lo que allí tiene valor. Aquello que en otro tiempo se llamaba *humanidades*, los estudios de cierto carácter desinteresado (hasta donde es posible el desinterés en las especulaciones de la vida humana) la enseñanza superior... ah! de eso no hay que hablar en el Instituto de Gijón. Solo así se explica que en la prensa gijonesa se haya podido sostener,—y por persona digna de respeto, de acendrado patriotismo y por ningún concepto sospechosa,—que en el Instituto debieran darse de mano ciertos modestísimos es-

tudios casi elementales, de segunda enseñanza á lo sumo, para convertir el establecimiento fundado por el hombre de las Sociedades económicas y de *La Ley agraria*, en mera escuela de artes y oficios. Y todo Gijón ha escuchado estas pretensiones sin levantarse y protestar contra ellas como un solo hombre! ¡Qué triunfo del positivismo, por mas que el positivismo se presente en la arena apretando entre los dedos las gruesas cuentas del rosario y acompañando hasta su agonía la última vela del jubileo!

Pero fuera del Instituto (al cual quiso elevar de categoria una ley de 1865 nunca cumplida) no hay en Gijón, que yo sepa, lo repito, Ateneo, Academia, conferencias ni cátedras públicas de ninguna especie. Nada de eso que los alemanes llaman *fiestas de pensamiento*. Y nada, ni grande ni chico, extraño á la accion oficial, por mas que esta sea la del municipio.

Recorriendo las fábricas y talleres mas importantes de Gijón, yo me he permitido mas de una vez preguntar si sus dueños, si sus directores prestaban alguna atencion al bienestar ó á la educacion de sus obreros, y con tanto mayor motivo,

cuanto que en esas fábricas es considerable el número de muchachos empleados. He sabido que en algunos establecimientos, la direccion asegura al obrero, médico, medicinas y un determinado socorro pecuniario, caso de enfermedad (1); y en todas partes se me ha hablado con elogio del trato que á los operarios se dá por jefes y amos. Pero con esto y con pagarles puntualmente el jornal, los empresarios se creen quitos con Dios y con los hombres. ¡Qué error tan trascendental! ¡Qué sentido mas profundamente utilitario, mas rabiosamente materialista!!

Porque despues de todo en esta solicitud del empresario por las fuerzas corporales del obrero, en este filantrópico celo, bien pensado no se yo que se afirme un

(1) En Gijón existen, por lo ménos, dos sociedades de socorros mutuos, fundadas y sostenidas por hombres de trabajo, con la ayuda de otras clases. La una se intitula de *Artesanos de Gijón*. Data de 1859: su capital era á fines de 1875 de 104,255 reales, y en los diez y siete años de su existencia habia socorrido á sus sôcios con 320,518 reales. Solo en 1875 desembolsó 31.893. Los sôcios eran 299: la cuota 8 reales al mes. El reglamento es digno de mencion y aplauso. La otra sociedad es de *mareantes*. Por desgracia carezco de datos sobre ella.—No se olvide la que tienen constituida las cigarreras, con la deplorable intervencion del Estado.

caracter diferencial entre el pobre diablo que se consume atizando un horno y la bestia á quien el esceso del trabajo rinde, y por cuya salud se interesa no ya el hombre que la explota y solo porque la explota, sino todos cuantos en los pueblos cultos de nuestros dias saben que no *es lícito* moler á palos á una mula ni cruzarse de brazos ante los sufrimientos de un animal. Mis lectores saben de sobra que lo que se llama *humanidad* no implica solo atenciones y deberes entre los hombres y sobre los hombres. Eso puede creerlo algun salvaje disfrazado con bota de charol y guante perla.

Pero volviendo á nuestro tema, ¿cómo y porqué los empresarios gijoneses limitan su accion á la botica y á la beneficencia en su mas grosero sentido? Supuesto que ellos no se creen dispensados de toda otra cosa que de pagar el sábado, cómo y porqué no ponen la mirada en las necesidades morales, en la vida intelectual de esa masa cuya existencia corre identificada con la suerte de la fábrica? ¿Acaso —en otro orden de ideas— importa mas á la produccion tener obreros robustos que obreros inteligentes? ¡Y quiénes con mas medios, con mas recur-

sos y mas ocasiones, que los empresarios industriales para trasformar esa masa bruta que el terrible *struggle for the life* lleva á sus manos y pone á su merced!

A mi juicio este es un particular tan grave que no estoy lejos de pensar que la ley que ya en casi todos los pueblos pone limitaciones al trabajo de los niños y aun de las mujeres en los talleres y las fábricas, y que exige ciertas condiciones y servicios á los empresarios, podria recabar de los establecimientos industriales de cierta importancia la creacion y sostenimiento de modestas escuelas de primera enseñanza. Bien que yo entiendo que este punto de la instruccion elemental de las masas importa preferentemente á la sociedad moderna, y que esta debe apresurarse á aprovechar la reunion mas ó menos forzada de gentes, como las secciones de las fábricas, las cuerdas de presidiarios, las filas de la milicia y las cuadrillas de obreros del Estado y de los municipios, para imponer como una obligacion estrecha, el conocimiento y posesion de las primeras letras. Esto aparte del plan general de enseñanza por el Estado; idea, que con

las del sufragio universal y el armamento nacional (al modo ruso ó prusiano) es-timo de interés eminente y como el fundamento de esa obra de *educacion* popular, de educacion de las muchedumbres (1) á que todo cuanto nos rodea, la voz de la Historia y la elocuencia de recientes desastres y pavorosas intimaciones, nos empujan de un modo in-contrastable.

No quiero adelantar ideas ni dar á estas notas un desenvolvimiento impertinente; pero no desaprovecharé esta ocasion para protestar con toda energía contra la idea de que los propietarios, los industriales y cuantos la suerte, el voto público, la herencia ó cualquiera otra circunstancia han puesto á la cabeza de la sociedad moderna cumplen con su deber pagando la contribucion para que el Estado lo haga todo ó dejando caer una degradante limosna, indiferentes ó enfatuados, en la mano de algun pordiosero de calle, de algun alumno, quizá, de la *Córtede los milagros*. Oh! no, eso no es verdad; y porque no es verdad suceden

(1) El número de obreros en Gijon se calculaba, en 1876, en 2,500.

las sorpresas de los festines de Baltasar por las turbas desarrapadas, hechas al espectáculo y la enseñanza del utilitarismo galoneado y triunfador.

Por esto quisiera yo que con tanto amor he consignado en estas *Notas* los progresos de la industria gijonesa y que desde estas páginas he enviado mi modesto aplauso á los hombres mas importantes por su laboriosidad, por su inteligencia y por su fortuna en la floreciente villa, —quisiera yo que, al fin, volviesen los ojos á este punto interesantísimo de la vida moderna, que entraña graves problemas de moral, de derecho, de economía y—entiéndanlo bien—de orden público, en su mas vulgar sentido. El ejemplo del Sr. Pola, fundando por sí solo en Luanco un gran establecimiento de enseñanza, merece ser imitado en una poblacion ya rica como Gijon, en una villa industrial donde los capitales se han hecho con suma rapidez y donde los beneficios anua es llevan una proporcion geométrica. Yo he estado en Mulhouse y he escuchado las bendiciones de aquella inmensa masa de obreros que á sus amos debían no solo el pan material, no solo la linda y cómoda casa, si que la

instruccion elemental, y aun la superior que ha hecho progresar aquel distrito de un modo maravilloso. En Mulhouse no hay huelgas: en Mulhouse apenas se vé un soldado, en Mulhouse se trabaja y se prospera. Las revueltas quedan para los pobres y ennegrecidos trabajadores de las minas; los alborotos quedan para los que solo están unidos con sus directores por el pan de centeno y el hambre de cada dia.

Mucho puede hacerse en Gijon, donde la accion particular se ha abstenido totalmente de la enseñanza y donde me afirman, el decreto del Municipio democrático del 1873 (al cual Gijon ha debido no pocas escelentes cosas) relativo al establecimiento de una escuela pública de párvulos, todavía no ha tenido cumplimiento. Quiero creer que la verdad pronto se hará camino.

VII.

Y hablemos ahora un poco de política; es decir del movimiento político de Gijón.

Sobre todo es preciso distinguir la villa del concejo. En este comparten la influencia dos grandes sentidos: el de la tradicion y el del porvenir. Mejor dicho, el de las preocupaciones y los terrores del pasado, y el de la fiebre de la emancipacion y el presentimiento del ideal. En la villa ya varían los factores.

El grupo tradicionalista, mas ó ménos templado y condescendiente, no se comprende en Gijón: todo allí lo contradice; todo lo violenta; todo lo escupe y abofetea. En vano las circunstancias han hecho que la representacion de este sentido señorial—hasta donde los tiempos lo toleran—se encarne en una docena de personas, dignas de respeto y merecedoras de la general simpatía, por su afable trato, sus patrióticos sentimientos, sus tradiciones caballerescas y la

altivez misma con que afrontan las injurias de la ola revolucionaria.

En vano el espíritu de resistencia se ha aprovechado de esta verdadera fortuna. Los tradicionalistas gijoneses son unos caballeros, unos perfectos caballeros; no hay que dudarlo: pero al verlos pretender influir y obrar con su sentido característico y sus medios anticuados en Gijón, en aquel muelle poblado de hombres, que hablan todos los idiomas y juran por todos los dioses; en aquellas plazas agitadas por el telégrama que anuncia la victoria de la República en Francia, del Constitucionalismo en Austria, de la Democracia en Inglaterra; en aquellos círculos saturados de audacia, de rebeldía, y henchidos de aspiraciones infinitas y de esperanzas insuperables; en aquel mundo de *parvenus*, en aquella vida de espontaneidad, de iniciativa, de movimiento, de centelleo, de incesantes trasformaciones y de sorpresas incabables.... ah! se me antojan el mismísimo marqués de Villena, poniendo el pié fuera de la redoma. Nadie los entiende— y como fuerza política, no pueden nada. Por eso necesitan refugiarse en los campos, allá donde su prestigio se man-

tiene y no sin trabajo. Por eso en el Concejo valen; y en la villa, hasta para llevar sus hombres al ayuntamiento, han necesitado de la real orden.

Pero si este elemento falta en el casco de la poblacion, en cambio ocupa, hasta cierto punto, su lugar otro, que sin la menor pretension de herir á nadie, me permitiré llamar elemento mercantil. A escuchar á sus hombres, precúpale poco ó nada, la política. Todos los gobiernos son buenos, con tal que aseguren el orden. Todas las ideas, todos los sistemas, todas las situaciones escelentes, con tal que permitan trabajar, negociar, comprar y vender. Los directores dificilmente aceptan apellido. Son conservadores en cuanto esta pa abra dice algo de *conservar*: pero nunca reñirian batalla con los gobiernos radicales. Como hombres de orden, lo constituido les merece preferencia sobre lo posible, y como hombres prácticos, lo existente es para ellos siempre lo real. Para ellos lo importante es la paz, la tranquilidad del momento—y su aversion es toda para el bullicio, para la agitacion que se desenvuelve por fuera de sus talleres y sus almacenes. Producir mucho ó ven-

der mucho, es toda su política: y limitar la acción á las cosas locales, despues de las cosas propias, y en cuanto son propias las locales, es su programa.

Y necesito decirlo, este es el sentido de las clases directoras de la sociedad gijonesa. Por de contado el sentido es pésimo: la doctrina—llamémosla así—no resiste dos minutos el análisis...

Pero ello es así.

¡Gran Dios! Que teoría esta de la bondad de todos los gobiernos: de la indiferencia para todas las instituciones! Hace sesenta ú ochenta años no faltaban hombres que con la mejor buena fé del mundo aseguraban que el *quid* de la gobernacion del Estado se hallaba en la personalidad del sumo imperante. Los gobiernos paternales eran la ilusion de estos hombres. Ahora ya hemos adelantado. No bastan los *buenos sugetos*, los honrados padres de familia para gobernar con inteligencia y tacto. Es preciso que las cosas se arreglen de modo que vivan las leyes: pero estas, por diversas que parezcan, serán todas escelentes siempre que tengan por objeto el mantenimiento del orden público, de la propiedad, de la familia, etc., etc.... es decir,

siempre que tiren á lo que todas, todas las leyes del mundo: tiran, por mas de que al efecto tomen diverso camino, afirmando en la jornada conceptos bien distintos de aquello mismo que intentan garantizar. Bueno está! Pero ¿cuáles son las que lo garantizan mejor? *That is the question.*

Yo tengo un amigo de no escasa experiencia y mucho talento, que ha ocupado los mas altos puestos de la política española, que siempre que se le presentaba un militar ó un cesante, solicitando un empleo mas ó menos político, con el acompañamiento de una solemne protesta de su absoluta indiferencia por todo interés de partido y su apartamiento sistemático de la vida política, observaba para sus adentros: «Entendido: un reaccionario en espera de mejores tiempos.» El dice que no se equivocó nunca. No diré yo lo mismo de los gijoneses de cierto espíritu: no hay verdadera analogía; pero francamente hablando, si fuésemos á penetrar en lo hondo, en lo sustancial de su conducta, seria facilísimo topar con la fibra que, fuerte y vigorosa, ha sostenido situaciones tan caracterizadas como las de

Venecia y Génova, casi en la aurora de la edad moderna. Solo que en Gijón y finando el siglo XIX, esa representación de las ideas poco expansivas, y del espíritu un tanto señorial, no la puede llevar el elemento que aquí he llamado mercantil. Oh! para resistir lo nuevo, todo el mundo sabe que están las almenas de los viejos palacios. Allí está la lógica y allí está el prestigio. Fuera de allí parece que la política de la resistencia es la célebre política del «no empujar, señores!» Además, que por este camino, en los días que vivimos y en un pueblo de vida novísima, todo sería posible menos arraigar una influencia, que por otra parte ha adquirido justísimamente el elemento á que me voy refiriendo.

Vuelve, pues, á su bandera del «orden público;» á su programa de «todo para el trabajo;» á su indiferencia por las cosas de la política; á su empeño de reducir toda la atención á las cosas de casa, á los problemas pura y exclusivamente gijoneses. Pero oh! fatalidad. La doctrina tiende,—que tiende?—es la negación perfecta de todo el derecho político, de todo derecho; y la crítica mas acerba de los

grandes pueblos contemporáneos, que viven precisamente de esa vida política tan condenada.

Y es mas que todo eso: es la apoteosis del mas completo escepticismo; del escepticismo que solo hace un paréntesis cuando se trata de las cosas que inmediata y palpablemente interesan. Ya sé yo que esto no lo ven ni lo piensan las dignas personas que dirigen al grupo. Pero la lógica vale mas que sus escrúpulos y sus aprensiones; y despues de todo, yo no hago mas que sacar punta á las cosas y llamar, como Boileau, *un chat un chat et Rollet un fripon*. Succede además que esa doctrina cuando quiere traducirse en hechos no se traduce; y á los indiferentes de Gijon les pasa, en los momentos críticos, lo que al poeta de la Eneida al jurar no hacer versos.

Y la prueba es reciente. Nunca como hoy puede decirse que este elemento priva en Gijon. Lo domina todo. Mas para dominarlo ha necesitado reñir una terrible batalla con el elemento tradicionalista del concejo. La ocasion ha sido la eleccion del actual ayuntamiento. Las fuerzas democráticas se habian retraido, por causas estrañas á los asuntos de Gi-

jon. Los enemigos se encontraban frente á frente: porque no hay que decir que son fieros enemigos. La batalla se empeña. Los del pasado, afirman su credo de siempre. Los invasores qué dicen? qué hacen? Su órgano en la prensa, canta el calenturiento *Ca irá*; sus agentes corren á los campos á predicar la insubordinacion del rentero contra el amo,—es decir, la emancipacion del voto;—y es notorio que el triunfo se consigue—cómo?—con la bandera de la democracia; quizá de algo mas que la democracia.

Y cuenta que el interés mas grave de los comprometidos públicamente en esta lucha no era un interés verdaderamente político ni mucho menos general. Entre otras muchas cuestiones que entonces se ventilaban y que aun hoy dividen á los gijoneses, figuraba la de la traída de aguas á Gijón. Conozco poco el asunto. Solo sé que el agua potable de Gijón es malísima; que la idea del abastecimiento de la villa de otro modo que el actual es digno de todo aplauso, y que en este particular, hasta hace poco, los resistentes á la obra, sino por tella en sí misma, por los medios proyectados, figuraban en el grupo tradicionalista, así

como los mas enérgicos sostenedores de la idea se hallaban en el grupo mercantil. Pues bien, este interés de carácter puramente local y de índole esencialmente económica llega á inflamar los ánimos hasta hacer que el eco repita algun acento de las Secciones de París.... en plena situacion conservadora!!

Pero despues de esta campaña ¿qué es, qué significa, qué representa el elemento mercantil de Gijon?

Creo haber dado suficientes pruebas en estas *Notas de viaje* de mi espíritu de justicia y de la ninguna prevencion que tengo contra cosas ni personas de la villa asturiana: de modo que lamentaria grandemente que en estas observaciones se viese otro interés que el doble de demostrar, primero, mi afirmacion del predominio que en Gijon ha logrado el sentido utilitario, y segundo, el deseo muy sincero de contribuir con mi ruego—y en la esfera modestísima que á mí me es permitido—á la rectificacion de ideas y procedimientos que, segun mi parecer, dañan á la prosperidad de la localidad y á la bienandanza de toda España.

Yo deploro de todas veras la actitud *imposible* del elemento mercantil de Gi-

jon. Dada la inteligencia y los medios pecuniarios, la influencia social y la posición mercantil de sus mas caracterizados miembros, podrian servir lo indecible á la causa del progreso y de la libertad,—que es la causa del órden público y del bienestar de las naciones,—entrando francamente bajo las banderas de aquel ejército al que pertenecen por su origen, por sus compromisos, por sus aspiraciones. Ellos son hijos de la revolucion. A qué ocultarlo? Por qué resistirlo? Su puesto no está entre los indecisos, ni entre los temerosos. Cómo! ellos que representan el vigor, el atrevimiento, la fortuna, el éxito en Gijon! Para luchar no necesitan tomar bandera ajena. Su sitio se halla entre esos grupos en los cuales se ha afirmado una influencia positiva por las relaciones diarias del capital y del trabajo: sobre esas muchedumbres que necesitan direccion, pero direccion inteligente, sincera, honrada, en el camino de la libertad,—mejor dicho, del derecho.—¡Qué mayor empresa que emular la gloria de los grandes industriales de Manchester y de Sheffield! Y así y solo así consolidarán sus posiciones: así darán tranquilidad á Gijon; así podrán lla-

marse de veras *clases directoras*, no reduciendo absolutamente su empeño á vender bastante y á ahorrar mucho. Ya pasaron los tiempos en que el amor á la libertad, y la devoción por la democracia eran el patrimonio de los *descamisados*.

* * *

Pero he dicho que en Gijón existía otro elemento político de relativa importancia. Me refería al elemento democrático. Su fuerza ha quedado demostrada en las épocas de libertad electoral y sufragio universal. Los candidatos demócratas han sido siempre los vencedores; y bien que apartado hoy de la escena pública, siguiendo la equivorada conducta de toda la democracia en España, y bien que atacado por las últimas leyes electorales, que como todo el mundo sabe tienden á favorecer el predominio de los elementos rurales sobre los urbanos, sin embargo, nadie en Gijón se atreve á negar el poder de la masa que pocos años há llegó á imperar absolutamente en la villa. Esto no puede extrañar á los que conozcan un poco la economía de los pueblos modernos. Allí donde la industria y el comercio han tomado cierto vuelo, en seguida se echa de ver un cierto espíritu

que lleva á los talleres, al fondo de las fábricas y al seno de los escritorios, la inspiración de las ideas renovadoras del siglo XIX y la corriente irresistible de las expansiones políticas.

Pero el elemento democrático gijonés tiene dos grandes defectos. La misma profunda simpatía que me inspira, me llevaría á consignarlo aquí, aun fuera de toda ley de imparcialidad y toda escrupulosidad de *touriste*. En primer lugar se nutre solo en el seno de una clase. En segundo término, ha sido educado en el club.

Con efecto la democracia gijonesa, la democracia militante, está formada casi exclusivamente por personas clasificadas en el grupo modesto cuanto honrado de los artesanos, los obreros y los comerciantes de escasa importancia. Sin duda estos hombres no valen menos que los de clases mas elevadas y hasta podría afirmarse que á la política llevan, como masa, aspiraciones mas desinteresadas, mas generosas que las que en España vienen caracterizando á la clase media. No lo niego: pero tampoco puedo negar los inconvenientes que trae aparejada esa intimidad, esa confusión de un partido con

una clase social, y sobre todo de la democracia con la clase popular. Es necesario irse acostumbrando á decir la verdad.

En primer lugar, esta forzada limitacion del caracter de la democracia obliga á perturbar la vida de los ciudadanos, haciendo de la política la ocupacion preferente cuando no esclusiva de todos; y llevando á la alta direccion de los negocios públicos á gentes poco ó nada aptas para el empeño en que la fiebre las compromete. Este es otro error, mas generoso, pero no menos lamentable que el de los que rechazan todo movimiento político. No es verdad que todos debamos participar activamente de la vida política: no es cierto que todos, sin preparacion ni condiciones, podamos aspirar á la gestion de la cosa pública, dejando olvidadas nuestras habituales ocupaciones: y no es verdad que la democracia moderna, que es *representativa*, afirme la doctrina de gobierno *directo* del pueblo, que hizo su camino en las repúblicas antiguas. La masa por sí vale poco: necesita directores, verdaderos directores, á quienes dé la credencial no el derecho divino ni la loteria del nacimiento, si que la virtud, el mérito, y la consideracion ge-

neral. Así y solo así la democracia ha conseguido sus grandes victorias, aquellos triunfos que no ha borrado enseguida una afortunada reaccion. Pero allí donde el elemento democrático se confunde con un grupo social, allí donde la democracia es la bandera tan solo de la clase menos acomodada, ó mejor dicho de las clases inferiores, por dignas, por laboriosas, por discretas que estas sean, no hay posibilidad de esperar de otras clases mejor preparadas por su tradicion, por su cultura, por su desahogo, por sus múltiples recursos, que provean al necesitado partido de direccion acertada. El elemento democrático tiene que sacarlo todo de la clase en cuyo seno recluta sus huestes.

Ademas esta confusion de intereses y representaciones afectan seria y desastrosamente al carácter de la democracia contemporánea, que es todo lo contrario á un interés esclusivo, á un sentido de parcialidad, al imperio en fin de las castas, y los egoismos de clase. ¿Acaso es posible, es imaginable siquiera en nuestros dias, la resolucion de los graves, de los temerosos problemas, desesperacion de la revolucion francesa del 48 y de

los falansterianos y renovadores del 30, cuando quizá no hacian mas que iniciarse en la sociedad de nuestro tiempo; acaso es imaginable el desempeño de esos grandes compromisos y el despejo de esas grandes ecuaciones cometidos al criterio de los febriles *paisanos* de Alemania ó del delirante pescador de Nápoles? ¿Qué ha hecho, fuera de plantear enérgicamente los problemas, qué ha hecho la Commune de París? Ah! ni la fuerza, ni la intransigencia, ni el exclusivismo podrán jamás, jamás, llegar al término á que conducirán solo la ciencia, la paz, la cooperacion de todos, interesados como estamos *todos* (entiéndalo bien, lo mismo los que engordan, que los que sudan) en que esos problemas se resuelvan de veras y satisfactoriamente. Hoy por dicha, merced al gran movimiento generalizado por la inmortal Revolucion de 1789, hoy no existen en la Europa civilizada aquellas grandes iniquidades que quitaban de los lábios la palabra y ponian la ira en los ojos. El Código de Napoleon es hoy ley en todo el mundo y las *libertades necesarias*, despues de 1840, se van afirmando en todas partes por sí mismas.

Sobre estas conquistas positivas, á cuyo esplendor afectan poco pasajeros eclipses, debemos movernos, con amplio espíritu, con sentido esencialmente pacífico, con ánimo enérgicamente viril.

Este error de la democracia gijonesa ha sido sostenido por la enseñanza del club y á su vez ha contribuido á la privanza de este medio de accion política. No necesito decir que mientras afirmo estas ideas, soy decidido partidario del derecho de reunion y de la propaganda tribunicia. Yo me he valido de ella muchísimas veces, para recabar de la opinion de mi país y de la accion de los poderes públicos, una reforma, conseguida solo á medias, pero que interesaba al honor y á la conciencia de España: me refiero á la abolicion de la esclavitud. Y ahora mismo, en el retraimiento político en que vivo,—mas que por otras razones por motivos de delicadeza personal—no oculto á nadie mi voto favorable á la utilizacion de todos los medios que la actual estrechísima situacion gubernamental aun consiente á los partidos liberales; y entre aquellos muy particularmente la cátedra, la conferencia pública, la reunion de carácter mas ó menos

político, según lo permitan las circunstancias. Pero el club no es esto: el club pretende ser un modo indirecto de gobernar la muchedumbre; y las exigencias de los clubistas (en los países latinos, se entiende) han llegado al punto de traer ante ellos todos los días y á todas horas á sus delegados en los municipios, en las asambleas; á los depositarios de la autoridad pública, para saber de sus lábios lo que la autoridad pensaba, lo que proyectaba, lo que hacía en aquellos mismos momentos. No quiero desenvolver las consecuencias de todo esto. Así no hay gobierno; así no hay educación política: así se afirma solo la agitación estéril, la amenaza permanente.

Entiéndase bien que de todas estas cosas no puede culparse exclusivamente á la democracia gijonesa; demás que á pesar de todo, los demócratas de Gijón han escapado hasta cierto punto á las consecuencias de aquellos errores. Los calumniaria tan grosera como infamemente el que no reconociera de un modo explícito, que durante el corto período de su absoluto imperio, de la privanza del grupo mas avanzado y radical—en 1873,—habían demostrado un juicio, una cir-

cunspeccion, una cultura por todos conceptos admirables, aparte la bondad ó maldad intrínseca de su sistema. Nadie en Gijon puede quejarse del menor atropello en aquella época, y respecto del municipio de aquellos dias es preciso reconocer que á él le debe Gijon obras, ideas, empresas y reformas que no titubeo en afirmar le ponen por cima de todos los que le han sucedido y al igual, por lo menos, de los mejores de cuantos le precedieron. Por otra parte, no se debe olvidar la importancia que tuvo la política del club (llamémosla así) en toda la democracia española, ó mejor dicho, en la extrema izquierda de la democracia,—en el partido republicano—desde 1869 en adelante; á lo que hay que atribuir, en no escasa proporcion, muchos disgustos, muchas dificultades y muchos sucesos que al fin dieron al traste con los mismos intereses de aquel partido.

Pero la excusa mayor de la democracia gijonesa está en la actitud de las clases directoras, de las clases acomodadas de Gijon. Los unos afirmando su indiferencia respecto de las instituciones políticas; los otros encerrándose en ciertos remilgos y escrúpulos que acusan la

confusion mas lamentable de un punto de educacion con una razon de derecho; estos, ahuecando la voz para recordar ante cualquiera palpitacion los excesos y monstruosidades—siempre abultadas y pocas veces bien sabidas—de la *Commune*;» aquellos condenándose al silencio de su gabinete y sin atreverse á confesar en voz alta su fé en los principios de la democracia, por temor *al qué dirán*, por prevencion contra las exageraciones de los partidos, así abandonados á las estravagancias ó las pasiones de los mas resueltos; y en alguna ocasion por miedo al sitio en regla que le pondrian sus consocios, sus convecinos ó sus deudos... ello es, que la democracia gijonesa apenas si ha podido poner los ojos fuera del círculo mas modesto de aquella sociedad.

No se crea, empero, que en Gijon solo son demócratas los desheredados de la fortuna: no es verdad. Pero el grupo de los propietarios, los comerciantes, los abogados, los hombres de cultura científica y literaria que públicamente afirman cierto sentido político y aceptan los compromisos consiguientes es reducidísimo. ¿Acaso en Gijon no hay otros hombres de relativa importancia que co-

mo los primeros piensen? Oh! sí, si los hay. De ello he podido obtener yo abundantes pruebas: solo que no se atreven, que no se resuelven, que no ven todavía claro que *su deber* les obliga á salir de esa reserva, renunciando á ese forzado indiferentismo, á esa obediencia á la preocupacion positivista del medio en que viven, para servir de otro modo mas seguro los intereses de su país y afirmar el porvenir de sus hijos.....

.....
Resultado, que en Gijon no hay un verdadero movimiento político. De vez en cuando palpitaciones, estremecimientos, convulsiones de la muchedumbre, solo de la muchedumbre, agitada por el presentimiento de ciertas soluciones..... Pero nada estable, ordenado, permanente y sobre todo nada general y que pueda caracterizar á una poblacion.

Pero no ha de terminar esto? Yo no puedo dudarlo: esta grave falta se remediará. Es imposible que las clases directoras de la villa asturiana al fin no vean claro dónde están sus verdaderos intereses, y no se aperciban de que la ciudadanía implica algo mas que arreglar las cuentas de la casa, jugar al ajedrez y

meterse en su agujero al primer estornudo de un aventurero, á reserva de toser recio, despreciando á los *políticos*, cuando la solicitud de estos refrena, con mas ó menos tino, y mas ó menos justicia, las demasías, las irregularidades y los errores de las muchedumbres, pecadoras quizá por el abandono en que las dejan aquellos á quienes la fortuna, la lotería del nacimiento, el éxito de los negocios, ó los privilegios de la inteligencia habian impuesto el deber de ilustrarlas y dirigir las. Lo que hoy pasa á las puertas mismas de casa, en Francia, no puede menos de influir en un círculo que vive en constantes relaciones con el extranjero. Lo que sucede en Italia y en Inglaterra no puede menos de inspirar á los que por muchas circunstancias se tienen *por algo* en la sociedad gijonesa. Y respecto de la masa, no dudo, no es lícito dudar que se puede contar con ella, por lo mismo que en condiciones bien desfavorables no ha dado motivo á quejas y censuras de cierto género. Que lo digan los fabricantes.

Por lo demás, como al principio de estas observaciones he dicho, el progreso industrial, los adelantamientos, ma-

teriales cuando no niegan absolutamente los principios morales de toda sociedad, al cabo despiertan el deseo de poner en armonía los mejoramientos de toda clase; y así se explica que muchos pueblos hayan llegado á ser cultos y libres, en fuerza de ser ricos. El camino no me parece el mejor; pero el ejemplo de algunos países contemporáneos es concluyente. La vida implica el equilibrio de todas las facultades, todos los elementos y todos los intereses. Sería imposible que en el estado á que ha llegado Gijón, en cierto orden de cosas, no ya continuara en un rápido progreso, sinó que viviera en las condiciones actuales, dejando atrás una de las formas más acentuadas de la civilización moderna. Reíos de la política... mas no por eso la política dejará de ser un interés capital y una forma necesaria de la existencia moderna. Prescindid de ella, abandonadla, abominadla, proclamando la superioridad de los intereses materiales, de la labor interesada, de las especulaciones groseramente útiles... pero temed á cada instante la terrible mano que escribió las tres espantables palabras en medio del sardanapalesco festín de Babilonia.

VIII.

Naturalmente todas las circunstancias que he analizado producen su efecto en el carácter gijonés: todos aquellos antecedentes han dado de sí condiciones particulares de aquella celebrada villa. Sin duda es culta, sin duda es honrada, sin duda es laboriosa; pero lo que en Gijón falta totalmente es la expansión. Oh! en este punto no se necesita mas que abrir los ojos y mirar. La falta se advierte lo mismo en el trato de las personas de distincion,—trato por lo demás, fino, delicado, el propio, en fin, de personas acostumbradas á viajar y á ver fuera de casa lo que las gentes hacen y forzada á contar para sus mas caros empeños con la cooperacion universal—que en el seno de la turba, en medio del bullicio *relativo* de las fiestas populares. Muchas veces he oido censurar la ausencia casi completa del bello sexo gijonés,—por cierto de no escaso atractivo,—del brillante baile con que el Casino! de Gijón obsequia á

los forasteros el día clásico de Begoña, el 15 de agosto: y en cuanto á la *romería* que en tal día tiene efecto, es notorio que el alma de la *broma* (porque lo piadoso de las romerías ha quedado para la historia), la constituyen las gentes de fuera, sobre todo la *Xente de Uviedo*, que sus émulos apellidan de *tambor y gaita*.

Y la cosa se echa de ver tanto mas si se entra en comparaciones con el resto del Principado, donde el astur está muy lejos de ser un cierto tipo de circunspeccion, y mucho menos aquel oscuro, taimado y pesadote hombron que, allende Pajares, han fabricado, para jolgorio de la *cazuela*, la ignorancia y la fantasía sobre el patron del humilde y silencioso aguador de Madrid ó sobre el supuesto de que el hijo de Mondoñedo y el nacido en Grado ó en cualquiera de los Estancos de Oviedo son hermanos gemelos.

La frialdad—*cierta* frialdad que no hay que confundir con la desatencion ni la indiferencia,—en Gijon se respira, se masca. De ella, exagerando frecuentemente, habla todo el mundo en Asturias y en ella encuentra pretextos y alguna vez motivo, la oposicion de otros

pueblos de la provincia, por mas de que en este punto felizmente la mayor cultura, la intimidad del trato y la evidencia de que los progresos de la villa entrañan tambien el progreso de todo el país, hayan suavizado muchas asperezas y destruido no pocas prevenciones. Porque sin duda, el progreso real de Gijón y la distancia á que ha dejado á otras poblaciones poco hace á su nivel ó quizá en línea mas avanzada, ha podido determinar celos y críticas en cierto sentido. Indudablemente la rivalidad que siempre se establece entre la capital antigua y la poblacion novísima ha podido dar pié á ciertas prevenciones de parte de Oviedo y sus amigos; y no se me oculta que el tiro hecho por los gijoneses,—á mi juicio bien equivocadamente por cierto,—á lograr la capitalidad de la provincia,—cuyo honor solo mediante una gran injusticia podria arrebatarse á Oviedo,—no puede menos de motivar quejas y fundamentar reservas y antagonismos. Pero tampoco puede ponerse en duda que todas estas asperezas, estas oposiciones y estas rivalidades se hallarian contrariadas y en cierta medida desvanecidas, á existir en la villa cantá-

brica mas calor, mas *abundantia cordis*, mas expansion.

Además esto es una dificultad seria, un verdadero obstáculo para que Gijon consolide su carácter de estacion de baños. Porque ya se recordará que al comienzo de estas Notas advertí que Gijon era á la par que una villa industrial, un puerto, al modo que San Sebastian, Bilbao y Santander, á donde las gentes van en busca de remajo y frescura para el cuerpo y salud y porvenir para la humanidad, cuya regeneracion, segun el Doctor Monlau, pende hoy de los baños de mar.

Como que mis observaciones sobre Gijon no son tan solo hijas de un mero espíritu de curiosidad; como que por muchos conceptos á mi me inspiran vivas simpatías la villa cantábrica—á la cual, dicho sea de paso, no debo, como entidad, favor ni disfavor alguno y en cuyo seno he vivido como un viajero cualquiera, pero hácia la cual me mueven los mismos sentimientos que me hacen mirar con profundo interés cuanto al Principado se refiere,—como que, en fin, yo acaricio la pretension, tal vez quimérica, de que mis leales observaciones se escuchen en alguna parte, no quiero ocultar á los

gijoneses que las condiciones de su villa, como estacion de baños distan mucho de las que convinieran y son de desear.

Ello es verdad que en su favor están el florecimiento de la poblacion, superior á no dudarlo al resto de la provincia; la facilidad de su acceso, puesto al alcance de una buena parte del Principado (a que da mayor número de *bañistas*) y de la misma emigracion castellana y madrileña, por los dos ferro-carriles, el de Castilla que atraviesa por Oviedo y Laviana y va al Puerto de Pajares, y el de Langreo, que en el Berron recoge á los viajeros del E. de Asturias; y en fin, la moda que desde hace veinticinco años, y apesar de los esfuerzos hechos por algunas familias aristocráticas en obsequio de Luanco, ha llevado al pié del monte de Santa Catalina, durante el mes de Agosto, un número verdaderamente considerable de familias sedientas de agua salada y de ciertos sacudimientos y cierta variacion en el órden acostumbrado de su vida.

Por supuesto que como estacion de baños—es decir, como lugar en que no solo se remoja uno el cuerpo y donde, portanto, no debe importar esclusivamente la

anchura y bondad de la playa—de Gijón, á cualquiera otro puerto de Asturias hay una distancia colosal. En Gijón existe una muy regular casa de baños en la playa de San Lorenzo, donde el necesitado puede tomar baños de ola (los gijoneses prefieren la otra playa de Pando, cuya suciedad me espanta, pero que parece mas *pacífica*) y baños calientes. Hay en la villa numerosas casas de posada; por lo menos dos buenas fondas; un notable café (el Suizo) y un restaurant digno de particular mencion—la *pension française* que está sobre el muelle. Todas las noches durante la temporada hay funcion dramática ó lírica, bien en el elegante teatro (que convendría restaurar interiormente y disponer para la estacion de verano) de la calle de Jovellanos, bien en la escena de los Campos Elíseos, lugar mas fresco y alegre que verdaderamente bello y artístico, á pesar de lo que casi todo Gijón cree y dice. Por las tardes disfrutan los pequeñuelos de los cochecitos y el tio-vivo de los Campos—ámpio espacio cedido por el municipio republicano de 1873 á una empresa para que allí crease un jardín, un circo de caballos, un teatro y en fin toda clase de

distracciones para el vecindario,—lo cual, sin duda, vá la empresa realizando. El muelle (aunque bastante súcio, por no limitar las horas de carga y descarga como en otros puertos sucede) atrae á los forasteros ávidos de ver el mar; y la ancha acera del *boulevard* (!) es desgastada al anochecer, por el continuo ir y venir de una muchedumbre en que priva el elemento gijonés.

Hay un círculo ó tertulia mercantil, otro industrial y un casino muy bien alhajado, donde se hace lo que en todos los establecimientos de su género. Pero sobre todo hay bastante gente venida de fuera, que deja sendos pesos duros á la poblacion, principalmente á aquella parte, muy considerable por cierto, que hace treinta años dedicaba casi todo su tiempo y sus economías todas, á la confeccion de los famosos *embutidos*, y que ahora pasa el invierno esperando el verano y preparándose para esprimir, con mas ó menos ánimo, al forastero que acepte la cesion de su casa.

Quiere decir esto que para Gijon el punto de la temporada de verano y la cuestion de los baños son asuntos graves; tan graves como que constituyen

uno de los rasgos de su fisonomía y una de las dos formas de su existencia. Bien lo demuestran hasta los mas insignificantes detalles, como el de haber trasladado su fiesta magna,—aquella famosísima romería de San Pedro, para la que el ayuntamiento llegó á hacer tales preparativos que determinó, vá para dos siglos, la intervencion de la suprema autoridad del Principado con el fin de moderar los gastos,—el haberla trasladado, digo, al 15 de Agosto: dia al cual se refiere todo que en Gijon es alegría y desahogo en todo el año.

Pero—¿á qué negarlo?—Gijon *todavía* no ha llegado bajo este punto de vista al grado en que se ofrece al viajero bajo el punto de vista industrial y mercantil. Cierto que los progresos son sensibles: hace diez años no existian ni la fonda de la Iberia ni la del Comercio, ni los Campos Elíseos, ni aun la *acera del boulevard* (!) pero no es menos verdad, tambien, que *aun* las comodidades de la villa para el bañista no son grandes y que las distracciones son muy escasas. Y esto es tanto mas sensible cuanto que los precios, sobre poco mas ó menos son los corrientes en todas las estaciones de baños.

Presenta, hoy por hoy, Gijon una dificultad para que el bañista logre allí todo lo que se ha prometido al proyectar su viaje, sobre los datos y las exageraciones de los que visitaron años pasados otros puertos en moda del Cantábrico. Gijon, (que no es, entiéndase bien, *sobre todo* ó casi exclusivamente una estacion balnearia como San Sebastian ó como Biarritz) no tiene aun las proporciones necesarias para que la industria privada, ocurra abundantemente á todas las necesidades de la inmigracion, poniendo á esta desde el primer momento de su presencia en puerto, al igual ó por cima de la poblacion sedentaria y habitual de la villa; y por otro lado, Gijon no es lo bastante pequeña, lo suficientemente insignificante para que los forasteros se acerquen, se busquen, se entiendan y formen aquella *colonia de verano* que en Deva, en San Juan de Luz, en el Escorial y en la Granja, prescinde totalmente del vecindario y de los *indígenas*, lo invade todo, se apodera de todo, y en una palabra, usa y abusa del país hospitalario que trata como verdadero país conquistado. En Gijon nada de esto pasa, no puede pasar por mil razones: y

por ende el forastero tiene que resignarse á lo que hay (que no es poco, ciertamente, pero que podria y deberia ser mucho mas), sin que el retraso de la industria explotadora del *calor* de la humanidad sea suplido por la exuberancia de un pueblo expansivo que todo lo allana y facilita, saliendo al encuentro de los descos.

*
* *

Verdad que daña lo indecible al progreso de Gijon en el particular á que me voy refiriendo el mal estado del ferro-carril del Noroeste. Carezco en este momento de los datos necesarios para hacer la *edificante* historia de este ferro-carril que he calificado de uno de los primeros escándalos de España y que en ciertos puntos puede resistir la comparacion con los negocios mas famosos en su género, de la Europa occidental. Presupuestado allá por los años de 1860 como se presupuestaron los ferro-carriles en España, esto es, por lo largo, todavia en vista de que los contratistas y especuladores se retraian por temor á las obras subterráneas del puerto de Pajares, el gobierno aumentó no sé si en un 30 por 100 la primitiva subvencion. Con ello pretendia

22

el Sr. D. Alejandro Mon (que segun me indican fué quien tomó este asunto con mas empeño) lograr no solo que la via se hiciese, sí que se hiciese muy pronto. Con tales ventajas hubo postor en la subasta: lo fué el marqués de Manzanedo, que en seguida, y mediante una regular prima, traspasó la concesion á los señores Miranda y Quevedo, comprometidos por ende, en 1864, á dar terminadas las obras en 1870. La subvencion era tal que habia para que desde los concesionarios á los destajistas en una larga escala de delegaciones y comisiones, todo el mundo sacara pingües beneficios, pudiendo decirse que á todos cuantos han intervenido en la construccion del ferrocarril asturiano (prescindo de la particularidad de los descubiertos de los señores **Miranda y Quevedo**) les han sobrado motivos para frotarse las manos.

Bien es que, los favores, desde la rectificacion y ensanche del primitivo presupuesto, no cesaron. Dígalo la autorizacion para variar el primitivo trazado de modo que la empresa se economizase algunos millones, por mas que la nueva línea perjudicara á las localidades mineras y fabriles mas importantes de

Mieres: y dígalo, sobre todo, aquella ley de 1869, dicha de auxilios á los ferro-car-riles, en cuya virtud, estos que ya tenían de su parte las abundantes subvencio-nes y con ellas la franquicia de aduanas para la importacion de material, recibie-ron un anticipo del gobierno, en condi-ciones que bien pueden calificarse de graciosas.

Pero esto era en Octubre de 1869: la víspera de quedar terminadas las obras del ferre-carril leonés-asturiano. Y aquí entran los apuros de Patricio y las gra-cias de Gedeon. Ya la ley en 1869, como si hiciera poco en obsequio de la empre-sa concesionaria, prorogó el plazo hasta Noviembre de 1873: llegó el día prefijado y ni las obras estaban para concluir ni el gobierno creyó que era del caso poner los ojos en la cláusula relativa á la cadu-cidad de la concesion. Por el contrario, *meses despues*, en Marzo y Junio de 1874, tornóse por medio de dos decretos á am-pliar el plazo, que ahora fué distinto pa-ra cada una de las secciones en que se dividió el trayecto por hacer,—unos se-tenta kilómetros: Marzo de 1875 para el de Lena á Puente de Fierros; Diciembre del 76 para el Puente de los Fierros á

Pajares, y Diciembre de 1877 para el de Pajares á Busdongo. Y pasaron los dias, y llegó la víspera de Marzo de 1875 y en Febrero de aquel año, un nuevo decreto amplió en dos mas los plazos anteriores; y llegó el año 76, y vino otra nueva próroga que fijó el 80 para el túnel de Pajares, el 79 para el trozo de Puente de los Fierros á Pajares y el 31 de Junio de 1877 para la seccion de Lena. Y llegó el primero de Julio del año de gracia que vivimos... y ni un solo peon ha visto viajero alguno desde Lena á Busdongo!!

De todo cuanto sobre este punto sucede, lo que mas me llama la atencion es esto. De un lado, la calma y el *sans facon* con que la Empresa concesionaria vé correr los plazos y aproximarse sus términos, sin cuidarse lo mas mínimo de entretener á las gentes con alguna que otra cuadrilla de trabajadores que ses-teen por el campo. ¡Si estará segura! De otra parte, la circunstancia de que el ferro-carril leonés-asturiano es quizá, el único en España que á la fecha no ha emitido obligaciones, con lo que dicho se está que continúa siendo un gran negocio.

Ahora bien, la paralización de las obras y las incomodidades que entraña el estado actual de la línea cortada en Lena y Busdongo, suponen infinitos males para el Principado: todo el mundo lo vé, todo el mundo lo dice..... Pues en este caso, no sé que haya otra solución al mal positivo, palpable, notorio, evidente que una de las que siguen. O pedir la caducidad de la concesión, ó resolverse por una suscripción provincial á proveer inmediatamente á los actuales concesionarios de todos los recursos precisos para salir de las dificultades que segun dicen les ahogan y para que la línea quede definitivamente terminada en 1880. Yo no sé cual de estas soluciones es la mas obvia y la mas eficaz: pero lo que no me entra en la cabeza es que pasen años y años quejándose todo el mundo estérilmente, sin hacer nada en la provincia cosa alguna por que termine la presente situación y dejando á los empresarios obtener prórogas y prórogas sin término... retorciéndose sin resultado ante las fauces abiertas de la Empresa francesa de los ferro-carriles del Norte de España.

Ahora, empero, Gijón ha roto el hielo, ha tomado la iniciativa en este asun-

to. Bravísimo! La *Liga de contribuyentes* (que en Gijón sirve para a'go) y el Ayuntamiento han levantado la voz pidiendo la caducidad y escitando á la Diputación Provincial asturiana á que secunde sus esfuerzos; y esta cuestión comienza á ocupar seriamente á la prensa de toda la provincia.

La actitud de las citadas corporaciones no me estraña. El estado del ferrocarril perjudica á todo Asturias; pero á ninguna localidad en las proporciones que á Gijón.

Dejo aparte lo relativo á las íntimas relaciones que el ferrocarril tiene con la cuestión del puerto. Ya he dicho todo lo que este importa para el engrandecimiento de la villa asturiana, que trae ya una fuerza y una velocidad que no le permiten contenerse en los límites y las condiciones de su vida actual. Y el puerto sin el ferrocarril leonés-asturiano— aun dado que se construyan el ramal de Avilés y el de Trubia y se prolongue la vía de Langreo mas allá de la Oscura hacia Laviana ó hacia Mieres—el puerto sin el ferrocarril de Castilla sería una obra incompleta. Mas en otro orden de ideas quiero tocar ligerísimamente la

cuestion del interés del ferro-carril para la villa gijonesa.

Para mí no tiene la menor duda que mientras la línea no se termine, Gijon como Estacion de baños tendrá poca importancia y que por ende el número de visitantes, de forasteros será relativamente escaso. Y á la par tengo la profunda conviccion de que sucederá todo lo contrario, y en grado apenas sospechable, así que la locomotora no se detenga desde el anden de Madrid á la playa de Pando.

Asturias es una de las provincias mas bellas de España, y me permitiré decir de Europa, á lo ménos de la parte de Europa que yo he visitado, que no es por cierto pequeña ni la ménos celebrada é importante. Los atractivos de la naturaleza son muchos; lo accidentado del terreno, la exuberancia de la vegetacion, la frescura y templanza del clima, cautivan los sentidos y dominan el ánimo, sobre todo en la estacion calurosa que obliga á los vecinos de Madrid á tragar el polvo de los arenales de Chamberí. Unese á estas circunstancias—superiores, pero muy superiores á sus análogas de las provincias vascas,—el carácter del asturiano,

de una parte insinuante y cariñoso, de otra alegre y expansivo como nadie imagina. Yo me he reído muchísimas veces de la *Asturias de fantasía* que en el resto de España se conoce: de ese país tristón, monótono, embotado, sin poesía, sin palpitaciones, hecho á los quejidos de la gaita y los lamentos de la *danza prima*. Nada de eso. Aquí no hay triste mas que una cosa: el cielo—un cielo muy bajo y frecuentemente empañado. Si no fuera por esto, el paisaje rivalizaría con el mas bello de Granada, pero de la Granada de la Alpujarra.

Además, en Asturias son numerosas y bastante buenas las grandes vias de comunicacion y en Gijon se ha conseguido que todas las inmediaciones de la villa, y todo el Concejo esté cruzado por innumerables carreteritas, construidas y sostenidas por el Ayuntamiento y los propietarios colindantes; lo cual facilita todo cuanto es de desear el acceso á las muchas y bellas *quintas* que esmaltan los contornos de la villa. Tiene, asimismo, la provincia la ventaja de guardar en su seno monumentos históricos y legendarios de escepcional valor, como por ejemplo, Covadonga; y fábricas y es-

tablecimientos industriales de la alta importancia y el justificado renombre de las de armas de Oviedo y Trubia, las minas de zinc de Arnao y las fundiciones de Mieres y de la Felguera; á lo que hay que agregar los excelentes baños minerales (termales y sulfurosos) de Caldas y de Fuensanta, cuyos establecimientos bastante bien montados, atraen numerosas víctimas del reuma y de ciertas afecciones de la piel. Todo lo que quiere decir que en Asturias hay de sobra entretenimiento para el curioso y distraccion para el fastidiado. Afirmo resueltamente que hay *mucho mas* en este género, que en todas las otras provincias de España.

Estas condiciones me dan derecho á pensar que una vez facilitadas las comunicaciones, Asturias será visitada por numerosos *touristes* en busca de fresco, salud y alegría. Ya entiendo yo que esta provincia luchará siempre con desventaja respecto de otras situadas mas al Oriente y mas en el camino de Europa. Verdad; no espero yo ver en Gijon—centro natural y forzoso de la inmigracion—al mismo público que en San Sebastian, aun dando por cierto que para baños vi-

niesen á valer lo mismo entrambas playas—lo que nunca será—Pero hay que contar á favor de los puertos asturianos con una ventaja que puede proporcionarles un número escepcional de favorecedores y quizá tantos ó mas provechosos que á sus rivales hoy victoriosos. Me refiero al número extraordinario de asturianos que viven fuera de su provincia y que donde quiera suspiran por ella y constantemente arden en deseos de verla. Este es un detalle de que pocos pueden tener idea,—y que es notorio en América, donde los asturianos eclipsan, en tal concepto, á los mismos catalanes. No sé á quién he oído que en Madrid residen no menos de cuarenta mil astures, y son muchos, muchísimos, los que disfrutan de una posicion modesta, relativamente desahogada. Pues bien, aquí, aquí tiene Asturias un filon.

Pero cómo pensar en él mientras las cosas sigan como van? El viaje de Madrid á Oviedo, á Gijon no solo es incómodo, difícil, sí que caro. Para Asturias, para Gijon no hay esos trenes económicos, esos trenes de recreo que ya existen para todos los puertos de mar de España y del extranjero y que vendrian de per-

las á ese grupo de asturianos modestos que viven en Madrid, ansiando besar *la tierra*. Pero ni ellos ni otros puramente curiosos ¡como han de decidirse á emprender el viaje á Pajares si por lo que les cuesta la expedicion en *tercera!* y solo de *ida* (sobre ciento cincuenta reales) casi pueden *ir y venir*, en *segunda* á las Arenas de Bilbao, á Santander, á San Sebastian, á Alicante, á Valencia á todas partes! ¡Y cuando se considera aun en la actualidad, que con solo variar las horas de uno de los trenes de Palencia á Busdongo se podria aprovechar el *express* de Francia que sale de Madrid á las cuatro de la tarde y hacer el viaje á Oviedo en diez y ocho horas, en lugar de las veinticinco que al presente se invierten, llegando á la capital del Principado á las once ó doce de la mañana en vez de las diez ú once de la noche! ¡Y pensar que estas diez y ocho horas podrian reducirse á catorce una vez terminada la línea y suprimidos los cambios y esperas y descargas de Palencia, Leon, Busdongo y Lena! Y considerar que aun sin estar terminada la línea, y con solo que en la explotada se hiciese lo que pasa en la de Andalucía con los

ceches destinados á Estremadura y Valencia, el viajero no tendria que soportar los incómodos trasbordos de Palencia y León! ;Y luego el regreso, saliendo á la una de la madrugada de Gijón! Oh! cuando uno pesa todas estas contrariedades con los favores verdaderamente extraordinarios que se han venido dispensando á la Empresa del N. O. vamos! necesitanse las virtudes de Job para no poner el grito en el cielo.

Resultado; que á Asturias viene hoy todo lo menos que puedo venir. ¡Verdaderamente irrita que la accion, mejor dicho el abandono y las faltas de los hombres luchen con tanto éxito contra los beneficios dispensados por la Naturaleza! Y como que todo esto es obvio, todo palpable, no me estraña que Gijón pretenda tomar y tome de hecho la iniciativa en un asunto que á todos interesa, pero á ninguno en el grado que á la mercantil é industrial villa.

Yo me hago la ilusion de que el ferrocarril está terminado y concluido ó casi concluido el puerto. Acá en el escenario de mi fantasia aparecen grandes buques de vapor pidiendo con la voz terrible de sus máquinas un lugar en el muelle á

un refugio en el Musel, cuyos términos fija una larga hilera de grandes almacenes y cuya playa agobian innumerables carretas difícilmente arrastradas por los tardos bueyes. Corre por el arco de círculo que arrancando del pié de Torres baja en busca de las Estaciones de los ferro-carriles y parece como que amorosamente abarca y defiende el suspirado puerto, corre la febril locomotora, orgullosa de sus fuerzas ante la inmensidad del cargamento. Cruzan sin cesar los muelles el *vista* y el carabinero; oyese por donde quiera el cadencioso *ohio! ohio!* del marinero y mientras mil acentos diversos, que denuncian la existencia de cien pueblos, diferentes, pueblan el espacio con sus ecos, un enjambre de coquetuelas lanchas—esta al remo, que acaricia mas que hiere las hirvientes olas, aquella á la vela que el viento codicioso arrebatada y el mar sorprendido golpea, y todas con distinto carácter y misión distinta—se extiende por el Cantábrico, llevando el espíritu de trabajo y el afán del comercio de la nerviosa villa hasta donde apenas la vista sigue y desde donde apenas se columbra la inmensa esmeralda de Santa Catalina. Allá todo es rui-

do, todo movimiento, todo prisa, todo fiebre.... aquella fiebre particular de los muelles de Nantes, de Marsella, de Liverpool.... Pero aquí en el antiguo muelle convertido en boulevard, en la calle Corrida poblada de bellos edificios, en el arenal todo cubierto de lindos *chalets*, en los teatros, en los Campos Elíseos.... acá en la villa, el vagar delicioso, el discurrir plácido, la alegría espiritual, la vida riente y expansiva de una población constituida por los elementos permanentes de una sociedad culta y trabajadora y la corriente chispeante y bulliciosa que la moda ó positivas necesidades de nuestra época lleva á ciertos lugares favorecidos por la Naturaleza y bien dispuestos por la industria, para aliviar por breve tiempo al ánimo de sus preocupaciones, al cuerpo de sus achaques y á la vida de los rigores de una larga cuaresma ó la pesadumbre de una sombra Tebaida.

Yo acaricio la esperanza de que el fácil acceso de forasteros—de verdaderos forasteros, de gentes hechas á otros usos y costumbres—á Asturias, así como ha de producir no escasos cambios en la *apariciencia social* de la provincia, en su lim-

pieza, en sus recursos, en sus comodidades, así ha de determinar un poderoso desenvolvimiento de Gijón como Estación de baños. Por lo que entraña todo trato (1) y por lo que la presencia de tantas gentes con la bolsa abierta y el apetito pronto, dirá al espíritu especulador de los gijoneses, pienso que los adelantos serán obra de muy corto tiempo. No hay que olvidar que Gijón tenía al mediar este siglo poco mas de la mitad del número actual de habitantes y que todo lo riente, lo esplendoroso y lo que promete en la villa lo hemos visto hacer y crecer *nosotros*.

(1) En la actualidad la población del concejo de Gijón se clasifica del siguiente modo en el censo de 1875.

Total, 28.600 habitantes,

De ellos 13.736 varones y 14.924 hembras.

De ellos 758 transeúntes (600 varones y 158 hembras) nacionales y extranjeros.

IX Y ÚLTIMO.

Hora es ya de poner punto á mis observaciones sobre la exhuberante y laboriosa villa asturiana.

Paréceme que los datos aducidos demuestran claramente que Gijon, hoy por hoy, es una de las villas mas importantes de España, destinada en plazo muy breve á figurar en primer término entre las poblaciones industriales y los puertos mas concurridos y prósperos de la Península.

Estudiando, con ánimo imparcial, sus progresos en lo que vá de siglo y comparándolos con los de aquellos pueblos mas caracterizados en la vieja Europa por la rapidéz de su marcha y la seguridad de su desenvolvimiento, puede bien decirse que Gijon es una obra digna de nuestro tiempo y merecedora de las vivas simpatías que no pueden ménos de inspirar esas sociedades levantadas sobre el trabajo honrado é inteligente y movidas por el espíritu poderoso que allende el Atlántico ha creado, en menos de cien

años, esa maravilla que se llama «los Estados-Unidos de América,» donde en todas partes y á cada instante el eco devuelve y mantiene en los aires el inextinguible *Go á head!* que escapa de los lábios de cuarenta millones de hombres.

A no dudarlo todo no ha marchado á compás en Gijón. En ciertas esferas de vida adviértese un atraso relativo, que choca mas por el contraste. Pero, tampoco puede á nadie ocultársele que esta demora, al par que los inconvenientes nacidos de las propensiones propias y naturales de los pueblos mercantiles, irán reduciéndose en no larga fecha, hasta llegar al equilibrio indispensable á pueblos llamados por la voz de la naturaleza á un papel importante y á un *mañana* esplendoroso.

Yo no titubeo en repetir lo que al principio de este ligero trabajo indiqué. Es imposible hablar de Asturias, sin dedicar una preferente atencion á la floreciente villa de Jovellanos. A mi juicio, Gijón es hoy la *joya de la casa*, y aun cuando no sea precisamente en la villa cantábrica donde mejor se muestre y palpite mas el genio asturiano, no cabe

duda que por ella es por donde asoma para el simpático cuanto legendario Principado la aurora del porvenir. No comprendo, por tanto, ciertas rivalidades, ciertas censuras. No es bastante motivo la circunstancia de que Gijón lo haya pretendido y casi logrado todo, en estos setenta años, á veces con detrimento de tal ó cual localidad. Hay que reconocer que la situación de Gijón es la mejor y que sus progresos daban y dan derecho á ciertas aspiraciones y ciertos favores, que en último término redundan en provecho de la provincia en general.

Y cuenta que deajo á salvo la cuestión de la capitalidad. ¿Para qué la necesita Gijón? ¿Nueva-York es la capital no ya de la gran República americana, pero ni siquiera del Estado de su nombre? ¡Y qué terrible agravio arrebatarse este timbre á Oviedo, donde todo abona el título y donde brilla y centellea como en ninguna parte el espíritu asturiano! Por eso convendría á los gijoneses prescindir de esta aspiración verdaderamente impropia de su sentido práctico y positivo.

Lo interesante, lo vital para ellos es el puerto; es el ferro-carril. Sobre estos puntos sí deben concentrarse todos los

esfuerzos. Nada de antagonismos, de distracciones, de aplazamientos. El ferrocarril—el puerto: he aquí el lema, la bandera que tremolada por la laboriosa población no solo le asegurará la armonía de la villa interior si que un gran ascendiente sobre todo el Principado, al cual es preciso sacar del aislamiento—iba á decir, del *in pace*—en que hoy le tienen la falta de comunicaciones rápidas y cómodas con el resto del mundo.

No necesito insistir en que mis simpatías no me llevan al extremo de creer y decir que Gijón es un gran pueblo industrial ó mercantil. Ya he dicho que las rivalidades y oposiciones que en su seno se advierten, prueba son de que no ha sonado aun la hora de la síntesis, en la vida puramente económica de la villa. En cambio, tampoco debe darse mayor alcance del que en realidad tienen á mis críticas respecto del movimiento literario y político de aquel pueblo. Al decir que entrambos son rudimentarios, hablo siempre puesta la vista en el valor que otros órdenes de vida tienen en Gijón; y confieso que ya me parece llegada la hora de que el desequilibrio se corrija un poco.

Sobre este punto nunca me parecerá bastante cuanto se diga y se ruegue á las clases acomodadas de la villa. A mi me asusta cada vez mas cierto sentido positivista que pretende apoderarse de aquellas clases que en Europa lo deben todo á la desamortizacion, a las leyes desvinculadoras, á la abolicion de los señorios, á una série imponente de medidas de carácter social, amen de otras esencialmente políticas, que á partir del tiempo de Stein, de Pitt y de la Revolucion francesa han trasformado al viejo mundo. Creer que *todo está hecho*: pensar que ahora es el tiempo solo del *laissez faire, laissez passer*; creer, en fin, que las clases directoras de la sociedad moderna han cumplido con su deber y pueden dormir tranquilas, en el mero hecho de pagar la contribucion y encomendar la guarda del órden público, en su sentido mas material, á la infantería, la caballería y la artillería... ah! qué profundo, qué tremendo error.

Yo puedo hablar en este punto con tanta mayor energia cuanto que mi posicion me pone en el grupo de *los felices* y en el *escalon de arriba*; y cuanto que en toda mi vida he mostrado constantemente

lo poco ó nada que me preocupa la popularidad. En vista de todo esto no cese de pedir á los favorecidos, á los acomodados que resue'tamente salgan de la indiferencia, que decididamente abandonen todo temor y se pongan, de un modo directo, á la cabeza de las muchedumbres, al frente del movimiento social contemporáneo para dar pacífica y fecunda solución á problemas pavorosos, que no dejarán de existir por el mero hecho de no ocuparse de ellos.

Difundir la instruccion, avivar el movimiento político, inspirar con el ejemplo y con la accion directa la prudencia y el espíritu de orden en la vida, fortificar la fé en los grandes principios morales de nuestra época, ensanchar los horizontes de la existencia asombrada por la ignorancia y la miseria, asegurar el imperio de la opinion pública y arraigar las *libertades necesarias* en nuestra patria... ¡qué empresa mas tentadora! ¡qué obra mas noble y fecunda!

Yo no puedo quitar de mi vista la leccion terrible de la Francia napoleónica. Toda la política del hombre funesto del 2 de Diciembre se redujo á abominar de la política, á embutir á la masa de bienes

materiales, á empujar á la sociedad culta, á las empresas mercantiles, sin contrapeso de ningun género. La varilla mágica de Hausman llegó á enloquecer á los parisienses del *Colegio de Francia*, del Luxemburgo y de la apoteosis de Voltaire! La cotizacion de los fondos públicos llegó á preocupar esclusivamente á aquella burguesia francesa que habia hecho el movimiento político de 1830. El pueblo estaba harto de política. Francia queria orden, máquinas, buques, mucho trigo, mucha remolacha, muchos tratados de comercio... y mucha policía. Y lo hubo todo. Pero diez y ocho años de materialismo dieron la catástrofe de Sedan: es decir, Francia hollada por el extranjero; Francia rebajada en la consideracion del mundo; Francia entregada á las explosiones de la *Commune* y á las violencias anárquicas de sus partidos sedicentes conservadores!

Oh! apartemos, apartemos de nosotros toda tentacion positivista; luchemos resueltamente contra toda inclinacion á reducir el esfuerzo á las cosas propias, á los intereses locales, á esos negocios cuya gestion se recomienda como el empeño *exclusivo* y el bello ideal de los hom

bres honrados. Repito que no es Gijón un templo levantado al *Deus Venter*. Felizmente no sucede eso y ya he dicho que hay en la villa elementos bastantes para que allí se desenvuelvan una vida política rica y un cierto movimiento literario. Pero tampoco puede ocultarse que el escollo de la sociedad gijonesa está en la flaqueza positivista, que es el peligro de todos los pueblos industriales y mercantiles. Pues qué, sin su poderoso movimiento político ¿cual seria la suerte de la República Americana? ¿Y cuál es y donde está la válvula de seguridad de la moderna Inglaterra? Por esto es preciso estar prevenidos contra aquellas tendencias mal sanas ó simplemente equivocadas, que nuestras tradiciones, nuestros hábitos, nuestras ocupaciones ó nuestros compromisos con mas facilidad despiertan en nuestro ánimo.

Y para que Gijón acepte resueltamente este sentido, apenas ha menester otra cosa que traer á su memoria la eminente figura de su gran protector: del gran patriota D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Suya es aquella tremenda crítica contra el apartamiento de la vida moral y política, que campea en todo el *Informe* sobre

la Ley agraria. Su noble espíritu le puso al nivel de nuestros tiempos en época en que las tinieblas del absolutismo,—que era entonces lo real y lo positivo—oscurrecian el cielo de nuestra Pátria, alumbrada un momento por los relámpagos del inteligente reinado de Cárlos III.

Yo he oído muchas veces á nuestros conservadores hablar de Jovellanos como de uno de los suyos, y todavía no me lo he podido explicar satisfactoriamente, á no ser considerando que no ha faltado neo-católico que haya escrito casi un libro para probar que el autor del *Delincuente honrado*, el amigo de Cabarrus y el desterrado de Bellver, á vivir hoy, figuraría en la negra falange.—Entiendo yo absolutamente lo contrario; bien que no soy de los que piensan que el profesar opiniones radicales implique el pasarse la vida en un perpétuo alboroto, amenazando toda suerte de intereses, concitando las pasiones de las muchedumbres, tiznándose el rostro, desgarrándose los vestidos, comiendo con los dedos y escupiendo por el colmillo para parecer terribles. Pero resistir y combatir profunda y radicalmente la tradición en cuanto esta es un obstáculo;

aceptar virilmente las consecuencias de sus opiniones censuradas de perturbadoras y demagógicas; osar las innovaciones mas caracterizadas y trascendentales: sufrir persecuciones y mantener su sentido y su parecer frente á toda una sociedad, donde lo conservador era perseverar en el pasado, con ligerísimas modificaciones... quién mas que Jovellanos! (1)

Y vé aquí un motivo para consignar otra amistosa censura al pueblo de Gijón. He dicho que todo cuanto es la próspera villa lo debe principalmente á la Revolucion de Setiembre y á Jovellanos —aunque en grado bien diverso. La una obró en general; en toda España. El otro, especial, concretamente en Gijón. Pues bien, yo he buscado con solicitud, con amor, con verdadero afán en toda la villa el monumento que de un modo visible, palpable acreditase la alta estima, la profunda gratitud, el recuerdo siempre palpitante, los sentimientos siempre vi-

(1) En cuanto mis trabajos forenses y mis ocupaciones de otro género me lo permitan, veré de terminar una série de «Estudios biográficos de asturianos,» entre los que figura el ilustre D. Gaspar, con Argüelles, Toreno, Pidal, Marina, Florez Estrada, etc , etc.

vos del pueblo gijonés hácia el gran patriota. Allá en la oscura nave de una oscura iglesia yacen los restos mortales del ilustre asturiano: en aquel sepulcro todo es modesto, verdaderamente mezquino en proporcion al objeto y en él no creo hayan tenido la menor participacion gentes estrañas á la familia del finado. Pero en las calles, en las plazas, en el muelle, en el antiguo Humedal, frente á la carretera de Langreo, no habrá una estatua? ¿No? Pues efectivamente no la hay.

Yo sé bien que este pecado es el de todos los pueblos de España. Casi con los dedos podrian contarse los monumentos erigidos á nuestros grandes hombres. Trabajo cuesta hasta lograr que los ayuntamientos cambien títulos de calles, tan edificantes como los *del Gato*, *del Burro*, *del Nabo* y otros tales que en Madrid lucen magníficamente, por los de *Las Casas*, *Ercilla*, *Montalvo*, *Campillo*, etc., etc. Pero esto no quita para que deje de lamentar que á la cabeza misma de la poblacion, frente al clásico pa'acio de los marqueses de San Estéban y dominando toda la actual villa gijonesa no se halle la estatua colosal de D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Sé que hace años—en 1865—por

la iniciativa de un diputado gijonés, el Sr. Cápua, las Cortes decretaron al par que subir la consideracion del Instituto que habia de llamarse *de Jovellanos*, erigir á este un monumento en Gijon. Pero entrambas cosas quedaron por hacer. Y bien ¿Gijon no es rica? ¿No imperan en ella la iniciativa, el ardor, la fiebre de las empresas? ¿Pues por qué no se abre allí una suscripcion pública, á la cual acudan todos los ciudadanos con su modesto óbolo, para levantar la estatua que bien merece el que no pasó un dia de su vida sin pensar y trabajar por el adelantamiento y el esplendor de Gijon?

Y esto concluyó.

Tengo casi la seguridad de que las líneas escritas sobre la villa cantábrica no habrán gustado á todos. Unos quizá me tengan por gijonés, y sonrian maliciosamente ante mis simpatías y mis aplausos. Otros quisieran que no hubiera terminado el capítulo de las alabanzas y no me perdonarán en la vida el haber negado que el circo de los Campos sea el Partenon... Bah! ¿Qué importa si todo lo dicho es la verdad? Si hubiera algun error, adviértaseme y será rectificado. En todo

mi trabajo desborda la buena voluntad, demostrada por el mero hecho de haberle comenzado.

Por lo demás, repito lo que he dicho mas de una vez en estas *Notas*. No debo favor ni disfavor alguno á Gijón. Allí entré como *un cualquiera* y como un *fulano* he salido. Lo he visto todo por mis propios ojos; he pedido á *todos* datos y noticias; he oído los juicios mas encontrados reservándome siempre la última palabra y al disponerme á volver la espalda á la activa villa, en busca de otros centros de vida y otras perspectivas del pintoresco Principado, no puedo en justicia, dejar de quitarme el sombrero y gritar á aquel mundo que hormiguea bajo un cielo de humo, entre el rugido de las máquinas, y al compás del oleage cantábrico, la frase prestigiosa de los magos de Chicago y de San Luis:

¡Go a head!

¡Adelante!!

INDICE.

—

	Págs.
Al lector.	
I. Oviedo, Gijon y Covadonga.— La <i>Villa</i> por antonomasia.—El pri- mer golpe de vista. Santa Catalina. —Las dos playas.—El muelle.—Los segundos términos y la perspectiva general.....	1
II. El casco de la villa.—La villa y su historia.—La poblacion anti- gua.—Gijon romana.—Gijon en el siglo VIII.—El siglo XIV y los Condes de Gijon.—El incendio de 1393 y la supresion del Condado en el siglo XV. —Los tiempos posteriores hasta el siglo XVIII.—La villa nueva.—Jove- llanos.—Los adelantos novísimos.— El <i>Arenal</i> : los ferro-carriles: los tea- tros, etc., etc.—La época de 1868.....	20
III. Doble carácter de Gijon.—El pueblo industrial.—Antecedentes his- tóricos.—El muelle en el siglo XVI. —Beneficios que la villa debe á Cár- los III.—Datos sobre el movimiento mercantil de Gijon desde 1784 á 1873.	

—Movimiento del puerto.—La matrícula de Gijón.—El puerto del Musel.—Sus antecedentes.—Detalles sobre el Proyecto.—Estado de las obras.—Disidencias de los gijoneses sobre el puerto..... 39

IV. La industria fabril.—La fábrica de tabacos.—Los talleres del ferro-carril de Langreo.—La fábrica de vidrios de Cifuentes, Pola y C.²—Las fábricas de conservas alimenticias de los Alvargonzalez.—La de sidra espumosa de Zarracina.—Las compañías de vapores.—Etc. etc.—Los artesanos de Gijón..... 71

V. Datos estadísticos sobre la población gijonesa.—Progresos materiales de Gijón.—Influencia de los *americanos*.—Espíritu industrial de los gijoneses.—En Gijón todo es novísimo.—Carácter esencialmente mercantil del pueblo.—Errores sobre la influencia de los literatos y los filósofos en la marcha de los pueblos.—Lo que es y vale la vida política.—Peligros del espíritu mercantil en el orden social..... 95

VI. La vida literaria en Gijón.—Los periódicos de hoy y los de ayer.

—*El Productor y La Opinion*. El teatro.—El personal científico y literario gijonés.—Falta de un liceo.—La instruccion elemental.—El *Instituto*.—Su historia.—La obra de Jovellanos.—Lo que falta en las fábricas.—La instruccion pública, el sufragio universal y el armamento nacional como medios de educacion popular.. 117

VII. La vida política en Gijon.—La villa y el concejo.—Los tradicionalistas.—El elemento mercantil.—Su sentido equivocado.—Su indiferencia política.—Su última y feliz campaña de 1877 contra los tradicionalistas.—Dónde están su deber y su puesto.—El elemento democrático.—Sus defectos y sus virtudes.—La democracia moderna y el espíritu de clase.—Actitud lamentable de las clases directoras de Gijon.—Atraso de la vida política y literaria..... 138

VIII. Carácter moral del pueblo gijonés.—Su laboriosidad; su falta de expansion.—Gijon como estacion de baños.—Su superioridad respecto del resto de Asturias.—Condiciones favorables y desfavorables.—Lo que la daña.—El estado del ferrocarril del

N. O.—Historia de este.—El porvenir de Gijón como estación de baños..... 160

IX. Resúmen.—*La Joya de la casa*.—El porvenir de Gijón.—Sus peligros.—La capitalidad de Asturias.—El puerto del Musel y el ferro-carri!.—Deber de las clases directoras de la sociedad gijonesa.—La figura de Jovellanos.—Falta de una estatua en Gijón.—Conclusion.—*¡Go a head!* 184

